

Akasha

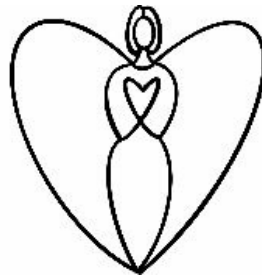


Olena Beckett

AKASHA

LA ESCRITORA FANTASMA

OLENA BECKETT



GLABAMA

Título original: Akasha
Copyright © GBM. 2019 Madrid, España.
olenabeckett@gmail.com
Primera Edición: Enero 2020 ©
Corrección: Paloma Victoria Muñoz ©
Maquetación, portada y texto: Olena Beckett ©

LICENCIA DE USO PARA ESTA EDICIÓN

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversión y ayuda a desarrollar la inspiración.

La licencia de uso de este libro es para tu disfrute personal. Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “*Copyright*”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. En caso de duda, póngase en contacto con el propio autor en la dirección de email que aparece.

Gracias por respetar el arduo trabajo de la autora.

La Fe salva vidas.

PRIMERA PARTE



Presté mis pechos turgentes a merced de sus manos y apretándome aún más contra su cuerpo desnudo me acarició con delicadeza deslizando sus dedos hasta el final de mi espalda. Su lengua jugaba con mi piel despertando un escalofrío que empapó el alma y las sábanas. Recorrió el cuello hasta llegar al pecho y alcanzó los pezones. Quise disimular que estaba acelerada pero, cuando mordisqueó mi abdomen, la ingle y coló sus dedos en mi entrepierna, estallé con un gemido de lo más liberador. Excitada y exhausta apreté mis piernas contra su cuerpo y le pedí que me hiciera suya. Deseaba sentirle dentro, ser uno, pero, sobre todo, sentir la fuerza de su sexo penetrándome.

Él tenía otros planes, porque sin sacar sus dedos de mí consiguió que volviese a dejarme ir, una y otra, y otra vez, mientras me besaba ferozmente enredando su lengua con la mía.

Me dio la vuelta, a la vez que nos poníamos de rodillas y pegó su torso contra mi espalda. Su lengua se instaló en mi nuca. Con una mano sujetaba firme mi pecho y con la otra, seguía moviendo sus dedos sutil y rítmicamente alrededor de mi vulva, acariciando aquella divinidad como si de una diosa se tratara. Mordisqueó mi cuello con tanta sabiduría que perdí la noción del tiempo y de la conciencia.

Al despertar, ya no estaba.

Un cielo rojizo se levantaba en París. El salón separado de la habitación principal estaba bañado por una luz tenue. Llamaron a la puerta y Eric abrió mientras yo me hacía la dormida y remoloneaba en la cama sin saber qué hora era. Dejó que el camarero empujase el carrito hasta el centro de la sala y le extendió unos billetes para que se marchara. Quería ser él quien manejase la situación. El joven camarero agradeció la propina y cerró la puerta con sumo cuidado para no hacer ruido. Eric se dispuso a preparar la mesa del desayuno. Dudó, pero, finalmente, eligió la mesa del ventanal con vistas a la catedral de Notre Dam.

Hacía fresco, era temprano y estábamos en el mes de los enamorados, concretamente el fin de semana del catorce de febrero. <Sí, unos moñas románticones>. Era el primer viaje que hacíamos los dos solos después de muchos años de dolor y sufrimiento, en silencio, por ambas partes. Yo tenía una sorpresa preparada para él, algo que jamás había hecho, ni dicho, pero que sabía que solo con él haría algo así. Una locura.

Llevábamos juntos más de diez años, conviviendo solo cinco, pero los últimos seis fueron demasiado irreales.

Se acumulaban a nuestras espaldas circunstancias poco o nada favorables y ambos necesitábamos desconectar, pasar tiempo juntos, a solas y hacer el amor como antes, cuando nuestros cuerpos se fundían en uno y nos dejábamos llevar por la pasión. Entregándonos a lo desconocido, a lo inhabitado y al placer. Al placer de saberte completo, no por falta de elementos

si no porque quien está a tu lado suma y hace de la experiencia una impecable melodía.

Nos conocimos en la universidad, dos críos inmaduros, con poca experiencia, pero mucha ingenuidad. Él era el gracioso de la clase y yo la rarita. Él hacía reír y de mí se reían. A él su público lo vitoreaba y a mí me abucheaban. Cuando el mundo supo o, más bien, nuestro mundo, que éramos novios todo cambió y aunque dejé de ser el centro de atención de las burlas, pasé a ser la novia de...

Ambos estudiamos bellas artes y aunque él luego se cambió a marketing y dirección de empresas o algo así, terminó dedicándose a su gran y verdadera pasión. La escritura, los libros. Contar historias es su vida y lo hace tan bien que, incluso, para escribir su último libro se marchó un mes entero a Los Ángeles para ponerse en la piel de su protagonista y vivir como él mismo se inventó que vivía. Siempre dice que, aunque la novela sea de ficción, hay que ponerse en la piel de los personajes. Dar emoción.

Recuerdo que gracias a él aprobé historia del arte. Tenía atragantada la asignatura y al profesor. “El Bigotes”, le llamaban. Creía estar reencarnado en Dalí y, aunque no llegaba ni al metro sesenta, su extraña presencia hacía que se te cerrasen todos los agujeros del cuerpo. Pero gracias a Eric y a sus cuentos saqué más de un aprobado y no tuve que volver a ver a aquel mal humorado cascarrabias nunca más.

Veo aquel día como si fuese hoy. Fui a buscarlo a la salida de la piscina donde trabajaba en verano y me abalancé sobre él rodeándolo con mis piernas. Gritaba loca de contenta y él no entendía por qué, pero lo celebraba igual. Lo empujé con ímpetu hasta meterlo dentro de la caseta del socorrista, cerré la puerta con pestillo y me lo comí a besos de arriba abajo sin dejarme nada.

La euforia y la excitación se apoderaron de nosotros. Eric me agarró de la cintura y me levantó para sentarme encima de la mesa. Se colocó entre mis piernas y me besó con tanta pasión que sentí cómo me humedecí. Se quitó el bañador y yo el vestido y la braguita, y nos doblegamos a la diversidad de dos cuerpos necesitados de amor. Cada vez que nuestros sentidos se encontraban, hasta el alma se estremecía despertando partes de nuestra piel que parecían olvidadas.

Mientras recorría despacio a besos mi abdomen hasta acabar entre mis piernas, yo sentía ser invencible, poderosa y tremendamente afortunada por hacer el amor con el hombre con el que tan bien me lo pasaba. Deseosa de jugar con su miembro, bajé al suelo para que me acompañara. Lo cogí, acaricié, besé, chupé y lamí con apetito, respeto y agitación. Lo metí dentro de mí y lo noté tan fuerte y duro que grité de placer. Eric intentaba tapar mi boca para que nadie nos oyese, pero eso me excitaba más y gemí más fuerte, con más ganas y sin prejuicios. Entonces, una oleada de orgasmos empapó nuestros cuerpos haciéndonos estallar de la risa, entre espasmos y últimas caricias. Desnudos y tirados en el suelo de aquel frío habitáculo nos quedamos abrazados unos minutos hasta que la adrenalina desapareció de nuestro ser.

Eric es un aclamado escritor de ciencia ficción humorística, si es que eso existe. Su creatividad es abrumadora, la imaginación le brota por los poros y consigue que la historia más surrealista te haga plantearte si eso sería posible. Nunca deja cabos sueltos. Sus novelas se leen solas y, además, consigue que desees volver a leerlas una y otra vez, porque siempre surge una teoría nueva.

Él es así, atento, cuidadoso y detallista como la mesa de desayuno que preparó. No le faltaba un ápice de esmero. Dejó en el que di por hecho que era mi plato un rollo de papel color crema que simulaba un papiro adornado con un hilo rojo y se separó de la mesa para comprobar su armoniosa composición. Cuando confirmó que el pequeño jarrón de cristal de *Murano* y la rosa roja que portaba estaban en el centro de la exquisita mesa quedó satisfecho. Para Eric, todo era

una obra maestra, un perfecto engranaje que ha de quedar impoluto antes de ser admirado por otros. Se observó por un instante en el espejo de la entrada confirmando que su peinado seguía intacto y se acercó con ternura a la puerta entre abierta de la habitación. Yo seguía adormilada y con ganas de que él volviera a la cama. Clavó sus sensibles e intrigantes ojos casi verdes en mí, en la silueta que se apreciaba bajo las sábanas de mi cuerpo semidesnudo y alcancé a escuchar un susurro <Vuela libre, cielo>.

Dormí profundamente durante toda la noche y parte del día; hacía tiempo que no descansaba tanto y tan bien. Era como si me hubiese quitado un peso de encima y, además, estaba feliz, una emoción que parecía olvidada. Me levanté como un torbellino de energía y acudí al salón para abrazar a Eric y contarle lo bien que me sentía. Todo se lo contaba a él. No había otra persona en el planeta con la que hablase sin censura y no me mirase como una loca. Él sabía todo de mí. Cómo siento, qué pienso, en qué creo, para qué hago lo que hago y por qué actúo, casi siempre, como si nada malo me pasase.

La primera vez que Eric y yo quedamos fuera de la universidad, la primera cita oficial, yo no estaba segura de asistir. Tenía miedo a que se riera de mí, a que no le gustase, a que, finalmente, no fuese lo que él esperaba. Normalmente, cuando no conozco a mi interlocutor y en mi vida diaria en general, soy más de escuchar y observar que de hablar y no callar. Desconozco qué ocurrió en aquella cena, pero hablé hasta de política y de lo mucho que me gusta ir desnuda por casa. Él solo me atendía y sonreía <yo me derretía> y seguía charlando alegremente en voz alta, abriéndome en canal a un completo desconocido. Fue una velada tan grata e inesperada para mí que, aún hoy me pregunto por qué conversé con él como si le conociese de toda la vida.

Al ver que no estaba en la habitación del hotel y, sin reparar en la mesa del desayuno ni de la hora que era, fui a buscar mi olvidado móvil apagado en el fondo de la mochila que llevé por maleta. <El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos. Inténtelo de nuevo más tarde>. ¿Qué? No es posible. Y sin quitar la vista de la pantalla, algo alterada y pulsando el botón de rellamar, choqué con la obra maestra tirando al suelo el pequeño jarrón de *Muran* o que se rompió en mil pedazos. <¿Pero no dicen que este cristal es muy duro!?!> Después de cortarme, seguir pulsando el botón de rellamar y recoger los trozos de cristal como pude, tomé conciencia de la hora. Las 11:11 am marcaba el reloj del móvil. Hoy es el día de su sorpresa, el regalo que con miedo y entusiasmo organicé para él. Algo que ninguno ha hecho, pero que los dos deseamos. Una experiencia única que solo con él me plantearía y compartiría y de la que nadie más o solo una más sería participe.

En menos de una hora empieza la fiesta, pero dónde diantre está. Me vestí con la ropa del día anterior que estaba tirada en el suelo del baño para bajar a recepción y preguntar por él. Me extrañó que sus cosas no estuvieran también allí y desde la puerta del baño ojeé el dormitorio con incredulidad. No había nada de Eric, no había nada que jurase que él hubiera estado allí, conmigo, durante dos días completos. Con sus dos noches, dos tardes y dos amaneceres... Todavía más nerviosa, volví al salón y vi en el plato lo que simulaba un papiro, tenía que ser una broma, un sueño. Una pesadilla más bien.

Con las manos temblorosas, el corazón en un puño y las tripas retorciéndose, respiré profundo y grité. Grité como si me fuera la vida en ello, como si mi madre hubiese muerto otra vez, como si mi gato desapareciese o mi abuela me abandonase. Grité hasta quedarme sin voz y hasta que los golpes de la puerta me sobresaltaron. ¿Señorita se encuentra bien? abrí la puerta con la cara desencajada, roja y los ojos hinchados de tanto llorar y abofetearme. Sí, me auto castigo y lesiono cuando me suceden hechos inexplicables o, más bien, cuando no soy capaz o, mejor, no quiero

comprender. —Estoy bien —respondí a la señora de la limpieza con la mirada perdida en la mujer espectacular que estaba detrás de ella, y adelantándose, dijo: Soy Lilian, habíamos quedado a las doce.

Mientras ella le daba un billete de cien euros a la señora y le pedía amablemente que en veinticuatro horas nadie se acercase por allí a no ser que lo pidiésemos, me empujó con delicadeza dentro del cuarto y cerró la puerta tras ella.

Lilian es el regalo de Eric. Bueno, sé que dicho así no suena muy bien, pero la contraté para que, durante veinticuatro horas, le colmase de placer, alegría, risas, experiencias y anécdotas para sus futuras publicaciones <pensaba yo>. Su anuncio decía: Experta fomentadora de felicidad. Compartiremos experiencias que jamás olvidarás.

La idea inicial era hacer un trio pero, como me daba pavor no estar a la altura y, sobre todo, lo que vendría después, decidí que lo mejor era que Eric disfrutase de ella y yo mirase con la intención de aprender y, también, con la de que luego él lo replicase conmigo de alguna manera, o viceversa.

Para mí era un plan perfecto, porque todos salíamos beneficiados. Lilian ganaría en un día lo mismo que en un mes, Eric daría portazo a su dichoso bloqueo creativo y yo me iría de París con un máster en felicidad, pero Don *Sabelotodo no está y ya no hay nada que celebrar*.

Aun confusa con todo lo sucedido, me di la vuelta para explicarle a aquella belleza que cobraría por su no trabajo, pero que cancelaba su alegre compañía y al levantar la vista del suelo la vi frente a mí, con una sonrisa de oreja a oreja, desnuda, tal y como venimos al mundo.

Es un poquito más baja que yo, huele a violetas, dulce pero sin empalagar y tiene el pelo largo ondulado, color teja natural, ojos verdes con motas amarillas, cara y cuerpo llenos de pecas, labios voluminosos y carnosos, piel suave, rojiza y delicada, además de depilada. Con los pechos y el glúteo bien puestos, un abdomen trabajado, piernas fuertes y tonificadas, brazos largos y fibrosos. Lilian es la mujer más hermosa que he observado jamás. Está cursando el quinto año de medicina y para pagar la carrera trabaja con gusto y dedicación como experta fomentadora de felicidad. Acompaña a personas para que descubran que la felicidad que anhelan habita en su interior, o eso dice, porque los métodos que usa son muy variopintos. Desde practicar sexo, enseñar anatomía, salir a correr, hasta meditar. Para ella todo está conectado.

—Una de las cosas que más contenta te pone y que hace mucho que no haces es pasearte desnuda por tu casa. Lo ponías en el test ¿recuerdas? dijo mientras me desabrochaba la camisa.

—Sí, pero el plan ha cambiado.

—Está bien —pronunció con suavidad en mi oído pero antes te darás un baño mientras me cuentas cuál es el nuevo.

Ella es quien elige a sus pacientes antes de concretar la cita, y meses antes de que ella aceptase mi solicitud tuve que rellenar un exhaustivo test de trescientas sesenta y cinco preguntas y esperar dos meses a que confirmase el encuentro. Además de porque está muy solicitada, compaginar los

estudios personales con los profesionales le lleva tiempo y atención plena. Lilian es francesa, pero habla cinco idiomas, entre ellos el castellano, con lo cual no había problema de lenguas.

Me cogió de la mano para llevarme al baño y mientras esperaba a que la bañera se colmase con agua templada, tomó el cepillo que había en el lavabo, deshizo la coleta y comenzó a peinarme. Acariciaba mi maltratado cuero cabelludo como si de algodón se tratase y sonreía serena consciente de que yo la observaba a través del reflejo del espejo del baño. Lo que más fascinada me tenía es que sin conocerme de nada y sin haberle contado nada parecía como si supiese qué es lo que yo necesitaba a cada instante. Cuando la bañera se llenó lo suficiente como para cubrir todo mi cuerpo, con un sutil gesto me invitó a entrar. Ella se metió un minuto más tarde junto con lo que parecía un aceite esencial. Menta. El aroma preferido de Eric. Rompí a llorar y la abracé. Abracé a aquella desconocida risueña como si sus brazos fuesen un salvavidas. Deseaba desaparecer, ahogarme en aquella tina y despertar en otro mundo y con otra vida que no fuera la mía.

—Ayúdame, por favor supliqué.

—¿Qué deseas? preguntó sin dejar de sostenerme entre sus brazos.

—A ti respondí de manera automática y sin saber muy bien por qué. Alzó mi cara a la altura de la suya y acariciando el hoyuelo de mi barbilla, dijo: Inhala profundamente, llena bien los pulmones de aire y ríe.

Una carcajada profunda y sincera salió de mi garganta e invadió mi cuerpo. Aquella granuja estaba haciéndome cosquillas y no hay peor y mejor sensación que esa. No podía parar de reír, a la vez que le pedía que por favor, parara. Ella hacía caso omiso a mi petición y yo lloraba de la risa, de los nervios y de la excitación de aquel momento tan mágico y surrealista. Después de más de quince minutos de baño y cosquillas terminamos haciendo nuestra propia fiesta de la espuma.

Una vez fuera del agua y con jabón hasta en las orejas, Lilian fue a buscar algo dentro de su ideal bolso. Un altavoz portátil de última generación que conectó a su móvil y reprodujo música de todos los tiempos en español. Hizo bien los deberes, aquellas canciones me transportaban automáticamente a revivir recuerdos... ¿Se sabía la letra de las canciones mejor que yo!

Aquel aparato tenía más potencia que Monserrat Caballé, sonaba a todo volumen mientras nosotras bailábamos desnudas por toda la habitación del hotel. Saltamos encima de la cama improvisando un concierto de rock and roll, a la vez que Loquillo nos deleitaba. Usamos los sillones a modo de plataformas y simulamos stripteases. Mucho tiempo había pasado desde la última vez que reí y disfruté tanto. Era como si mi niña interior hubiese ocupado mi cuerpo de adulta triste y reprimida y estuviese, inocente, disfrutando de la mejor fiesta de pijamas de la historia. Pero claro, cuando sonó: *“Por verte sonreír”* de La Fuga, comencé de nuevo a llorar, pero esta vez no era por él, sino por mí, porque siempre, por ver reír a los demás, anteponía sus necesidades a las mías. Me salía de forma natural y no era que me arrepintiese de ello, pero no me hacía bien que, por ver sonreír al mundo, yo me olvidase de hacerlo también.

Lilian paró la música y antes de que me diese tiempo a pedirle lo contrario empezó a sonar *“Amo”*, de Axel, la canción que mamá me ponía cuando las migrañas me atormentaban, y terminó de rematarme. Se acercó despacio hacia el sofá en el que estaba, me puso en pie y comenzó a colocar sus menudas manos por todo mi cuerpo sin apenas rozarme. Desde la cabeza hasta los pies, por delante y por detrás, sin dejar nada al azar. Notaba el calor que desprendían las palmas de sus manos y sentí como si nuestras respiraciones se acompasasen. Pasé de llorar a moco tendido a sentir paz. Algo inexplicable y extraño invadió todo mi interior llenándome de calma, una sensación que nunca había experimentado. Por primera vez en toda mi vida, no me sentía

culpable. Rebosaba gratitud por cada poro de mi piel por no haberle dicho a Lilian que se marchara por donde había venido. Me sentía bien conmigo misma y acepté aquel instante como lo que era. Único y maravilloso.

En otro acto inconsciente e impulsivo la besé. Jamás había besado a una mujer, pero ella era increíble, más allá de su angelical apariencia. Desde el momento en que la vi cuando abrí la puerta con la mirada perdida y el corazón hecho añicos deseé besar esos labios carnosos y rosáceos que invitaban a explorar su sabor y el tacto de su lengua entrelazándose con la mía. Ella no me rechazó, pareció como si también lo desease, es más, como si lo estuviera esperando y, allí, desnudas en medio del salón, todavía con espuma, pelos alborotados y Sabina de fondo, brotamos en un intercambio de fluidos bucales. La paz que sentía se convirtió en excitación, el corazón se aceleró y empecé a temblar.

—Tranquila, acompáñame.

Cogió una toalla limpia y me la pasó por el cuerpo, cara y pelo para quitarme los restos de jabón. Ella se hizo lo mismo y, después, cogió mi mano en dirección a la cama, pero quedé petrificada. No era capaz de dar un paso. Una parte de mí estaba dispuesta a experimentar todo lo que aquella diosa era capaz de ofrecer, pero otra tenía miedo, y volví a sentir culpa. Cómo podía estar allí haciendo todo eso, pasándomelo tan bien si Eric había desaparecido. Bueno, me había dejado, abandonado, con un mensaje. Una mísera carta, una jodida pantomima e historieta de las suyas. A punto de entrar en bucle, en barrena y estallar a gritar, llorar y pegarme, sentí un hormigueo entre las piernas que removió mis tripas. Bajé la mirada y vi su rojita lengua jugando con mi vulva, no sé si de la impresión o de la emoción caí al suelo semiinconsciente.

Al abrir los ojos por el olor a alcohol del paño que puso en mi nariz, allí estaba ella, desnuda, encima de mí y sonriendo. <Primer aviso>. Su melena pelirroja ahora recogida en un moño mal hecho dejaba a la vista su imponente rostro. Sus pecas parecían constelaciones caídas del cielo y yo sentía estar flotando en el universo.

—Señorita, para estar feliz hay que estar despierta pronunció mientras que con una mano quitaba el paño de la nariz y con la otra jugaba con mis pezones.

Sin mediar palabra, subí los brazos como un zombie y sin saber muy bien qué hacer con ellos, los apoyé en sus muslos. Ella, con más tablas que yo, tomó mis manos y las puso en sus senos a la vez que dijo: haz lo mismo que yo.

Desde el centro del pecho, de fuera a dentro dibuja círculos en dirección ascendente y hacia fuera. Alrededor de las mamas con las yemas de tus dedos, suave, como si pintases un mandala, ve acercándote despacio hasta la areola y, después, repite en dirección contraria. <A veces acudía a un osteópata para que me aliviase los dolores de espalda causados por la escoliosis, pero jamás había recibido un masaje igual en ninguna parte de mi cuerpo. Ni si quiera yo misma tocaba mi pecho a no ser que él estuviera conmigo>. Ahora, masajea la totalidad de los senos en círculos y presiona suavemente el tejido. Empieza con caricias suaves como una pluma para continuar sensual y más enérgica. Luego, toca los pezones con respeto y firmeza, cierra los ojos, sigue masajeando intuitivamente, respira profundo y disfruta.

Estaba tan entregada que decidí ampliar el campo de caricias y después de jugar con su boca y mis dedos, bajé hasta sus caderas y sentí como se movía frotándose conmigo. Inconscientemente, dije en voz alta: métemela. Pero no había nada que meter. Ella río y dijo: espera.

Apareció con un kit completo de juguetes eróticos de todos los colores y tamaños.

—¿Por cuál deseas empezar?

Con la boca abierta y los ojos como platos, me metió un pene en la boca. Me incorporé rápida,

la cogí en brazos y mientras la depositaba en la cama, respondí: de momento, contigo estoy bien.

Me abalancé sobre ella en busca de más diversión. E imaginé que ella era yo y desee hacerla todo lo que a mí me gustaría que me hicieran y, también, como a mí me gustaría que me lo hicieran. Bese y mordisqueé su cuello a la vez que con mis manos jugaba con su pelo y sujetaba las suyas para que ella no pudiese tocarme, aunque me apretaba con las piernas y se retorció de placer según me aproximaba a sus pechos y yo seguía alargando el camino hasta llegar a ellos. Sentía que iba a ser mi parte favorita de esta experiencia, porque cada vez que jugaba en el pecho de Eric me sugería que parase, porque no le molaba. Supongo que para nosotras el pecho es como para ellos el pene, si pudiéramos comernos (ellos su miembro) y nosotras las tetas...

Mi lengua se detuvo al sentir flujo, ella estaba húmeda, yo había provocado aquello y me sentí entre nerviosa, poderosa y excitada, pero, espera, igual se echó algo mientras yo no miraba.

—¿Te has puesto algo? no sabía a ciencia cierta si quería saber la respuesta, pero la pregunta estaba hecha.

—Sí, cachonda, y como pares te ato a la cama y te dejo inconsciente de gusto. Ella sabía que odiaba desmayarme, que las veces que me había caído redonda, siempre en lugares públicos, lo pasaba fatal. Por el meticuloso test, claro.

Continué unos minutos más con mi exploración de pechos, aunque ya incluí caricias en el monte de venus, clítoris, vulva y vagina, tal y como ella iba indicándome y como yo misma iba improvisando. Pero antes de pasar a lo que yo consideraba el plato fuerte, dije: perdona por esto, pero si no lo hago reviento.

—Dale, haz realidad tus deseos.

Introduje un pecho entero en la boca como si me hubiese poseído un aspirador y su carcajada me sacó del momento, pero fue revelador, después puse mi cabeza entre sus pechos y me aplasté la cara con ellos. Otra carcajada, ahora de ambas, nos hizo salir de la excitación al juego de dos adolescentes experimentando con sus desconocidos cuerpos. Los golpes de la puerta me hicieron aterrizar.

—Tranquila, será la cena.

—Pero si no he pedido nada contesté nerviosa pensando que sería él.

—Yo sí, dejé dicho que sobre las ocho y media nos trajesen comida y son las nueve menos veinte. La felicidad también se alimenta. Respondió poniéndose una bata de camino a la puerta.

—¡Las ocho y media!

El tiempo voló, llevábamos casi medio día juntas y, aunque yo no había comido nada desde el día anterior, no tenía hambre. No quería perder el valioso tiempo con Lilian en comer comida, prefería seguir gozando con ella de otro modo, pero antes de poder decírselo gritó desde el salón: la comida es otro tipo de placer, el problema es que, por lo general, no sabemos comer o más bien, alimentarnos y nutrirnos de lo que suma, aporta y hace feliz. Como en todo vaya.

Y no le faltaba razón. Acudí al salón a regañadientes y al ver aquella mesa repleta de sushi vegano, entre otras cosas, solo alcancé a articular: gracias.

Encendimos velas e incienso, pusimos música *handpan*, mi instrumento favorito, luz tenue y compartimos copa de vino. Cenamos desnudas, como llevábamos todo el día, a la luz de las velas y con el reflejo de la luna casi llena observándonos a través del cristal.

Lilian propuso un juego. Entre copa y copa, había que excitar a la compañera usando solo una parte del cuerpo. Obviamente, empezó ella para que yo experimentase cómo era la dinámica de este y al rematar la primera copa, sentí como su pie izquierdo se acercaba a mi entrepierna por debajo de la mesa.

—¿En serio? ¿Vas a excitarme con el pie?

—Cierra los ojos y, si lo prefieres, piensa que son mis dedos de la mano.

Rendida a la causa, obvié que lo que me rozaba era un pie. Al principio fue suave, incluso sentí cosquillas, después empezó a presionar en diferentes puntos alrededor de mi sexo y, poco a poco, el fuego interno creció haciéndome desear más. No sé cómo lo hizo, pero funcionó. Agarré su mano con fuerza y grité de alegría. ¡Eres increíble! Declaré con los ojos aun cerrados.

—Es práctica, como todo. Afirmó a la vez que rellenaba de nuevo la copa.

Fue una velada de amigas cómplices, con secretos comunes que se aman tal cual, hasta que un pequeño mareo interrumpió la cena. <Segundo aviso>. Me sentí indispuesta y sugerí un baño caliente para relajarme.

Ella, tan dispuesta, sin saber qué me ocurría, se levantó rápida y sonriente, como siempre, a preparar el baño que yo propuse. No me dio tiempo a llegar. Al ponerme en pie, un dolor cruel, paralizante, retorcido y punzante me hizo caer desplomada con tan mala suerte que me di de bruces contra el suelo, partiéndome la nariz y manchando todo de sangre.

Lilian fue a avisarme de que el baño estaba listo y al ver la sangre se asustó, gritó y se desmayó. Sí, la futura médica se mareaba si veía sangre y aquella escena la impresionó en exceso. Por suerte para ambas, todo ocurrió cerca de las doce de la noche, que es cuando ella ordenó al camarero que trajó la cena que subiera una botella del mejor champagne con el postre.

El joven camarero escuchó el grito desde el ascensor y en un acto heroico e instintivo, saltándose las normas de privacidad, abrió la puerta sin preguntar encontrándose con dos jóvenes despampanantes (sí, me incluyo) desnudas y con un charco de sangre. Típico de película.

Cuando llegaron los de emergencias y la policía, Lilian ya había recobrado el sentido. Aturdida, pero vestida y cubierta con una manta, explicó amablemente, pero sin sonrisa, a los señores agentes qué es lo que había ocurrido desde su perspectiva.

Fue todo tan repentino que nada hizo sospechar a la pelirroja más salvaje que acabaríamos así la experiencia feliz. También le anunciaron que el charco de sangre era de mi nariz y que por eso no corría peligro, aunque ella quiso saber qué me ocurrió y por qué razón todavía seguía inconsciente. No dieron respuesta, porque ni ellos lo sabían.

Tal vez hubo cierta información que no incluí en su test, porque jamás imaginé que iba a ser yo quien me tirase medio día de orgasmo en orgasmo.

3

—Cortas los trozos muy grandes — me soltó el Señor Bellido. Reí sarcástica.

—¿Hay un modo particular de hacerlo? — respondí seria y picada. Bellido inclinó la cabeza hacia un lado, en actitud dubitativa.

—Supongo que no — murmuró.

Con el otro cuchillo cortó delicadamente un trozo de sandía y se lo llevó a la boca. Acto seguido, sorbió un poco de té rojo.

—Qué sabroso.

—Es lo que tiene la cosecha propia. Todo sabe mejor — concluí más calmada y orgullosa.

Desconozco la edad del Señor Bellido, parece mayor que mamá, pero quizá solo sea por el pelo blanco. Siempre habla mucho y de cosas sin sentido, como un día que, en un museo de Nápoles, se encontraba observando muy atento una escultura de un cuerpo yacente cubierto por un sudario. Una sábana que simulaba tapar todo pero que, como el resto de la obra, era de mármol. O como cuando expresaba la malicia que le presta la edad para asegurar que la mayoría de los hispanohablantes son bastante incultos y confunden fácilmente churras con merinas. Son historias sin pies ni cabeza, pero el Señor Bellido lo explica de tal modo que hasta resultan interesantes.

Desde que lo vi por primera vez, hace once meses, en el entierro de mamá y cruzamos nuestras primeras palabras sobre cómo cortar una sandía, coincidimos habitualmente en muchos lugares. Es extraño, pero lo cierto es que me gusta. A veces ni si quiera nos saludamos, con una mirada basta, pero otras se acerca y me cuenta sus genuinas historias que tanto le agradan. Bellido es un hombre intenso, observador de ojos críticos, atentos y con un halo de melancolía en la mirada.

Nuestro club de lectura empezó formalmente con un café americano en vaso y una pregunta aparentemente despreocupada. < ¿Qué lees? >. *La larga marcha* de Stephen King, respondí sin ganas de entablar conversación.

Era el libro favorito de papá y aunque él no me cayese bien deseaba saber por qué ese viejo libro sí lo era y yo no. Es uno de esos libros que siempre había tenido intención de leer, pero no lo hacía por ser su preferido. De hecho, criticaba al autor por ser el elegido y no yo.

Hablar con entusiasmo de libros que no habíamos leído aún también era parte de la tertulia. Esos libros que compras con intención de leer y guardas apilados en la mesilla de noche. Incluso los llevas de viaje. Te los llevas con la mejor de las intenciones, pero terminas leyendo cualquier otra cosa. Panfletos, revistas, etiquetas de champús. Algunos de esos libros han viajado tanto que guardan más recuerdos que la propia historia en sí.

La larga marcha no me tenía para nada enganchada, lo que hacía que quisiera acabar de leer era saber por qué él lo devoró en un día y yo llevaba meses con aquella terrorífica competición deportiva.

Los libros son una manera de sacar a colación y explorar temas que preocupan o resultan incómodos, pero, también, dan temas de conversación insólitos, nada fortuitos, que evocan paralelismos con uno mismo.

En aquellos encuentros con el Señor Bellido yo deseaba descubrir más acerca de su vida. De qué conocía a mamá, por qué nunca antes le había visto, si tenía familia o hijos. Siempre procuraba, a través de los libros, llevar las conversaciones por ahí, pero él controlaba más herramientas que yo y, además de eludir elegantemente mis indirectas e indiscretas preguntas, sabía muy bien cómo enlazar según qué temas con el foco en mí, obviamente.

Leíamos de todo, no solo los grandes éxitos o los más vendidos. Leímos libros de toda clase, sin prisa, pero sin pausa. No acordamos un día concreto, hora o espacio. Tampoco especificábamos qué libro leer, solo hablábamos de libros con la misma frecuencia que de cualquier otra cosa.

Bellido es rápido leyendo, tal vez porque está jubilado y dispone de todo su tiempo para hacer lo que le plazca, o eso creo, porque nunca habla de su profesión y nos encontramos en horas muy dispares. Yo soy lenta, necesito estar atenta mientras leo. No puedo hacerlo en cualquier parte y de cualquier manera. ¡Ah! Y siempre leo el final del libro antes de empezar por el principio, pero con la novela preferida de papá no lo hice. Me contuve las ganas y aun no sé cómo acaba.

Podría decir que mi relación con el Señor Bellido es una charla literaria constante, a veces, agradable y con sentido y, otras, desafortunada y enervante. Hablar de mi vida tan alegremente con un extraño no es habitual en mí, pero con él hablaba de libros y a la vez de mí.

Cuando le miro directamente a los ojos siento que su percepción del mundo se aleja en demasía de mi realidad. Ello me intriga y reafirma que la sensibilidad de este hombre va más allá de una mera perspicacia o del don de expresar ideas.

Leer los libros preferidos de mamá no me generaba curiosidad, pero la biblioteca de papá, sus supuestamente preciados y abandonados libros me retaban, cabreaban y estimulaban. Bellido parecía saberlo, porque cuando veía salir de mi bolsa de tela de algodón orgánico un libro viejo, amarillento y más que usado siempre preguntaba en tono sarcástico: ¿ya conoces el final? Y como también sabía la respuesta, no era necesario que yo gastase saliva.

Mamá me enseñó muy pronto a evitar conflictos, a fundirme con el decorado y a respirar profundo. Una enseñanza vital para mi supervivencia, pues cuando ella marchaba de viaje, pocas veces conocía la fecha de su partida y, menos aún, la de su regreso. En su ausencia me quedaba con la abuelita, pero para no resultar una carga aprendí a ser, a la vez, invisible y útil para no dar pie a reproches. Soy capaz de identificar las necesidades de los demás con antelación, con lo cual, preveo fácilmente los deseos ajenos antes de que los otros sean conscientes. Pero con el Señor Bellido era distinto, parecía ser él quien se antepusiese a mis intenciones.

Hace dos semanas en un encuentro casual terminamos comiendo juntos en el Maki Om, mi restaurante vegano japonés favorito. Es un lugar mágico, chiquitito, pero acogedor. Cuidan tanto el detalle que consiguen que te sientas como en casa. En la pared principal está pintada a mano *La gran ola* de Kanagawa y yo siempre me siento en la mesa alta de en frente porque me gusta imaginar que yo soy la gran ola. El sushi está recién hecho, lo preparan al instante y es una delicia. Mi preferido es el de aguacate, lechuga, zanahoria, pera, sésamo, arroz, pepino, manzana y alga nori, aunque el que lleva mango también está buenísimo, y de postre helado de té verde vegano.

Aquel día Bellido estaba distraído, parecía disperso, como en otra galaxia y sin venir a cuento dijo: avanzamos por una carretera tan lisa y plana como una pista de patinaje sobre hielo.

—¿De qué huyes? pregunté sin saber muy bien por qué.

—Llevo tiempo huyendo, sí, pero no estoy solo. Huimos juntos respondió.

—¿Te arrepientes de algo? volví a preguntar sin motivo aparente.

—No.

—¿De nada? y sin levantar la mirada del plato dijo: si todos morimos, para qué vivimos.

Jamás habíamos conversado sobre la muerte, ni si quiera de la de mamá, pero aquel intrigante hombre que apareció en mi vida como si nada, conseguía que de un modo u otro me plantease la vida o la existencia desde otro prisma.

Aprendí a controlar la respiración desde muy pequeña cuando sentía que el panorama me superaba. Aquel hombre que súbitamente se convirtió en el centro de mi universo a pesar de que yo no tenía ni centro ni universo era lo más próximo que había vivido con sensación de exclusividad y unicidad.

—¿Quieres morir? expresó antes de dar un trago a la cerveza.

—¡No! repuse sobresaltada y con algo de inseguridad.

—Entonces dime, ¿de qué huyes tú? mientras movía sus palillos automáticamente, sin mirar el bol.

—No lo sé refunfuñé a la vez que soltaba de mala gana el tenedor.

—Pero huyes de algo, ¿no? dijo con su inquietante mirada fija en mí.

—Sí, supongo que sí, pero no de la muerte añadí muy segura. Nadie puede huir de la muerte, es absurdo.

Sawubona querida amiga, los humanos son muy absurdos. Hay quien opina que la casualidad no existe, pero la historia de la humanidad está llena de hechos inexplicables. Algunos por falta de investigación, otros por interpretaciones equívocas y los más, por comodidad. ¿Qué me dices de los OVNIS?

Sawubona era la palabra que usaba para saludarme. Según él, significa <Te Veo> y se usa en una parte de África como reconocimiento de la naturaleza esencial de la otra persona, siempre digna de respeto, agradecimiento y amor. El Yo puro o algo así lo llama él. También dice que lo leyó en un libro sobre el perdón hace muchos años e insiste en que lo lea.

—¿A dónde quieres ir a parar? empezaba a ofuscar me.

—¿Y si somos inmortales?

—No, basta alcé la voz sin ser consciente de ello. Mamá también tenía sus teorías acerca de la inmortalidad y lo divino y yo no veo que haya vuelto reencarnada en nada. Más bien, la prendieron fuego y se convirtió en ceniza.

—La incineraron, no es lo mismo quiso apretar mi mano en gesto de cariño, pero la aparté.

—El resultado final sí lo es añadí.

—Ella volverá a crecer como un bonsái, ¿recuerdas? Y algunos de los más antiguos han estado en este mundo por más de 800 años.

—Sí, gracias al esmero, paciencia y trabajo duro de muchas generaciones. Eso no es ser inmortal, eso es seguir responsabilizando a los demás de tus cuidados y de lo que te ocurra o te deje de pasar.

—¡Vaya! Mamá era una irresponsable...

Cuando torcía el morro y ponía esa voz pícaro me sacaba de mis casillas. Conseguía que dijese en voz alta lo que pensaba internamente.

—Yo no he dicho eso — pronuncié con un hilo de voz.

Pero sabía que, en el fondo, sí que lo pensaba y me sentía mal por ello. Porque ella no merecía que yo creyese aquello.

El almuerzo acabó subido de tono y con mal cuerpo por mi parte, pero deseaba volver a casa y asimilar aquel fortuito encuentro tan extraño. Igual hubiese sido mejor comer sola, como siempre, o no haber hablado de mamá. Divagué de camino a casa pensando en por qué tenía aquel pensamiento acerca de ella. Quería explicarle al viejo (cariñosamente hablando) los motivos por lo que sentía aquello.

Estaba agotada física y mentalmente, pero sabía que llegar a la cueva y preparar un baño de agua muy caliente aliviaría lo que la respiración controlada no. Aunque estuve tentada de parar en casa de la abuelita y preguntarle quién diantres era aquel hombre, sentí que, por hoy, ya había sociabilizado más que suficiente.

Pero, en serio, ¿quién eres? Mi padre no, desde luego. No nos parecemos en nada. Él es bajo y yo alta. Él tiene la piel como las muñecas de porcelana y yo oscura y llena de manchas, pero esto es por otros temas. Él, ¡basta!, deja de montarte películas y si deseas saber algo pregunta.

Al llegar a casa, Ringo, mi gato-perro callejero más guapo del mundo, estaba esperándome en la puerta para frotarse con mis piernas enclenques y llenarme los pantalones negros de pelos blancos. Tú sí que eres inmortal, pensaba mientras lo acariciaba, besaba y manoseaba. Quería comer y es su manera de decirme que tiene el cacharro de la comida seco, si no, lo hubiese encontrado en el sillón sacudiendo elegantemente la cola a modo de saludo.

Es un gato especial, lo abandonaron en la puerta del portal al lado de los cubos de la basura metido en una caja de cartón mugrienta y húmeda. Apenas tenía un mes, me cabía en la palma de la mano y maullaba desesperado pidiendo auxilio. Lo oí desde la terraza y pensaba que estaba en el árbol de enfrente, que se habría subido y no sabía bajar, pero el llanto venía del suelo. Bajé con un cuenco de cristal, leche de almendras casera y comida para pájaros, que es lo único que tenía en casa. Fue flechazo a primera vista, se lanzó a la leche como una pantera y cuando sació su sed ronroneó mientras que, con su diminuta cabeza, se frotaba en mi rodilla.

A Eric no le hizo ni una pizca de gracia, decía que los gatos son traicioneros y que solo te quieren por interés. Pues querido Eric, perdona que discrepe con tan banal apreciación, pero Ringo me ama, respeta y acepta tal cual soy, algo que tú, no.

Siempre que llego a casa exhausta enciendo una vela blanca e incienso con olor a romero. Es mi pequeño ritual que advierte que toca noche de manta, gato, palomitas y Netflix. Me dirigí al anticuado baño de la habitación principal mientras me sacaba los tenis, la chaqueta y el fular por el pasillo. Todo caía tras de mí a la vez que me sabotaba.

Soy lo peor, cómo puedo hablar así con un desconocido, le estoy facilitando información para vete a saber qué, magullaba a la vez que terminaba de desnudarme. He de dejar de comportarme con tanta insensatez o me llevaré un susto de muerte. Muerta. Así es como deseaba estar hace seis meses. Muerta. Abrí el grifo de la bañera y me senté desnuda en la taza del váter a esperar que saliera agua caliente.

¿Qué ha cambiado? ¿Por qué ya no deseo morir si sé que igualmente voy hacerlo? Puse el tapón, eché un par de bolas de jabón con olor a lavanda y continúe sentada.

¿Para qué vivir? ¿Para qué vivir aquí y así?

Encendí la vela blanca del baño, apagué la luz y entré despacio en la bañera para no caerme. <Arde, pero me encanta>. Me tumbé, cerré los ojos, inhalé profundamente, exhalé... ¡gracias! Cuánto lo necesitaba. El vapor inundó el cuarto y yo permanecí con los ojos cerrados. <Adoro

bañarme en agua muy caliente y vaciar la mente>.

Llevo en esta casa cerca de once años y nunca he cambiado nada de lugar, solo mientras Eric vivió aquí parecía otra casa, un hogar dispar, pero un hogar. Cuando se marchó, bueno, cuando me dejó, todo volvió a su lugar de origen, tal cual amueblé el piso cuando me lo entregaron, así sigue, pero más viejo y destartado como yo y lo único que he hecho ha sido acumular. Recuerdos, experiencias, malos tragos, discusiones, borracheras, enfermedades, llantos, dolor, trastos, papeles, fotos, libros, lienzos, basura, nada relevante.

El maullido de Ringo tras la puerta me sacó del limbo, abrí los ojos sin ganas y todo estaba excesivamente oscuro, vela apagada y noche cerrada. Me dormí dentro del agua ya fría. Al salir, lo primero que hice fue abrir la puerta para que Ringo viera que estaba bien, luego me envolví en la toalla-manta y fui al salón a ver si descubría algo que me indicase en qué hora vivía.

Las once y once de la noche. Mensaje de voz del Señor Bellido a las 21:21.

<Sawubona Amiga, mañana voy a una charla de minimalismo y he pensado que igual te interesa. ¿Lo conoces? Es la tendencia o estilo de vida para reducir a lo esencial, explicado de un modo general. Si te animas te veré en el pabellón de cristal a las siete de la tarde>.

Me tiré de espaldas encima de la cama mientras escuchaba su audio aún con la toalla húmeda, y volví a dormir. Parecía como si me hubiese tomado una caja entera de valerianas, pero ya hacía meses que no usaba ningún tipo de pastillas para nada.

Desperté, de nuevo, a las cuatro horas con frío y exaltada con dudas raras. < ¿Y si me deshago de todo? ¿Y si renuevo el armario? > Sequé el pelo para entrar en calor y seguir pensando frente al espejo del baño.

Siempre visto de negro o con tonos oscuros, neutros, nada llamativos y sin estampados. Por más que mamá y la abuelita intentaron que cambiase de vestuario, nunca lo lograron. Me gusta pasar desapercibida y si vistes de rojo llamas la atención, y no me gusta ser el foco de atención, pero mamá siempre decía que el color es poder y que si sabes usarlo con conciencia es altamente beneficioso.

En casa hay color, hay una mesilla en el salón rosa fucsia y verde fosforito, también hay cuadros abstractos pintados por mamá con mucho color y muy grandes. Un baúl naranja pintado por mí, donde guardo la comida de Ringo. Las mesillas del cuarto color plata restauradas por la abuelita y las macetas de la terraza también son de colores, pero igual no es esto a lo que se refería mamá. Igual me va bien ir a esa charla de minimalismo.

Cuando no puedo dormir subo a la azotea del bloque y me tumbo allí a ver las estrellas. No se ven muchas, vivir en el centro de Madrid es lo que tiene, pero me gusta imaginar constelaciones nuevas.

Recuerdo la noche que Eric subió allí, conmigo, por primera vez. Cenamos sushi, nos bebimos una botella entera de vino blanco e improvisamos una aventura celestial. Conversamos sobre el universo, sobre hechos inexplicables como el monstruo del Lago Ness, zombies, vampiros, fantasmas y hasta de vidas pasadas.

Con Eric nunca había límite, podíamos hablar de cualquier tema que siempre estaba dispuesto a escuchar con atención y, además, a querer saber más. Siempre quería entender, empatizar y averiguar.

Aquel día hablamos hasta que amaneció y supe que era el hombre más especial que había conocido jamás. De vuelta al piso, pensaba que ya era su hora de partir, nunca se quedaba a dormir, siempre volvía a su casa a pesar de llevar ya dos años juntos (por aquel entonces) y de que yo vivía sola. Tomó mi mano, me llevó hasta el cuarto y dejando al bebé Ringo fuera cerró la

puerta, se quitó la camiseta y me abrazó fuerte.

Acaricié su musculado torso durante un buen rato, su piel blanquita, sus infinitos lunares, su olor a colonia buena, de la que se impregna, te empapa y no se va en días. Ese olor que no sabes a qué huele, pero lo reconoces inmediatamente. Ese es el olor de Eric.

Desabroché su pantalón antes de que él dejara caer mi vestido al suelo. La vergüenza no existía entre nosotros, la conexión era tal que el mero hecho de vernos desnudos encendía la pasión, sin tocarnos, solo con contemplarnos subía la temperatura. Me aupó sin esfuerzo y le rodee con las piernas. Nos besamos y nos lamimos con deseo hasta que con un gesto le pedí que me bajara, deseaba hacerle el amor, montarme encima de él y tener yo el control.

Besé su cuello, pecho y caderas mientras acariciaba su erecto pene y cuando consideré que ambos estábamos extremadamente cachondos me fundí con él. Me senté encima de espaldas a él y cabalgué por el cielo de los espasmos que parecen orgasmos, por los gritos que simulan gemidos y los azotes o apretones de piel que advierten la fuga. Era una de nuestras posturas preferidas, aunque en verdad, cada ocasión, al menos para mí, era especial, diferente y más ardiente.

Me masturbé allí arriba rememorando aquel encuentro. No lo había vuelto hacer, sola, desde que desapareció de mi vida, y ya habían pasado tres meses. Es extraño, pero no le echo de menos tanto como creía. Supongo que la relación y los orgasmos galácticos murieron mucho antes de que él preparase aquel paripé, aunque no lo esperaba y, menos, aquel fin de semana.

Se intuye, ¿verdad?

Volví a casa, me asexé y me quedé dormida en el sofá junto a Ringo, pensando en qué es lo que me hace feliz, qué es lo que más deseo en realidad.

La medicina, qué profesión tan fascinante. Ofrece salarios elevados, prestigio, respeto, supuesta autoridad, y estás al servicio de los demás porque curas enfermos. Pero también es tediosa, peligrosa por estar expuesto al contagio, incluso triste, por ver morir a pacientes.

¿Involucran los médicos sus emociones? O son de piedra como aparentan ser. Insensibles, recios, algo altivos por su gran poder. No, ellos no son Dios, ni si quiera sé quién es Dios, pero sí sé que son personas comunes con conocimientos específicos que los hacen parecer intocables e inalcanzables.

Las cicatrices de mi abdomen muestran sin dolor la ligera diferencia de coloración en la piel, pero ya no uso tops y tampoco me paseo en bikini por la playa, y menos, me tumbo al sol para tostarme.

Solo una persona ha observado con suficiente detenimiento esa parte de mi cuerpo para detectar un mapa del mundo y dibujar el camino por el que llegar a mí. El mapa del tesoro, lo llama.

En lo primero en que me fijé en el Doctor Ruiz fue en sus enormes manos. Tiene los dedos gordos, rechonchos y desproporcionados. Todo él es muy grande, pero, sin embargo, su cabeza es diminuta. Aunque sus gafas vuelvan a ser gigantes, su cráneo está desproporcionado con el volumen corporal. Apenas tiene pelo en la cabeza, pero le asoma por la apretada camisa. Su despacho es como un desván antiguo plagado de objetos *vintage* que invitan a encontrar el famoso tesoro. El suelo es de madera oscura y antigua, como casi todo lo que hay en esa sala, pero luce impoluto y hasta te ves reflejada. Las cortinas gruesas de terciopelo granate no dejan entrar la luz natural y el flexo del techo con luz amarilla te pone mala cara, aunque no la tengas. Las butacas de piel junto con la gran mesa de caoba repleta de papeles, archivadores e informes parecen del siglo XV, por lo menos. Nada te hace pensar que estás en la consulta de un respetado ginecólogo si no fuese por las fotografías de bebés y los cuadros antiquísimos que portan láminas pintadas a mano del aparato reproductor femenino, invadiendo paredes y estantes recordándote por qué estás allí.

Ruiz es un enamorado de su trabajo, un hombre entregado a su causa que trabaja por la mañana en el hospital público y por la tarde en su consulta privada. Siempre hay lista de espera, aunque a mí me cuela y siempre va con muchísimo retraso, ahí no hay tregua. Él todo lo soluciona proponiendo embarazos, pero también sabe, porque me conoce desde que nací, que soy dura de mollera y que en la situación que estoy lo último que deseo es ser madre, algo que a él no le convence en absoluto, pero que a mí me la pela. Aun así, siempre lo intenta. Está convencido de

que si me quedase embarazada, todos los problemas desaparecerían.

Obvio, tendría nuevos y no entiendo por qué se empeña tanto en ello cuando ya le he explicado por activa y por pasiva que, hasta que yo no sea feliz, hasta que yo no considere que estoy sana y que soy capaz de disfrutar de la vida día a día, hasta que no esté en paz conmigo misma, no voy a plantearme nunca más ser madre.

No voy a responsabilizar a un inocente de mi supuesta felicidad o plenitud. Además, Ringo ya es responsabilidad mía y a veces me saca de mis casillas. Por otro lado, el famoso instinto maternal se esfumó hace muchos años y, aunque hace dos semanas me masturbé, mi apetito sexual es nulo. El hecho de llevar cuatro años inducida a la menopausia, con apenas treinta años, no ayuda a tener ganas de intimar ni si quiera conmigo misma. Más bien, de todo lo contrario, o al menos yo lo vivo así. Sin pronunciar los dolores, claro.

Aquella tarde, para variar, no había buenas noticias. Los resultados de las últimas pruebas médicas tan desagradables diagnosticaron lo que todos pensábamos, pero ninguno nos atrevíamos a pronunciar. Nuevas etiquetas, más tratamientos y ninguna solución.

—Pequeña, no te desanimes, hallaremos la solución —decía mientras sujetaba mis diminutas manos.

Entré en bucle y salí de la consulta abatida, frustrada, una vez más, y culpable. Culpable por no saber frenar toda la vorágine de desafortunadas coincidencias que ocurren diariamente en mi vida desde hace seis años. Mire a mi alrededor y no sabía a dónde ir.

Oscuridad. Oscuridad pintada de ira roja como el más fiel infierno. Anduve por las calles de Madrid sin rumbo fijo ni dirección con la intención de despejar la mente y salir por un instante de ese ardor malicioso que tan bien se me da.

Un indigente se acercó a pedirme ayuda/dinero y fui consciente de que la que necesitaba ayuda era yo. Me había perdido. Estaba desorientada y con ganas de pelear.

—¿Dónde estoy? —pregunté, pero su cara me dijo que si no había propina, tampoco habría prenda. Busqué alguna moneda por los bolsillos de la chaqueta, pero no llevaba efectivo. Le propuse invitarle a algo de comer y pagárselo con la tarjeta, pero su respuesta fue negativa, aunque su cartel dijese: “no tengo para comer”.

—Solo dinero, papelitos —y haciendo un gesto con la cabeza me indicó que justo detrás de mí había un cajero.

—Ja —reí indignada. Gracias por la observación, pensé. Con la suerte, por una vez, de que un coche de policía se detuvo en el semáforo y el indigente se esfumó.

Empezaba a anochecer y a refrescar, pero ya estaba bien ubicada y de camino a casa. ¡Mierda!, recordé la charla minimalista a la que el Señor Bellido me invitó hace dos semanas, lo olvidé por completo, aunque tampoco tenía ganas de charlas y menos de gente.

Volví a entrar en faena, en mi crisis existencial particular y a replantearme la pregunta con la que me quedé dormida anoche. Si el dolor crónico no es la causa de mi infelicidad, ya no, el problema soy yo que no sé ser feliz. Llevo tantos años acumulando infelicidad que he olvidado cómo se es feliz, y si le sumo que ahora soy consciente de ello y antes no, el peso es mayor.

Hay quien prefiere vivir en la ignorancia y sienten que así son más felices. Yo nunca compartí esa opinión, aunque saber la verdad genere dolor. Igual soy masoquista, pero no ignoro mi existencia. Existo y aunque viva camuflada bajo una apariencia que, del todo, no me corresponde, estoy aquí, ahora y existo.

Un claxon me sacó de tan mística reflexión, a veces me sorprende de mí misma y otras pienso que, si me hiciesen pruebas mentales, me encerraban fijo o descubrirían que soy una *genia*

visionaria y me pondrían un monumento al que acudir a pedir milagros. <Soy *monguer* y no tengo remedio>, añadí mentalmente mientras cruzaba la calle y observaba la intimidad que esconden las ventanas con luces encendidas. Mamá.

Ella era experta en inventar historias de los desconocidos habitantes de ventanas con luces encendidas, creo que era su juego favorito, ese y sentarse en un banco de Gran Vía para ver pasar a la gente. No sé qué tenía de divertido, pero decía que le inspiraba y le llenaba de vida. No le debió de llenar suficiente, porque está muerta.

Nunca pude entender la conversación que tuve con ella cuando yo tenía diecisiete años y ella treinta y seis. Era víspera de Noche Vieja y yo estaba en cama con un trancazo de aúpa. También estaba tremendamente cabreada porque no podría acudir a mi primera fiesta de fin de año, a pesar de tener ya la entrada comprada y pagada con mis ahorros y el vestido, regalo de la abuelita, si continuaba con treinta y nueve de fiebre. Siempre igual, replicaba para mis adentros.

Cada vez que había un evento importante en el que yo participase, ya fuera exámenes, festivales, olimpiadas entre coles o cumpleaños, se instalaba en mí la fiebre. De hecho, participé en la mayoría de esos eventos con fiebre, pero esta vez era distinto, porque no solo había décimas, también estaban la tos, los mocos y la calentura del labio.

Aquella tarde, yo deliraba en el sofá y mamá, sin venir a cuento, como el señor Bellido, me dijo: tal como escribió Lao Tse <comprender a los demás es conocimiento, comprenderse uno mismo es clarividencia. Conquistar a los demás exige fuerza, conquistarse uno mismo es aún más difícil>.

Mamá, para mí, era ecuánime. Una mujer de temperamento moderado, sin extremos, sin lágrimas interminables ni risas desproporcionadas. Aunque los que la conocían bien, más que yo, se alegraban de compartir que era la mujer más divertida con la que estar y vivir. No hablaba mal de nadie, tampoco juzgaba o presuponía. Lo perdonaba todo, hasta a papá, y creo que no sabía odiar, pero amar sí, y eso la hacía tan especial, bella y jovial.

Vivía de la voluntad ajena, era profesora de Yoga en el Parque del Retiro, donde conoció a papá, pero antes fue bailarina del Ballet Nacional y cuando nací yo dejó a un lado los moños estirados, las purpurinas y los trajes de lentejuelas por los mantras y tantras acalorados. No sé si esa decisión fue por mí o por ella, pero sí recuerdo, constantemente, escuchar: es por ti, por tú bien. Aunque yo no me hubiera pronunciado al respecto.

Tenía la facilidad de hacerte creer que eras tú quien decidías, cuando en realidad ella ya sabía la elección. Mamá era buena persona, pero a veces tengo la sensación de que conmigo se equivocó. Ella lo hizo lo mejor que supo y yo no supe hacerlo tan bien como ella.

La luna ya brilla alta y lejana en un cielo supuestamente oscuro, poco estrellado habitual en el centro. La contaminación lumínica no permite disfrutar de la luz natural, tal vez, es por lo que siempre ando a oscuras o con velas encendidas. Me apoyé en una farola, preguntándome qué iba a hacer a continuación.

Estuve tentada de llamar a Eric y ponerle al día, de hecho, lo hubiese hecho sin ningún tipo de remordimiento de conciencia, pero el día que me suplicó textualmente y por escrito que respetase su tiempo y espacio sentí, yo, la mujer enamorada del espacio personal, de la cueva, de su intimidad particular, sentí que me dio de mi propia medicina y me prometí y juré que jamás volvería a traspasar esa fugaz y efímera línea ni con él, ni con nadie. La idea se desvaneció al instante. Ya no es a él a quien deseo en mi día a día.

La alarma del móvil sonó recordándome la cena tardía de Ringo y la pastilla. La única que accedí a seguir tomándome por la comodidad de no sangrar cada mes y el ahorro que supone para

mi bolsillo. Apresuré el paso y en un callejón oscuro se me cruzó un gato negro. Me hizo pensar en Ringo y en la facilidad que tiene para moverse en tinieblas. Intento imitarlo, aprender de él, pero siempre gana. Sabe más de lo que me cuenta y yo solo gano algún moratón.

Su instinto es mucho más salvaje que el mío y aunque desee volverme animal y recuperar mis raíces, los inicios, ya nada será igual. Nunca lo es, lo sé, o se supone que lo sé.

Amanecí empapada en sudor y con el cuerpo como si me hubieran apaleado, nada raro en mí. Perfecta para la quedada habitual de los miércoles. Tengo la gran suerte de tener pocos amigos, pero son los mejores y desde que pasó lo de Eric hicimos un pacto. Anotamos en un folio todo lo que nos gusta hacer, pero que siempre postergamos y nos comprometimos a cumplir cada miércoles un deseo. Sí, como cuando éramos niños.

Al principio, los planes eran cotidianos, ir a recibir un masaje, maratón de *Outlander*, pasar el día en un spa, visitar museos, hasta nos apuntamos a un intensivo de salsa con la intención de salir a bailar. Pero poco a poco, nos motivamos y ahora son auténticas aventuras.

El miércoles pasado nos dimos el día libre en nuestros respectivos trabajos y quedamos a las cinco de la mañana en la estación de Atocha. Ninguno sabía qué íbamos hacer, excepto Efrén, que cumplía deseo.

Llegamos a Valencia haciendo autostop para visitar por sorpresa a otra amiga. Fue un día increíble, ninguno antes había hecho autostop, pero no parecía importarnos, más bien, lo disfrutamos.

En la estación conocimos a una pareja que viajaba en furgoneta y, aunque ellos no podían llevarnos a todos, nos indicaron cómo llegar al punto de encuentro más cercano de los *vanlifers* en Madrid para ver si un viajero solitario o varios nos hacían el favor. Cuatro que somos, es más que multitud, pero lo conseguimos y comimos una paella de verduras con nuestra amiga Luz, nos bañamos en el mar y pusimos rumbo de vuelta, esta vez en autobús, a la capital.

Hoy le toca a Gael y su WhatsApp dice así: Chochos, (inciso, soy el único chocho de este grupo, porque mis amigas chicas o viven a las a fueras o no están en Madrid) a las siete de la tarde en la boca de metro de Ciudad Universitaria vestidos con chándal de los ochenta. Nada más que añadir. Os *bisu*.

En serio, Gael, ¿otra vez a disfrazarse? Como le toque cumplir deseo la semana del orgullo gay nos monta en una carroza. Le amo, no conozco un negro más guapo que él. Lástima que no seamos compatibles sexualmente hablando, porque por lo que confiesan sus ex, es otro nivel.

La tarde se prestaba a ser como en las pelis de “supuesta” comedia absurda. El baúl de los recuerdos de mamá me sacó de nuevo las castañas del fuego. Eso sí, aunque estos planes nos sacan, muchas veces, de nuestra zona de confort, todos, sin excepción, nos entregamos a la causa y lo damos todo por y para disfrutar del deseo ajeno.

Me vestí con un chándal de dos piezas de mamá morado y negro (siempre presente) que me

quedaba bastante holgado, un mallot amarillo pollo debajo, unos calentadores en los tobillos y una cinta a juego con el mallot en la cabeza a modo Jane Fonda. Con una coleta bien alta y estirada, añadí un postizo, rosa fucsia, y me hice diez trenzas que salían del voluminoso coiletero, también amarillo. Además, me maquillé, sí, lo hice, algo que no hacía desde hace años. Cuatro para ser más exactos. Desde la última boda a la que acudí junto a Eric.

Estaba recién operada y hasta el último momento no supe si podría acudir. Fue una boda preciosa y la recuerdo con mucho cariño, porque realmente sentí que aquel era el comienzo de una nueva etapa. Deposité toda mi confianza en aquella operación y di por hecho que el poder estar allí, a seiscientos kilómetros de casa, era la señal de que todo iba a empezar a mejorar. Pero, ¡qué equivocada estaba!

Como el evento fue en plena naturaleza con el mar de fondo, la abuelita me hizo para la ocasión un vestido largo confeccionado en *crepe devoré* con estampado de flores en tonos verdes, azules y negros. Cuello redondo con la espalda en pico, ceñido a la cintura y manga larga poeta. El detalle de la preciosa tira de terciopelo en color negro que cruzaba en zigzag la espalda le daba el toque perfecto para avivar la tentación.

Eric desconocía cómo iría, aunque tampoco le inquietaba, porque, como él siempre aseguraba, brillaba con luz propia. Cuando me vio salir del ascensor del hotel casi se le cae el móvil al suelo. Sus ojos casi verdes y achinados se abrieron más que nunca y su boca se entreabrió queriendo decir algo que no pudo, porque nos llamaron para hacer la foto de rigor. Su mano se enredó en el lazo de mi espalda y supe que estaba excitado. <Le conozco muy bien>. Nada más terminar la sesión de fotos nos besamos durante unos segundos. Me mordió el labio y no pude evitar sentir una oleada de placer. Agarré fuerte su cuello y le pedí que no parara. Me abrazó fuerte, como si quisiese hacerme desaparecer, y mientras su lengua jugaba con el lóbulo de mi oreja, murmuró: la misa empieza en veinte minutos.

Fingí que olvidé algo en la habitación del hotel y le pedí que me acompañara. Ya en el ascensor, todo se aceleró, empezó a besar el cuello, la espalda, las manos, como si no le diese la vida para hacer todo lo que deseaba. Al entrar en el cuarto me pidió que me dejase los tacones puestos, para acelerar, dijo. Obedecí y dejé caer sin cuidado el vestido al suelo. Se desnudó entero y me sentó encima de él. <Tú mandas>. Sabía que era el modo más rápido para llegar a tiempo a la misa. Calientes como el fuego hice lo propio para terminar rápido, pero después de procrearnos. <Cariño> le tapé la boca y besé los labios, todavía húmedos.

Me toco mientras rememoro y me sorprendo de hacerlo. Estoy especialmente sensible. Antes ni me miraba por el miedo a después y, ahora, el miedo pasó a un segundo plano, es lejano y disfruto del recuerdo. Aúllo al terminar.

Mamá, aunque ya tampoco se maquillaba, conservaba su maletín rosa de maquillaje. Lo mismo estaban caducadas, pero cogí las sombras más chillonas que encontré y me pinté un cuadro en la cara. <A ver luego como quito todas estas capas>. Cavilaba mientras con el dedo añadía más sombra naranja a mis párpados. Es divertido ver cómo cambia el rostro de un moreno apagado casi pálido a una obra de Yayoi Kusama.

Ellos, se pongan lo que se pongan son atractivos a rabiar. Efrén, el chino, es un chino albino que fue abandonado por sus padres biológicos, porque allí el albinismo se considera mala suerte, ya ves tú. Pero gracias al universo, cuando él tenía ocho años, los mejores amigos de mamá que no podían tener hijos lo adoptaron y se crio en Madrid, conmigo, en el bloque de al lado. Él es mi talismán. Mi piloto de caza preferido. Gael, el negro, es pelirrojo, alto, fuerte y tiene un piquito de oro. De ahí su arte para vender arena en el desierto. Es experto en comprar, pisos, coches, fincas,

hasta barcos, restaurarlos y venderlos por un pico. Ama su trabajo y se le da divino, porque tiene un gusto y ojo exquisito. Me siento afortunada de ser su amiga. Es el más popular, quien mejor maneja las relaciones públicas del grupo y le encanta serlo. Izan, el grandullón, es como *Shrek*, cariñosamente hablando. Un tío muy grande que salva vidas y bosques en su trabajo de bombero forestal, y en su vida particular como creador y director del Santuario Maya donde rescata animales en peligro de extinción, como el lince ibérico, cuidándolos y alejándolos de la caza furtiva hasta su marcha natural. Yo, cada vez que lo veo, intento rodearlo con mis brazos y no soy capaz, pero amo hacerlo porque es como si abrazase a un oso amoroso, similar a los de su santuario. Les amo con tanta admiración que a veces siento que por ellos sigo viva.

No tenemos desperdicio, pero aquí estamos, algo contentos, los cuatro, un miércoles más haciendo realidad sueños, esta vez en una fiesta universitaria. Como mencioné anteriormente, típica de película chunga de domingo por la tarde, pero bastante más divertida. Entre vino y vino perdí la noción del tiempo y a mis amigos. <Ya estamos>. Siempre pasaba, alguno se despistaba y la liaba y, hoy, me ha tocado.

—Te veo algo perdida escuché. Y al darme la vuelta con la cara desencajada vi a Izan sonriente que me observaba desde lejos, pero no fue a él a quien oí. No era su voz. Al acercarse Izan a donde yo estaba pronunció: ¿Estás bien? Parece como si hubieras visto un fantasma verlo no, pero sí le oí. Alto y claro.

Ya en casa y con la cabeza como un bombo me acuesto por pura inercia sin sueño alguno. Tres de la mañana y como un viejo perrillo después de una larga carrera me acurruco con la almohada entre las piernas, respiro profundo, cierro fuerte los ojos, espero unos segundos... y nada, no puedo dormir.

El reloj marca las 03:03 cuando, de pronto, DING-DONG ¿llaman a la puerta?! ¿Quién llama a mi puerta a las tres de la mañana? No abro, pienso, pero vuelven a llamar de un modo más sutil como diciendo: *no pretendo molestar y perdón por las horas, pero abre la puerta*. Me incorporé con miedo, intrigada y con escoba en mano.

—¿Quién es? pregunté tímidamente y, sin apenas terminar, la puerta ya estaba abierta.

Alto, fibroso, dedos largos, labios carnosos, piel morena, ojos oscuros, pelo alborotado. Él hablaba y yo pensaba: ¿estoy soñando? ¿O es real que tengo ante mí al hombre más increíblemente seductor que ha llamado a mi puerta a las tres de la mañana y aún no sé para qué?

—Llaves oigo.

—¿Me olvidé las llaves puestas? ¿Pero en qué estaba pensando?

—Las prisas no son buenas dijo riéndose y fijando sus espectaculares ojos negros en los míos cegatos.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¿Quieres tomar algo? solté sin pensar en: punto número uno, son las tres y diez de la mañana; punto número dos, el despertador suena a las seis; punto número tres...

—¡Vale! contestó. Y al ver mi cara de asombro reculó. Bueno, igual es un poco tarde.

—Pasa no dejé que acabara la frase.

Y allí estábamos, dos almas viejas jugando a conocerse como auténticos desconocidos la madrugada del dieciocho de mayo de un miércoles cualquiera.

Preparé unos sándwiches con pan de centeno, remolacha, zanahoria y pepino, su preferido, junto con zumo natural de limón recién exprimido. Comimos, reímos y bromeamos como si fuésemos una pareja feliz, de esas que son felices por estar juntos, con sueños comunes, sin miedos o con muy pocos y con todo por descubrir. Pero cuando ya me cansé de aquel paripé, pregunté: ¿qué haces aquí?

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme? siempre con su dentadura blanca impoluta.

—No, o sea, sí, pero ¿qué estás haciendo aquí?

—Has sido tú la que me ha invitado a entrar y, por cierto, esto está riquísimo, no sabes cómo lo echaba de menos.

Mi mirada hizo efecto, al fin.

—Vale, perdón. Me he mudado, he vuelto a España y ahora soy tu vecino. ¿No te lo ha dicho Doña Margarita? (la portera) Qué señora más amable, así da gusto llegar a tu país y que te reciban con rosquillas, ¿las has probado? Porque no sabes lo que te pierdes, están riquísimas...

Él no callaba y yo absorta en mi pensamiento no atinaba a articular palabra. ¿Cómo es posible? Aquí hay gato encerrado.

Beltrán es o era, ya no lo sé, mi mejor amigo desde parvulitos. Éramos uña y carne, siempre juntos a todas partes. Inseparables a pesar de ir a distintos coles y estudiar carreras muy dispares. Somos como la noche y el día, pero siempre nos llevamos francamente bien. Muchos creían que éramos hermanos, pero nada que ver. Éramos mucho más, cómplices, amigos leales, protectores y sinceros el uno con el otro.

Las malas lenguas no entendían tan cercana relación, todos daban por hecho, cuando ya dejamos de ser hermanos, que estábamos liados y que éramos amantes, pero jamás había pasado nada de eso entre nosotros. Es más, se me llenaba la boca en defender que sí puede haber amistad, solo amistad, entre un hombre y una mujer, sin necesidad de atracción sexual o de algo más.

Él era mi ejemplo a seguir, siempre con las ideas claras, conseguía lo que se proponía y yo amaba pasar horas y horas con él haciendo nada o haciendo de todo en un mismo día. Como aquel fin de año. Vaya gran comienzo de año.

Era nuestra primera Noche Vieja juntos y parecía como si no hubiésemos salido de fiesta en nuestra vida. Como si nos hubieran tenido encerrados y, de pronto, nos soltasen en una mega discoteca, repleta de gente guapa, con trajes espectaculares y bebiendo como si no hubiera mañana. Nosotros no éramos muy de beber, pero la entrada incluía barra libre y no habíamos ido hasta allí para mirar. Así que, pedimos mojitos para todos los que íbamos, que éramos diez, y bailamos y reímos toda la noche. A las seis de la mañana, cuando acabó la fiesta y nos volvimos los diez a ver las caras, fuimos todos y gente nueva a desayunar churros, porras y todo lo que estuviese bien rebozado en grasa, azúcar y aceite. Había que hacer desaparecer los últimos retazos de borrachera y qué mejor modo que desayunar hasta reventar para luego vomitar antes de ir a dormir la mona y evitar que todo diera vueltas.

Beltrán y yo, que éramos los que mejor estábamos, dicho sea de paso, no queríamos que la noche acabara o, más bien, no queríamos pasarnos el primer día del año inconscientes en nuestras camas.

Forjamos un plan. Permanecer despiertos hasta la noche, hasta que, realmente, volviese a ser hora de ir a dormir. Nos fuimos a casa y nos cambiamos fugazmente de ropa para evitar la tentación. Cogimos toda la ropa de abrigo que pudimos y encontramos, y nos fuimos a la estación para montarnos en el primer tren que pasase que nos llevase a la sierra. Queríamos ver nieve.

Estuvimos toda la mañana, como dos niños pequeños, tirándonos bolas de nieve, haciendo muñecos a cuál más abstracto y rodando por ella como croquetas rebozadas. Empapados, helados

y hambrientos cogimos de vuelta otro tren que nos acercó a nuestro italiano favorito. Había una cola de locos. <El día uno nadie quiere cocinar>. Y aunque tuvimos que esperar más de cuarenta minutos, conseguimos comernos nuestro plato favorito: ñoquis de calabaza con pera y pipas de calabaza.

Con la barriga llena, la siesta tiente, pero si caíamos el plan se iba al traste. Un cine, propuso Beltrán limpiándose la boca con la servilleta. Ninguno se dormía viendo películas, ya podía ser la peor de la historia que la veíamos enterita solo por saber cómo acababa. No defraudamos. Con palomitas y refresco incluido zanjamos el primer día del año al salir del cine.

Fue increíble, al recordarlo me río, porque todo con él era perfecto. Desconozco si era la inocencia de la edad o la naturalidad que nos caracteriza cuando estamos juntos, pero todos los planes nos encajan y si no, hacemos que lo hagan. El Sí es nuestro amigo y siempre nos invitó a que la vida que compartimos fuese una aventura. Nada ni nadie se antepone si queríamos pasarnos noches enteras viendo películas, jugando a la consola o comiendo bollos refinados.

Una época muy feliz hasta que él y la que yo consideraba mi mejor amiga, se liaron. Empezaron una relación y la historia de nuestra amistad, por todas las partes, se torció. Yo salía con Eric y para nada me importaba que ellos fueran pareja, es más, era un sueño hecho realidad que mis dos mejores amigos se hubieran enamorado. Pero solo era eso, un sueño, porque hasta que ella no consiguió separarlo de mí, no paró.

Al principio creí que sería cuestión de tiempo que ella aceptase que él y yo hablábamos prácticamente todos los días bastante rato. No era por nada en concreto, solo nos gustaba hacerlo, pero los meses pasaban y sus broncas por mí aumentaban. Hasta el famoso día del ultimátum, sí, o ella o yo, (le dijo ella) y sí, la eligió a ella.

El berrinche que me lleve pudo parecer desproporcionado, pero realmente lo sentí así. Como una puñalada traperera, muy sucia y retorcida. No entendí, por ninguno, cómo fueron capaces, pero, además, también discutí con Eric y esa fue la primera vez, en tres años, que casi lo dejamos.

Se atrevió a preguntarme qué haría yo si fuese al revés, es decir, si él me hubiese hecho la pregunta, qué respondería yo. No sé por qué lo hizo, pero sí sabía que no quería oír la respuesta.

—Ese es el problema dijo muy serio. Siempre antepones a todos antes que a mí y yo soy el último mono.

—No tengas cara, ni te pongas de víctima. Sabes de sobra que eso es falso repuse medio riéndome, algo que le irritaba todavía más.

—¿Acaso Ringo o Beltrán no están por encima de mí en tu pirámide de prioridades? su tono era más grueso y rudo. Estaba muy cabreado.

—¿Y qué problema hay?, esto no es una competición. Él es mi mejor amigo y Ringo mi gato rescatado y lo amo más que a muchísimos humanos y tú, —alzando mucho más la voz— tú eres el amor de mi vida, pero no pareces enterarte. Es muy distinto. No es cuestión de pirámides o prioridades, no ahora, no cuando hablamos de amor incondicional, respeto, aceptación y unión de dos almas que no se juzgan, ni critican ni desean que el otro cambie o deje de lado a otros seres que también ama y también son importantes.

Se hizo el silencio y Eric y empezó a llorar como nunca le había visto hacerlo. Me confesó que cuando Beltrán y Eva empezaron a salir, él se alegró, pero no por lo mismo que yo, sino porque intuía que algo así podría suceder y tendría la excusa perfecta para sacar el tema y ya de paso, comentar lo que opinaba acerca de ello.

Aquello me desilusionó un poco, porque pensaba que entre él y yo no había secretos, que éramos capaces de hablar de todo, como siempre hacíamos sin necesidad de estas triquiñuelas.

Con Eric todo se arregló, aunque me quedé con mal sabor de boca después de descubrir su plan. A Eva no volví a verla, y con Beltrán la relación se enfrió hasta tal punto que, incluso cuando lo dejaron, ninguno hizo por retomar el contacto como antes. Más que emails larguísimos contando banalidades.

Algo que nadie conoce es la carta que dejó en el felpudo de la puerta de mi casa junto con cuatro rosas cuando se marchó fuera de España, a modo de despedida, supongo, hace ocho años.

No nos habíamos vuelto a ver en persona hasta que se presentó en la puerta de casa, y me pregunto si él se acordará de aquella nota, porque yo aún conservo ese pedazo de papel amarillento, ya finito, roído y arrugado por el paso del tiempo y, a veces, lo leo.

Ayer, en el día más especial del año, más que nunca me acordé de la persona más especial de toda mi vida.

Perdón, perdón por quererte más que a mi vida y perdón también por no verte solo como a una amiga. De verdad que lo siento.

Pd: No he encontrado un anillo que me guste para regalarte, pero queda pendiente. Y ahora te preguntarás... ¿por qué 4 rosas?

Ya nos veremos. Un beso.

Yo.

Hacía un día radiante, ni rastro de lluvia como dijo el del telediario. Desperté por el ruido que hizo la puerta al cerrarse y cuando abrí los ojos convencida de que haría mal tiempo remoloneé un poco entre la manta con la que estuvimos tapados.

Yo antes era como un koala, podía dormir, tranquilamente, hasta la hora de comer. Pero ahora, despierto casi antes del amanecer. Así, en mi cabeza, el día se vuelve productivo y las mañanas no pasan volando, más bien, son largas e incluso, a veces, interminables.

—Tienes mala cara me dice con tono de bruja que todo sabe y nada escapa.

—No dormí mucho respondo sin atenderla para que no se percate del brillo de mi mirada.

—¿Otra vez esos sueños? ¿Quieres ir a descansar? ¿Por qué has venido? A mí no me importa estar sola, ya lo sabes o podrías venir a la tarde.

—Lo sé, pero este rato es el mejor del día dije, besando su arrugada y finita frente.

La abuelita, una mujer fuerte de piel blanca y delicada, luchadora de corazón noble, incansable, pero ya mayor, pacífica hacia todo ser viviente, independiente casi desde que nació, altruista como mamá y viuda demasiado joven. Crío a su único hijo, mi padre, sola, sin ayuda de nadie y en contra de la voluntad de sus difuntos padres. Admiro su vida y a ella, cómo no. A su hijo, mi desaparecido padre, no.

Mamá y yo crecimos con la abuelita. Cuando él se marchó, se fue, se esfumó y nos abandonó, ella, sin preguntar, nos abrió las puertas de su hogar acogiéndonos como a sus propias hijas. Tampoco era difícil de imaginar dado que mamá era una jovencísima madre primeriza con tan solo veinte años y yo, un diminuto bebé de cuatro meses recién salido de la incubadora.

—¿Tú con qué sueñas? pregunté mientras esponjaba el zafu.

—Los viejos no sueñan y nació una carcajada como si hubiese contado el mejor chiste de la historia.

—No lo recordarás, pero todos soñamos aseguré.

—Puede ser, pero también puede ser que no quede recuerdo de ello, con lo cual, es como si no lo hiciéramos.

—O que no te interese recordar añadí en voz alta, sabiendo que mis propias palabras iban dirigidas para mí.

Ella lo es todo para mí y lo sabe, es la única familia que tengo y conozco de sangre, pero se está apagando, y también lo sabe. Su corazón se resiente y ya en dos ocasiones le ha dado un toque

de queda.

La última fue hace menos de un mes y hasta ella se asustó. Estuvo gravemente enferma e inconsciente. Una mañana, mientras cuidaba de sus bonsáis en el patio trasero alguien apagó la luz y si no llega a ser por la escandalera que formó Linda, su adorable y minúscula perra, mezcla de teckel y chihuahua, hoy no lo cuenta con tanta calma. Cuando despertó en el hospital no recordaba nada, pero, aun así, sigue desprendiendo luz. Eso me tranquiliza algo.

Tiene los ojos color mar, a ratos azules y a ratos verdes. El cabello blanco, largo y fino, siempre suelto y dispuesto a bailar con el viento. Es menuda y esbelta y sus curiosos andares no aparentan vejez, al contrario, aun vuelve cabezas cuando sale a pasear y contonea las caderas como si desprendiese música de ellas. Nunca viste de negro y no usa joyas, aunque siempre está con ella la fotografía ya más que vieja de su gran amor y difunto marido dentro de un pequeño colgante con forma de corazón en plata. Regalo que él la hizo el mismo día que ella se convirtió en madre y viuda.

A los antiguos vecinos que les gustaba mucho hablar contaban historias sobre el “famoso” día. Se marchó uno para llegar otro, una bendición, decían. A mí me parecía macabro, mala suerte y muy desafortunado que el día, supuestamente, más feliz de tu vida (ser madre) también se convierta en el más triste con la muerte del ser al que más amas. ¿Cómo se afronta algo así?

Nunca he hablado con ella sobre eso, igual que tampoco hemos hablado de la marcha de mamá o de la de papá, aunque no esté muerto, pero entiendo que hay temas que tampoco se necesitan menear mucho.

Con el último susto la abuelita quedó ingresada durante diez largos e intensos días y el mismo día que firmó el alta, el joven médico que la atendía le propuso mudarse a una residencia. Usted ya tiene una edad, alcancé a escuchar detrás de la puerta antes de que esta se abriera. Pero la abuelita, que no calla, muy elegante y educadamente sentenció: prefiero caerme de bruces en el suelo de mi hogar que vivir tres meses más postrada en una fría cama en la habitación sin alma de cualquier residencia.

Él, antes de salir, desde la puerta y conmigo al lado, hizo una mueca y dijo: cuando se arrepienta, que lo hará, ya sabe dónde estoy.

Entré crispada en la habitación del hospital chocando “cariñosamente” con aquel hombre sin empatía alguna.

—Abuela, ¿estás bien? ¿Qué se ha creído el larguirucho de labios finos? <No me gustan las personas con labios finos, me dan mala espina>.

—Tranquila, cielito, él solo hace su trabajo y yo el mío. ¿Nos vamos? con una gran sonrisa resplandeciente.

Por un instante me planteé ir a cantarle las cuarenta a aquel descarado, pero preferí llevar de vuelta a casa a la abuelita y pasar el día viéndola comer helado mientras me indica sentada en su mecedora favorita de madera reciclada, obsequio del Doctor Marín, cómo hago una cortina de macramé para el salón de mi piso.

—Solo son nudos cielo, no desesperes.

Se comió el helado vegano de té verde con tanto gusto que nadie afirmaría que, días atrás, estuvo intubada y con respiración asistida.

Desde que me independicé a la décima planta del bloque en el que vivimos voy todas las mañanas a verla antes de ir a trabajar. Mamá antes también venía. Meditamos juntas, desayunamos, leemos las noticias, agradecemos, arreglamos el mundo y mientras yo saco a pasear a Linda, ella prepara un *tupper* con algo rico para el almuerzo. La abuelita también es vegana, de

hecho, yo lo soy por ella y por mamá, y por muchas cosas más.

La comunicación entre nosotras no siempre fluyó como un río abundante. En mi época rebelde, zanjaba las pocas discusiones que generaba de manera automática advirtiéndome que me iría de casa sin dejar rastro y que jamás me encontrarían. Nunca lo cumplí. Es más, ella y mamá, ante tal amenaza, decían que les parecía una idea excelente si era lo que a mí me hacía feliz y, acto seguido, la abuelita preguntaba: ¿eres feliz?

Casi nunca estamos de acuerdo al cien por cien en todo, pero reímos y charlamos como si nos entiéramos. Considero que es una mujer culta, adelantada a su época, que supo lidiar cortésmente ante cualquier adversidad.

La admiro, sí, ya lo he dicho, pero es que es la verdad. El coraje con el que afronta los impedimentos, la valentía con la que se alía a los días y el entusiasmo que emana en cada acto son dignos de admirar. Es pura inspiración y aprendo tanto de ella diariamente, que el mero hecho de pensar que se apague de verdad para siempre como mamá... <mejor dejo de pensar>. Las tres, juntas, fuimos felices. Ahora, ya no sé lo que soy.

—Cielito son las nueve, lo dice el reloj de cuerda del salón —grita desde la puerta con la bolsa de tela del almuerzo en la mano.

Salgo de la inopia del universo bonsái y corro hacia ella mientras le digo:

—Hora de ir a laburar. Luego te llamo abuelita, te amo, descansa y no comas mucho helado beso la frente, la estrujo flojito entre mis finos brazos y ella cierra la puerta tras de mí.

De camino al trabajo me gusta atravesar el Parque del Retiro. No es necesario, pero acercarme al Ciprés Calvo, el árbol más antiguo de Madrid, en el jardín del Parterre donde mamá daba sus clases de Yoga altruistas, me recuerda que la vida es un suspiro y que perder el tiempo no es en absoluto grave, que lo importante es la capacidad de hallar ocasión. Como dice mi amiga Luz, nos hemos creído que el paso del tiempo es como si se nos escaparan oportunidades, pero realmente todo pasa y la magia está en aceptar lo que sea que esté ocurriendo sin pelearse con ello.

Decidí no ir a trabajar y me senté bajo el ciprés a disfrutar de la vista. Estaba en paz, aunque después del encuentro con Beltrán se removieron muchas emociones y me sentía confusa.

Él ya no está enamorado de mí, no como cuando escribió la nota, y yo, que no sé si en algún momento lo estuve, parecía dispuesta a comprobarlo. No es despecho porque Eric me dejara, es solo que cuando estamos juntos todo encaja, pero tal vez sea una ilusión. Aunque da igual el tiempo, la distancia o los años, sobran las explicaciones y solo sumamos lo que aporta, pero él ya no me ama y dudo que esté por la labor de verificarlo. De hecho, creo que sigue sintiendo algo por Eva, pero no me atreví a preguntar porque no quiero saber la respuesta. En verdad, plantear una relación con Beltrán es absurdo, porque por muchos años que haga que nos conocemos, también hace muchos otros que estamos separados y, por lo que me contó anoche, se ha convertido en un auténtico *fucker*, es decir, alguien totalmente desconocido para mí. Y no porque ahora sea un cabrón, con perdón por la traducción literal de la palabra, sino porque se ha acostado con medio planeta. Que me parece perfecto, pero él no es quién yo recuerdo, o sí, porque conmigo no ha cambiado, bueno, un poco sí. No sé bien el motivo, pero sí siento como si en algún momento él hubiese puesto punto y final a lo “nuestro”, a eso que yo ahora deseo, pero ha vuelto y es mi vecino, y me da en la nariz que vamos a coincidir a menudo.

Tengo miedo. Miedo de que no me guste lo que encuentre. Con Eric pensaba que ya tenía el relato de mi vida ordenado, cada drama en su sitio y en paz con el pasado, pero ahora me siento como en un precipicio a punto de saltar al vacío sin paracaídas.

Recuerdo las palabras de la abuelita cuando no sabía qué carrera elegir. <A tu edad hay mucho que ordenar dentro de ti misma, no te solloces por esto, elegirás lo correcto, de eso, estoy segura>. De pequeña tenía muchas pasiones. Quería ser bailarina como mamá, veterinaria como la vecina, poeta como una tía lejana de mamá que vivía en Argentina y jamás conocí. Tampoco quedó nada de tales deseos. Es extraño, pero hoy sí que me apetece encontrarme con el Señor Bellido,

aunque después del plantón que le di sin avisar dudo que a él le apetezca.

Una mariposa negra y amarilla se posó en mi zapatilla. Fugaz, pero suficiente para salir de la mente y volver al presente. Me levanté del suelo estirándome como mamá me enseñó y se acercaron a mí un grupo de señoras risueñas preguntándome si la clase hoy la doy yo. ¿La clase?, ¿qué clase?

—Yoga, ¿te apuntas? oigo detrás de mí.

No puede ser verdad pero, sí, allí estaba exageradamente guapo y fresco como una rosa.

—¿Qué haces aquí?

—Eso ya me lo preguntaste ayer, ¿te animas? vuelve a insistir.

—No me contaste que ahora eres profesor de Yoga y que, además, das clase en el mismo sitio que lo hacía mamá le dije hablando por lo bajini para que las amables señoras no escucharan.

—Tú tampoco lo preguntaste, igual tenemos que volver a quedar, me guiñó un ojo y me ofreció su esterilla para que me quedase.

Acepté porque echo de menos a mamá y por pura curiosidad, la verdad, para nada hubiera imaginado que él, la persona menos espiritual que yo conocía, el menos flexible y el tío más fiestero de la faz de la Tierra, se hubiese convertido en profesor de Yoga, ni más ni menos.

—Bella Durmiente, es hora de levantarse una caricia me sacó de un profundo y reparador sueño.

—¡Me he dormido! exclamé.

—Sí, pero tranquila que no has roncado, aunque igual alguna mosca sí te has comido, porque la boca parecía un túnel.

—Eres idiota, no recuerdo nada dije secándome la baba ¿Qué me has hecho? ¿Cuánto rato llevo aquí?

—Tranquila, cuando he dicho que era momento de tumbarse en *Savasana*, casi antes de caer en la colchoneta tú ya estabas soñando. Y cuando hemos vuelto les he dicho que te dejasen descansar cogió mi mano y me ayudó a levantarme.

—Gracias.

—¿Por qué? Es normal, habiendo dormido media hora, bueno, ahora ya son tres.

—¿Tres? Pero qué hora es pregunté rebuscando el móvil en el bolso.

—Las dos, ¿comemos? Yo invito y volvió a guiñarme un ojo.

El móvil no estaba en el bolso, así que me lo habría dejado en casa cargando, para variar, y como el de la oficina solo está en la oficina, estaba totalmente desconectada. Sonreí.

—¿De qué te ríes? dándome con el *mat* en la cabeza.

—Improvise no ir a currar hoy y, sin querer, también dejé el móvil en casa. Estoy súper feliz. Cero agobiada y llena de energía, pero con mucha hambre. ¿Comemos?

—Sí, eso te he preguntado antes, pero ya veo que no me prestas atención refunfuñó.

—Ja, invitas tú.

—Sí, eso también lo mencioné inspeccionaba su móvil.

La comida fue en su casa, en la puerta de enfrente de la mía. Beltrán jamás me había cocinado, creía que ni sabía, pero preparó un wok de verduras con sémola y frutos rojos que me supo a gloria. Parece que su estancia en Bali, Tailandia, París, Dubái y Nueva York le habían cambiado y ahora me gustaba más.

—¿En qué piensas?

—Eh, —mentí— olvidé la comida de la abuelita. Está en la bolsa de tela en un recipiente de cristal.

—¡Ah! Bueno, la comemos también o la cenamos.

<¿Cenarlo? > Seguro que está delicioso, todavía saboreo en sueños su tarta de zanahoria.

—Sí, todo lo que hace la abuelita es con tanto amor que siempre está riquísimo todavía rebotaba la palabra cenar en mi cabeza.

—No como a otros, ¿no? ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? dije algo molesta creyendo que iba por mí.

—Por la sémola, que ha quedado un poco seca. El monje que conocí en Bali, el que me enseñó a preparar este plato y muchos otros —volvió a guiñarme un ojo y ya no sabía si era un tic, una manía o estaba flirteando—, lo hacía increíble. Siempre en su punto. Yo puse todo mi empeño en saber exactamente cómo lo preparaba, pero ahora creo que, como buen cocinero, se guardaba un as en la manga. Aunque al ser monje no debería, ¿no?

Él, una vez más, hablaba y yo, además de escuchar, observaba. Común en mí cuando no conozco a mi acompañante.

Me sentía como una quinceañera en su primera cita y me vino a la mente mi primer beso. Sonríe interiormente porque me dio un asco tremendo sentir aquella inmensa y húmeda lengua gorda ajena dentro de la boca fue traumático, al menos, para mí. Tal vez por eso no quise volver a ligar con nadie hasta el verano que cumplí dieciocho y conocí a Flavio, un murciano al que su nombre no le hacía justicia, pero él estaba para enmarcar.

Es dieciséis años mayor que yo, (porque sigue vivo, lo sé por Facebook) pasado de vuelta en todo lo que yo desconocía y mi instructor de buceo particular durante todo aquel maravilloso e inolvidable verano.

Bucear en Cabo de Palos es algo que siempre recomiendo. Flavio marcó un antes y un después en mi vida en muchos aspectos pero, sobre todo, en quitarme la tontería de un plumazo con que si mi cuerpo era o no perfecto. Él consiguió que amase cada centímetro de mi piel, con pelos incluidos, cada vez que me ponía frente al espejo desnuda y me pedía que me acariciase.

Él sabía que era virgen, aunque de mi boca no salió. Supongo que se me notaba a la legua que ignoraba todo lo que él ya conocía, pero yo también le enseñé algo, algo que no olvida y siempre que tiene ocasión me recuerda: <**Ama como estilo de vida**>.

No lo inventé yo, a mí me lo enseñó mamá, pero a él le caló y yo sigo intentándolo. Algo que me ocurre con demasiada frecuencia. Soy capaz de comunicar a otros lo que aprendo, pero no soy capaz de aplicármelo a mí y es algo muy frustrante porque me hace sentir una traidora o timadora que vende consejos que para sí misma no tiene, como el dicho.

<Consejos doy que para mí no tengo o haz lo que yo digo, pero no lo que yo haga>.

Pues eso es exactamente lo que me ocurre a mí desde hace demasiado tiempo y no sé cómo solventarlo. Porque igual que para otros encuentro y veo soluciones para todo, para conmigo, no sé, no puedo o no me atrevo.

Soy rara, sí, y desconozco qué es lo que hago tan mal.

—¿Quieres más? Has rebañado hasta el plato. O te ha gustado mucho o tenías mucha hambre dijo levantándose de la mesa para servir más agua.

—Las dos respondí alegre.

—Estás muy callada, ¿te encuentras bien?

—Sí, ¿por? Te prestaba atención para que luego no me digas que no lo hago.

—Siempre tan cortés. <Otro guiño> ¿Te apetece una peli o prefieres siesta?

—Creo que voy a bajar a ver a la abuelita. Es su hora de lectura, pero no creo que la moleste.

—¡Ah! Pues voy contigo, que tengo muchas ganas de verla y le llevamos lo que ha sobrado

para que no tenga que hacer cena, y así me dé su veredicto de chef a chef. <Guiño>.

—¿Te pasa algo en el ojo? lo dije en voz alta sin querer queriendo. Una risotada llenó la habitación.

—¿Crees que flirteo contigo? su tono jugaba al despiste.

—Sí pronuncié seria y confundida. <Por qué me hago estas cosas>.

—Verás, no te lo conté para no asustarte. En junio del año pasado <el mismo mes que mamá se fue> me dio un ictus y tuvieron que operarme de urgencia. Estaba en Tailandia, de fiesta con los amigos y caí redondo al suelo, como tú el día de la graduación, ¿te acuerdas? Bueno, como para olvidarlo, ¿no? <La graduación fue el comienzo de mis desafortunados infortunios>. El caso es que, aunque me recuperé muy bien, a la vista está —se auto señaló riendo—, se quedó conmigo esta pequeña secuela que se agrava con nervios, estrés y cosas de esas.

—O sea que no estás ligando conmigo. <Pero, en serio, por qué me hago esto>.

—¿Es que quieres que lo haga? sonrió.

Moría por decir sí, pero no fui capaz. El miedo me invadió, paralizó y desterró a un oscuro lugar de mi mente que creía olvidado. Odio cuando me pongo tan melodramática, pero no puedo controlarlo. Lo intento, lo juro, pero el inconsciente me juega malas pasadas y me abofetea duro, fuerte y sin piedad. Es casi como cuando aparecen los dolores, pero sin dolor, aunque también sufro.

—Lo he pensado mejor —mentí, aunque no en todo— voy a pasar por casa a ver si está el móvil y me voy a la oficina por si hubiera algo urgente que resolver y he olvidado.

—Bueno, como quieras contestó sin mirar mientras fregaba los platos de la comida.

Recogí mis cosas, despacio, como queriendo que el tiempo o él me detuvieran, y me marché.

—¿Qué es lo que más te gusta de vivir sola? cuestionó mientras abría con delicadeza su bloc de notas.

—Esa es fácil, puedo moverme a mi propia velocidad, no he de preocuparme por las necesidades de otro, excepto de Ringo, que no me importa en absoluto, y organizo la casa y los días a mi gusto y antojo.

—¿Te incomodaba la presencia de Eric? preguntó sin levantar los ojos y la pluma del papel.

—No, pero me esforzaba mucho en que cuando él llegase todo estuviera impoluto. Sin pelos de Ringo, platos fregados, ropa lavada y doblada (porque yo no plancho) y ambientador de menta en marcha para que cuando él entrase se sintiera como en casa.

—¿Y cuando era al revés? Cuando era él quien estaba ya en casa y tú llegabas.

Silencio. Silencio que corta y asfixia. Dudé si mentir o contar mi verdad.

—Al principio me esperaba con copas de vino y baños relajantes. Después, siempre tenía cosas que hacer conté mi verdad.

—¿Y la casa estaba como tú la ponías para él? seguía sin levantar la vista.

—¿A dónde quieres llegar? repuse alzando la voz. No vengo aquí a hablar mal de Eric ni de nadie, ¿vale? Eric es un buen hombre y aguantó estoicamente carros y carretas hasta que se cansó. Lo que yo hacía o dejaba de hacer es porque quería, nadie me obligaba. Lo hacía porque sí y punto.

—Ya, pero responde escribía en su bloc sin mirarme a la cara.

—No, la casa que yo preparaba a su gusto, él la liaba con sus historias, porque nunca tenía tiempo de nada respondí mirando al suelo buscando un agujero por el que desaparecer.

La voz se entrecorta cuando el sonido atormenta.

—Dime algo y sé sincera, por favor. ¿Qué ocultabas? ¿Qué es lo que tanto temías que él descubriera? Clavó sus pupilas en las mías y eché a llorar.

—A mí, supongo. Igual si, finalmente, descubría que soy un auténtico desastre y que mi casa siempre está patas arriba, que no limpio, ni friego todos los días, que la cama la hago de vez en cuando y que si no salgo de casa me lavo como los gatos. No sé, ¿a quién le puede gustar alguien así? Me extendió la caja de pañuelos y me soné los mocos.

—¿No te gustas? preguntó a la vez que me hacía un gesto para indicarme que dejase los pañuelos cerca.

Silencio. Otro silencio de ira, rabia y veneno. Deseé levantarme de aquel dichoso sillón

orejero tapizado en *patchwork* que tanto me gusta e irme pegando un portazo que hiciese temblar los pilares y callase la boca del Doctor Marín.

Él es, de nuevo, mi terapeuta desde hace trece sesiones y cada viernes que nos encontramos me da razones de sobra para mandarle al carajo, pero luego caigo en la cuenta de que hablar con él libera, y no lo hago.

Tenemos una relación de amor odio desde que yo tenía dieciséis años y mamá y la abuelita me llevaron a conocerlo. Por aquel entonces, yo repetía curso en el instituto; no porque fuese mala estudiante, sino porque las clases y los compañeros me aburrían soberanamente, así que hice novillos a diario. Fueron dos años maravillosos, hasta que las pellas se viciaron a mí y yo a ellas y todo se desmoronó.

No hacía nada especial, más que leer, escribir o pintar. Me pasaba horas en los parques colindantes, en las librerías de barrio o cogía el bus para ir a la biblioteca más cercana, pero, como siempre, las malas lenguas dieron por hecho que me dedicaba a hacer el mal.

Cuando visité al Doctor Marín por primera vez, me sorprendió su aparente juventud. Parecía mucho más joven de lo que era, aunque, hoy, a sus cuarenta y cuatro años, sigue siendo joven y sigue pasando por treinta, la edad que tenía él cuando entré en aquella sala repleta de libros un lunes de agosto en Madrid con calor sofocante. Él estaba de pie, apoyado en su pequeña mesa de pallets reciclados (hecha por él) y cuando nos vio entrar, acercándose a nosotras, alargó el brazo para estrecharnos la mano. Encantado, dijo. Y encantador es, de serpientes, apariencia y labia.

Se le da muy bien su trabajo o como él dice “su misión”. Se toma la vida como un juego en el que hay que ir recabando pruebas y datos para dar con el misterio. Siempre está de guasa, pero se toma la misión muy en serio.

—¿Ha leído alguna vez *La Larga Marcha* de Stephen King? Le hablo de usted cuando estoy cabreada y quiero cambiar de tema. Él revisa el último informe médico y hace como si nada. Marín respeta mis tiempos y yo se lo agradezco.

—Creo que no, no me suena. Cuéntame de qué va sigue leyendo la ilegible letra médica.

—¿No prefiere leerlo?

—¿Te sientes identificada con algo de ese libro? Pregunta a la vez que hace girar la pluma por sus dedos con mucho arte. Sabe que cuando sí me obligaban a asistir al instituto ese era mi pasatiempo favorito. Ser capaz de hacer girar el boli sin que se caiga, una y otra vez.

—A lo mejor, pero no lo entendería, así que da igual. Olvídelo.

—Inténtalo Laura, por favor, estoy aquí para eso. Quiero ayudar...

—¿Laura? grité asustada.

Yo no soy Laura. Por primera vez en los catorce años que hace que nos conocíamos, le traicionó el subconsciente y se equivocó de paciente.

Esto sí que me alertó, sorprendió y dejó fuera de juego, porque Luis, el Doctor Marín, jamás cometería un error así. ¿Qué ocurre?

—Perdón, perdón, déjame explicarte. Perdón repetía sin cesar, mientras yo caminaba por la sala, insegura, con dudas y bastante desilusionada.

—Todos cometemos errores dije recogiendo la bolsa de tela y dirigiéndome a la puerta.

—¡Espera! Por favor, déjame explicarte, con un café, como amigo, qué ha ocurrido. Por favor.

Su voz parecía desesperada, pero también sincera y asustada. <Permite abrir los oídos de tu corazón a otros>. Sentí a mamá susurrando en mi oreja.

—Invitas tú y salí de la consulta hacía la cafetería de enfrente.

Luis no empezó a hablar hasta que ambos tuvimos nuestro café en la mesa. Parecía nervioso.

Desconocía esta faceta del Dr. Marín y me intrigó mucho quién era esa tal Laura y por qué la confundió conmigo.

—Verás, no me es fácil, pero intentaré que captes la emoción que me ha llevado a la confusión. Que te pongas en mi piel, aunque sé de sobra que lo harás.

Su mirada era distinta, de ser analítica y elocuente pasó a tener ojos de abandono y culpa. ¿Un hombre como él puede sentir culpa?, me pregunto.

—El mismo año que te conocí a ti en la consulta, también trabajaba a media jornada en el hospital donde conocí a Laura. Ella era cuatro años mayor que tú y diez menos que yo. Al inicio, solo nos veíamos cada tres meses porque en los hospitales siempre hay lista de espera y, ella, tragó saliva, no podía permitirse la consulta privada.

Olía mi café americano con canela muy caliente y recién hecho y deduje que la tal Laura estaba muerta, porque hablaba en pasado y, además, la amaba.

—En la séptima sesión me comunicó que sería la última porque su casero la echaba de casa por motivos personales y debía volver a casa de sus padres, a cuarenta kilómetros del centro, porque en ninguna habitación de alquiler permitían animales.

Los caseros tan majos siempre, aunque yo no podía quejarme. Porque además de no haberlo visto en persona nunca, vive en Bali y nos comunicamos vía email, nunca pone pegas y jamás me ha subido el alquiler. ¡Bellido!, pensé. A lo mejor es él, el invisible casero que tanta broma fácil genera.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, perdón disimulé algo inquieta. Él prosiguió.

—El hecho de no poder seguir ayudándola no me gustó e improvisé. Le “alquilé” una de las habitaciones vacías de mi antiguo piso y desde que puso un pie en el mismo suelo que yo nos convertimos en uno. Sé que está mal visto y que es poco profesional, o eso dicen, pero en el corazón nadie manda. ¿No? ¿busca mi aprobación? Te juro que no fue premeditado por ninguno, surgió del modo más natural.

Luis estaba enamorado hasta las trancas y me dieron ganas de abrazarlo, pero es mi psicólogo y, aunque fuese un café de amigos, no lo veía apropiado. <Espera, nadie sabe qué somos> Lo abracé con tanto amor, como cuando abrazo a Izan, que hasta él respingó, pero no se separó. Quedó quieto, lo recibió y me dio las gracias.

—No me lo esperaba confesó colorado.

—Yo tampoco, he improvisado respondí rascándome la nariz.

Ambos sabíamos que era mentira, pero sonreímos y él continuó recitándome su historia de amor.

—Cuando me contaste que tu madre falleció en un accidente no caí, ni si quiera lo relacioné, pero cuando me explicaste que otro vehículo invadió su carril sacándola de la carretera en un choque frontal y mortal para ambas partes, suspiró y yo con él, el corazón me dio un vuelco, porque entendí todo.

Bebió, tragó, miro al suelo, levantó la vista. Y mirándome forzosamente a los ojos, como si una fuerza suprema le obligase a ello, dijo: la otra parte era Laura y nuestro futuro bebé.

Las manecillas del reloj se detuvieron.

En su día, no quise preguntar por el ser que provocó que mamá se marchara. No quería saberlo para evitar culpar y odiar a nadie más. Bastante difícil es ya vivir día a día con la plena certeza de que la persona a la que amas más que a tu propia vida no volverá jamás.

Deseé pegarle un bofetón por habérmelo contado, pero este sí me lo guardé. Tragué saliva

envenenada y continué escuchando a un Doctor desfigurado con los ojos llenos de lágrimas que se sentía tremendamente culpable y que, además, para mí, para siempre, dejaba de ser mi terapeuta oficial.

Solo era un completo desconocido que se estaba desahogando conmigo. <Todos lo hemos hecho alguna vez> Él seguía y yo no veía el momento de levantarme e irme.

—Yo aún no lo sabía decía , es más, la llamé enfadado porque se fue de casa dejando las ventanas abiertas y, cuando volví, los folios del trabajo de la investigación que hacía volaban desordenados por el salón. ¿Lo entiendes? Y volvía a buscar mi aprobación—. Iba hablando conmigo, por *bluetooth*, pero conmigo. Quería darme una sorpresa para contarme que estaba embarazada. Íbamos a ser padres —gritó sin querer— y salió rápido para buscar una tarta con forma de pañal pensando que no tardaría, pero sucedió miró al suelo y sin levantar la vista, añadió , lo que ambos ya sabemos.

Él lloraba y yo deseaba abofetearlo allí mismo, pero un hilo de voz se adelantó.

—Yo también estaba. Yo también hablaba por teléfono con mamá, por *bluetooth* como tú, cuando todo ocurrió. Oí el impacto a través del teléfono y hasta su último aliento susurrándome *te amo*.

Ya en pie, añadí:

—Y si te sirve de consuelo, Laura no tuvo del todo la culpa. Chocó con mamá porque su rueda reventó, no porque hablase contigo por *bluetooth*.

O eso deseaba creer. Cogí el bolso, saqué la cartera, tiré un billete de cinco euros a la mesa y me esfumé de allí sin mirar atrás. Escuché que me llamó, pero le ignoré. Suficiente por hoy y para siempre, pensé. Adiós Doctor Luis Marín. Gracias y adiós.

Sábado nublado y ventiscoso en Madrid, el del tiempo sí acertó y yo no pensaba salir de la cama a no ser que Ringo me hiciera saber que no le quedaba agua o comida.

Tuve tres semanas de mierda y ni el cuerpo ni el ánimo deseaban saber nada del mundo exterior. Ni si quiera de estar en el salón, por eso, cuando mi estúpido reloj interno abrió los ojos a las seis de la mañana como todos los días, bajé en pijama y sin lavarme la cara hinchada de tanto llorar al local de Bob, un indio muy salado que abre las 24horas. Compré provisiones para no tener que cocinar, ni salir, ni hacer nada de nada, más que estar en la cama, sola y a ratos con Ringo.

Era consciente de que el plan no me favorecía en absoluto, pero tampoco tenía nada mejor que hacer y aunque lo hubiera tenido no me apetecía, con lo cual, eso es todo lo que hice.

Y si no te gusta, no leas, porque nadie obliga a comprar novelas de fácil lectura que se olvidan al cerrar la última página. Además, como soy la escritora y protagonista de esta historia puedo hacer y deshacer a mi antojo según me convenga.

Y lo que más me convenía era seguir durmiendo la mona, porque ayer, después de la terapia con el respetado Doctor Marín y antes de anoche después de la comida con Beltrán, y antes de antes de anoche después del reencuentro con Beltrán, y más antes de antes de antes la cita con el ginecólogo, y semanas antes el almuerzo con Bellido, me pimplé una botella de vino blanco dulce yo solita, entre baile y baile, también sola, en el salón de mi anticuada y destartalada casa a la luz de las velas.

Terminé vomitando, por si interesa, pero también acabé llorando fuertemente y dormida en el sofá de pena. Triste, pero cierto. Por eso, por todo ello y mucho más, no me moví. No me apetecían más encuentros fortuitos, noticias desagradables, historias que no deseaba conocer o vete tú a saber qué podría depararme la vida o el destino si hubiera salido de casa a hacer lo de siempre o a no hacer nada corriente.

Pasé, allí estaba bien y tenía todo lo necesario. *Nolotil*, *enantyum*, agua, bebida isotónica, frutos secos, uvas negras y galletas de avena caseras con trozos de almendras hechas por la dulce, buena y generosa abuelita.

Ella desconocía mi estado, obviamente, no lo hubiese permitido, pero yo sabía que ella estaba ocupada. Los sábados es día de mus. Hacen campeonatos y lo que recaudan lo donan a la caridad. <He intentado aprender varias veces, pero siempre olvido las reglas y las señas>.

La abuelita se encarga de la armonía del juego, porque hay quien se mete mucho en el papel y

se enfada de verdad. Si esto ocurre, ella entra en acción y reflexiona, amablemente, sobre el motivo del campeonato con el individuo en cuestión. Logra que el buen hombre o mujer cabreado vea que está allí por una buena causa y que su rabieta es banal comparada con la generosa acción que está llevando a cabo. Esto suele reconfortar mucho a las personas, les hace sentirse bien e incluso mejores personas, y vuelven a la mesa de juego con una sonrisa amorosa. Pero si son reincidentes y les cuesta entrar en razón, se les da las gracias por su participación, se les devuelve el dinero invertido, porque ellos solo aceptan “Dinero Feliz” de personas felices, y no vuelven a pisar el club deportivo donde se celebra todos los sábados dicho evento.

Toman un autobús a las ocho de la mañana en Atocha que les lleva hasta la carretera de la Coruña, a unos treinta kilómetros de Madrid, donde se encuentra el club, y allí están todo el día. Incluida Linda. Les dan desayuno, comida y merienda, y a las ocho de la tarde vuelven a coger otro autobús que les trae de vuelta.

Una paliza, vaya, pero la abuelita aguanta estoicamente y nunca falla. Ama hacerlo. Ama estar al servicio de los demás y lo hace sin expectativas.

Podría estar todo el día compartiendo anécdotas ajenas, pero, si me lo permites, prefiero hablar de mí, de lo difícil que es salir de un bucle en el que, según las leyes del universo, yo misma me metí y no sé salir. Es como si estuviera en un laberinto como Alicia en el País de las Maravillas.

Soy consciente de lo afortunada que soy por disponer a mi alcance muy diversas herramientas, pero también tengo la sensación de que el hecho de creer saber muchas teorías me introdujeron en un agujero de caos, colapso mental y depresión.

No sé usar los supuestos aprendizajes que en su día me enseñaron. Desconozco cómo activar el botón de marcha, porque la mayoría del tiempo estoy envuelta en pensamientos destructivos y limitantes que tampoco sé cómo hacerlos parar. Conclusión: no aprendí nada y no sé nada acerca de mí, de mi existencia o de la vida que me rodea.

Ni siquiera estoy segura de existir. Quizás estoy sumergida en un profundo sueño del que no puedo o no quiero salir, porque lo de afuera me da miedo, lo desconozco o no me convence.

Hace años tenía muy claro que me reencarnaría, que después de vivir aquí viviría otra vida, y otra, y otra.

Ahora no estoy tan segura, no sé si me apetece vivir más vidas como esta. No compensa. Si no soy feliz, para qué vivir. Para descubrir cómo serlo, ¿no?

Una vez, escuché a una autora independiente de la cual no recuerdo el nombre decir que hay que escribir de lo que no se sabe. De lo que inquieta, duele y agita. Decía que escribir de lo que ya conoces no tiene sentido y que hay que llevar a la mente, al cuerpo, alma y emociones a lo desconocido.

Preguntarse qué pasaría si, y aquí estoy, intentando averiguar, aunque no lo parezca, qué pasaría si fuese feliz. Qué pasaría si saliera del laberinto, qué pasaría si el dolor se ausentara, qué pasaría si existiera, sintiera, pudiera, amara, expresara, viera y fuera. Qué pasaría, al fin y al cabo, si fuera yo misma y aceptase la vida, esta, aquí y ahora, tal cual, sin pensar en quien no está, en lo que no hay, etc.

Es un gran reto, te lo aseguro, y más cuando nunca antes has escrito una novela para ti. Desconoces dónde te llevará, pero te vuelcas en ella más que en cualquier otra, porque sientes como si de un salvavidas se tratara, y te involucras, tal vez, con la intención de que te salve, impulse o termine por ahogarte.

Otro gran fallo mío y de la humanidad, crearse expectativas. Si logro disfrutar del proceso sin

pensar en cuando acabe, será un gran progreso y la verdad, lo gozo como una enana, pero no consigo ignorar las películas de mi mente.

Es raro, porque cuando medito, medito. Es decir, estoy en la respiración y poco más, pero el resto del día tengo una facilidad pasmosa para imaginar situaciones tan diversas como dispares que si hiciese públicas me encerraban. Sí, a veces me sorprendo con pensamientos poco agradables de los que hacen sufrir gratuitamente pero, a la vez, es como si me liberasen. Como si fuese adicta a la pena, una yonqui del dolor y una obsesa del martirio. Ser masoquista asusta, pero creer que nadie más piense así, paraliza más. O sea, imaginar que realmente haya un desequilibrio grave. Bueno, en verdad esto no me asusta, porque si fuese así, obtendría respuestas a muchas de mis elocuentes preguntas y supongo que liberaría carga de la mochila.

Si existo y mi vida es la que es, que tampoco está tan mal si lo percibes con ojos de payaso, debería estar agradecida por tener una casa con bañera y agua caliente, una cama donde dormir la resaca, comida en el plato y amigos incondicionales. Pero, ¿qué falla?, ¿la enfermedad?

Tonterías, acepto que es lo peor que he experimentado jamás, pero no que me convierta en una insulsa infeliz que vaga por la senda sin motivo ni entusiasmo. Lo siento, pero si esto es lo que he de aceptar, paso. No voy a convertirme en alguien que no deseo ser, por mucho miedo que me dé descubrir y aceptar que existe otro modo de estar en este plano. Tampoco seré una desgraciada pobrecita que se ha perdido a sí misma, aunque a veces ya lo parezca. Hallaré el equilibrio entre mi ángel y mi demonio y descansaré en paz por el resto de los días, aunque sea lo último o único que haga.

Más tarde aquel mismo día subí a la azotea a observar cómo el sol dejaba paso a la luna. Es mi hora preferida del día. Sentada en la azotea, contemplo la nube mortal instalada en la capital desde hace décadas. La boina de contaminación que tapa el cielo de Madrid. Por esto amé los veranos en Murcia, allí el cielo brilla sin polución y las estrellas fugaces te deleitan sin avisar.

En el pasado, viajaba mucho y más seguido. A veces sola, otras con Eric y a menudo con amigas. Amigas que ya no están en mi vida. No sé si por la enfermedad, no sé si porque hice algo mal o simplemente porque nuestro aprendizaje conjunto terminó. Años atrás lloraba, porque quería comprender; ahora, aunque sigo sin entender, evito pensar en ello.

Recuerdo el viaje a Escocia, a Edimburgo concretamente. Nos alojamos en un albergue para ahorrar gastos y dormimos durante cinco días que duró la aventura en literas con diez mujeres más. A mí me gustó mucho la experiencia, a ellas no tanto. Eso de compartir habitación con desconocidas las inquietaba y más aún tener que salir del cuarto para ir al baño en plena madrugada.

Llovió a cantaros durante todo el viaje, porque además fuimos en pleno mes de noviembre, pero aquellas casas salidas de cuentos parecían invitarte a saborear sus calles empedradas y resbaladizas.

Mis antiguas amigas amaban ir de compras y, por supuesto, dedicar un día completo a ello, era el plan imprescindible. Estuve a punto de comprarme un abrigo de pelo de mentira, extremadamente suave, de color amarillo chillón por la euforia del momento. Hasta llamé a mamá desde la tienda, con el abrigo puesto, mirándome en un espejo para preguntar si me lanzaba al abismo. Ella, como siempre, me dijo que hiciese lo que quisiera, mis amigas, por supuesto, que lo comprara. Era una ganga que no encontraría en España.

Por suerte, mi cordura piso tierra y no me llevé aquel aparente oso de peluche amarillo pollo, por muy blandito y suave que fuera. No me arrepiento en absoluto, aunque Eric sí, porque fantaseó con verme solo con aquel pelo puesto mientras me hacía el amor. Nunca entendí muchas de sus

fantasías sexuales, tal vez, porque desconozco las mías.

—¡Joder! Estás aquí.

Una voz asfixiante, entrecortada y asustada acabó con el recuerdo.

—¿Cómo me has encontrado? repuse indignada.

—Eric jadeaba.

—¿Qué pasa con Eric? alcé la voz.

—Que me lo ha dicho él tenía flato.

—Y qué narices haces tú hablando con Eric sobre mí para que te indique mi lugar secreto y favorito de esta mierda de vida poniéndome en pie, con la cara desencajada e irascible. Muy irascible.

—La abuelita.

—¿Qué le ocurre ahora a la abuelita? el tono disminuyó según salían las letras por mi colérica boca.

—Ven conmigo, por favor.

—¡No! grité fuerte, alto y claro, deseando desgarrar las cuerdas vocales. Como si por aquella voz fuese a despertar de una terrible pesadilla.

—Tranquilízate cielo, por favor y acompáñame alargó su mano en busca de la mía, pero recibió un bofetón.

Con la mano abierta, sonoro y de los que pican. Ni siquiera yo lo esperaba. Fue un acto reflejo que no vino a cuento de nada, pero le sirvió a Beltrán para acercarse a mí y abrazarme con ganas.

Tuve la sensación de que no quería soltarme jamás. Besándome la cabeza (me saca más de una cabeza) y sujetándome fuerte, muy fuerte, entre sus brazos susurró: cielo, la abuelita falleció anoche.

Quise saltar desde allí para estamparme contra el asfalto, ahogarme en sus brazos y provocar un atentado contra mi persona, pero él no me dejó. Me mantuvo arropada por su cuerpo durante unos minutos más y sin darme ni cuenta me alzó en volandas sacándome de la ya no tan favorita azotea.

Domingo. Día del Señor y entierro de la abuela. Juraría que yo no avisé a nadie, pero había más gente que en *Tomorrowland* (un festival de música). ¿La abuelita conocía a tanta gente? O es que regalan algo y yo no me he enterado.

La verdad es que, desde hace tiempo, parece ser que no me entero de mucho, que la vida pasa a mi lado y yo paso de ella.

Todo era ira, destrucción, fuego, enfado y catástrofe. Me río yo de los que temen un apocalipsis o una invasión de zombies. Que se pongan a la cola que el título uno en desgracias y vida de mierda ya quedó adjudicado.

Bueno, mío tampoco era, porque me iré de aquí igual que ellas, sin nada. ¡Mierda! ¿Qué haré con todo lo de mamá, la abuela y mío? ¿Lo dono? ¿Alguien quiere las pertenencias de un muerto? ¿Qué se hace en estos casos?

—Cielo, bebe esto, te vendrá bien. Gael y su zumo verde de espinacas, jengibre y mango.

—Esto sabe a muerto y una media risa tonta nos contagió.

—Igual olvidé echar panela, pero bébetelo todo, ¿entendido?

—Sí, señor. hice un gesto militar con la mano.

Beltrán se hizo el portavoz de la situación y no se le dio nada mal. Se aseguró con esmero de que ninguna avalancha de gente desconocida para mí se acercaran a darme el pésame. Se lo agradecí infinito, en silencio, pero en estas situaciones soy muy mohína, muy mía y no me gusta que me toquen de más.

Pero por la abuela, me atreví a subir a la tarima, coger el micrófono que instalaron y decir unas palabras de agradecimiento para evitar presenciar más gestos desagradables por no querer recibir personalmente sus condolencias.

No deseé que me entendieran, pero sí dejar de sentir que era, una vez más, el bicho raro de la familia y que no era tan buena, ni amable, ni altruista, ni generosa, ni cariñosa, ni amorosa, como lo eran mamá y la abuelita. Aunque a la vista estaba que la abuelita se llevaba el premio gordo.

—Ya podría la abuelita haber organizado un funeral como el de tu madre. comentó Izan, abrazándome por la espalda.

Y razón no le faltaba. Mamá dejó por escrito exactamente cómo quería que fuese su fiesta de despedida. Si no tenías invitación, no entrabas, y su lista de invitados no superaba las cincuenta personas. Tampoco conocía a todas, pero allí no me importó saludar de más, aunque no los hubiera visto en mi vida. Ellos sí parecían conocerme y nadie me trató mal ni se molestó porque

en determinados momentos tuviese pataletas.

Sin embargo, la abuelita se fue por la puerta grande. Todo era, también, como ella dejó por escrito. <Igual debería de hacer lo mismo>. Pero la entrada era libre y con comida y bebida gratis para todos.

Aquellas mujeres, tanto mamá como la abuela, seguían sorprendiéndome incluso después de muertas.

Sawubona Amiga, me ha costado una barbaridad llegar hasta a ti. Hay un joven apuesto que se toma muy en serio su labor de que nadie te moleste, y antes de que terminase la frase, abracé al Señor Bellido como si necesitase una figura paterna a la que aferrarme.

Él recibió el abrazo con total naturalidad como si fuera lo más normal, pero nunca antes nos habíamos abrazado. Siempre que nos veíamos solo apretábamos las manos. Ese, hasta aquel día, era todo el contacto físico que habíamos tenido aquel intrigante hombre y yo.

Su olor, por un instante, me sacó de aquella vorágine de emociones que pululaban en mi interior dispuestas a estallar. Era un olor familiar, pero no conseguí identificar a qué me recordaba. Dio igual, me quedé abrazada a él, no sé por cuanto tiempo, pero el suficiente para calmar las ganas de gritar.

—Gracias por venir dije separándome de él.

—No me perdería tremendo acontecimiento por nada del mundo apretó mis manos.

Como siempre hacía, como si eso fuese la señal de que no estaba sola. Estaba a salvo. Aún, después de ver partir a los dos únicos pilares de mi insignificante vida. Todo estaba bien.

No derramé ni una lágrima y me asustó. Era como si algo dentro de mí ya supiera que esto iba a ocurrir y ya estaba preparada. ¿Cómo se puede estar preparado para algo así?

En la fiesta de mamá me ahogué con mis propias lágrimas, me desmayé tres veces y monté en cólera otras tantas, pero allí, nada. Sentí revivir una pesadilla una y otra vez, pero ya sin efecto, sin sobresalto, sin sorpresa, porque sabía exactamente lo que iba a acontecer a cada rato. Como si fuera un espectador recreándome con una peli de serie B.

Lo de mamá no lo esperaba, pero lo de la abuela parecer ser que mi inconsciente sí.

—Bebé, perdón. Estaba de viaje y me pilló atasco de vuelta miró a los lados . ¡Joder! ¿Toda esta gente es amiga de la abuelita?

—Una auténtica relaciones públicas, ¿verdad? Su beso-abrazo me supo a sal, a brisa y a mar. Me encantó descubrir que me trajo un poco de sur al asfalto sucio e impuro de la capital . ¿Dónde estabas?

—De viaje, perdón.

—No, no Efrén, déjate de rollos. Olvida que estamos donde estamos. <Siempre tan respetuoso>. Dónde estabas y con quién. Sabes y hueles a mar y a mí no me engañas, reconozco ese olor, sabor y tacto entre áspero y húmedo a la legua.

—Tienes un radar o qué.

—Para las playas de Cádiz, sí, y tu amago de moreno ventoso me dice que Tarifa te ha enamorado una escandalosa risa acalló el murmullo incidente y crispante de la sala.

—Te tiene calado, colega dándole Gael a Efrén un golpecito en la espalda.

—Pero, ¿cómo es posible si apenas llegué el sábado a la mañana y esa madrugada me avisaron de...?

—Pues más tonto tú por volver le besé la frente, aún salada, y le di las gracias pellizcándole la nariz.

De niños, era nuestro gesto de amor. Con eso bastaba. Sobraban las palabras. Solo con

pellizcar amorosamente la nariz propia o ajena servía para calmar las aguas cuando algún desalmado se metía con él por ser chino y albino, o conmigo por estar esquelética y jugar con los niños.

No tenía ni tengo nada en contra de las chicas, pero ellas (las de aquella clase) solo hablaban de los chicos que les gustaban, de lo que usaban para quitarse los pelos de las piernas (cosa que yo no hacía y a ellas les parecía un sacrilegio) o los absurdos trucos que inventaban para aparentar tener más pecho, como meterse papel higiénico. Yo era una tabla de planchar, no estaba para nada en vísperas de desarrollo. Aunque tuviera trece años, ni siquiera menstruaba.

No lo hice hasta el verano de los dieciséis para diecisiete. Todas querían crecer de la noche a la mañana y yo, en la intimidad de mi cuarto, seguía jugando a las muñecas. Creando familias ideales con *Giman*, *la Barbie* y *los Clips*. *O con las Barriguitas*, *los Pin y Pon* y *Sapito*. *Un muñeco cabezón con dos pelos de lana que arranqué de muy niña y que todavía conservo (al muñeco)*. *Me gustaba más calvo como una pelota de billar que con dos pelillos de lana que no le favorecían nada*. *Me lo regaló mi madrina al nacer, la hermana de mamá, pero nunca hablo de ella porque también está muerta*. *Hace muchos más años, pero igual de muerta*.

Siempre me llevé mejor con los chicos, menos con papá. No porque me gustase jugar al fútbol, sino porque ellos solo pensaban en jugar, hasta la edad del pavo, claro, que parece que les den un golpe en la cabeza y se vuelvan todos gatas en celo maullando por las esquinas. Nunca entendí por qué en el recreo me trataban como una más y en clase me usaban de diana fácil de burla.

Y bueno, cuando empezaron a emparejarse todos con todos y a hacer listas de quiénes eran las más buenorras y los más buenorros de la clase, Damián y yo nunca salíamos. Él era un chico *raro*, considerablemente inteligente, que cuando se ponía nervioso porque le tiraban bolas de papel, pegaba mocos debajo de todos los pupitres de los implicados en la malicia. Le admiraba porque él, a su manera, les plantaba cara.

Yo, lloraba por los pasillos y en los rincones para que nadie me viera y cuando ya no podía más me confesaba con el tutor de turno empeorando aún más el asunto. *Chivata* era mi segundo nombre. No sé qué fue de Damián, pero le deseo lo mejor.

—Cigüeñita, ¿te apetece un poco de caldo calentito? — así me llama Doña Margarita, la portera del bloque donde ahora solo vivo yo. Beltrán y yo.

Una mujer robusta que dice que le recuerdo a la cigüeña María que su abuelo cuidó. Mamá interpretó esa obra como protagonista, así que conocía la historia y ella lo sabía, aunque lo que no sé es por qué le recordaba a ella. ¿A una cigüeña amigable?

—Gracias Marga — cogí la taza de caldo e inspiré su olor a pimentón de la Vera, de donde es ella.

Margarita tendrá unos cincuenta años, pero no los aparenta. Aunque a veces parezca chapada a la antigua, yo no conozco mujer más moderna viva. Se casó joven con el amor de su vida y tiene tres hijos hermosos como ella. Su segundo trabajo es por placer, nunca mejor dicho. Hace eventos exclusivos para mujeres de *tuppersex* donde ayuda a ganar placer en todas las áreas de tu vida.

Fue el primer trabajo que le salió cuando se vino del pueblo a la capital y no ha dejado de hacerlo porque le apasiona ser partícipe de la cara que ponen algunas mujeres al descubrir que tienen clítoris y punto G. Además, es una respetada *influencer* en las redes sociales con más de un millón de seguidores leales. Es una digna protagonista de novela *chick lit*, como Eric decía.

—Oye, ¿alguien ha avisado a Eric?

Un silencio hiriente dio la respuesta que menos deseaba. Además de cobarde, maleducado. Este no era el Eric que yo conocí. Menos mal que quería seguir en mi vida, que fuésemos amigos y

tonterías de esas.

—Está fuera de España dijo Izan con la cabeza gacha.

—¿De vacaciones? pregunté con malicia.

—No —ahora era Efrén—, se fue a vivir a Estados Unidos.

—A Miami, creo apuntó Gael.

—¿Qué? dije alto y claro para que las más de cuatrocientas personas que había allí me escucharan.

Don “tengo miedo a volar, amo mi país y aquí es donde mejor se come, se vive y todo lo demás”, se ha ido a vivir a Miami... ¿en serio? Me hizo ir en tren hasta París porque así era más romántico, para ahora irse volando, en avión, por los aires, a siete mil kilómetros de distancia. Pues sí que necesitaba espacio y tiempo, pero para siempre, vaya.

—Chocho quiso hablar Gael, pero lo impedí con la mirada.

Tuve la impresión de que el día voló, como Eric, la abuela y mamá. Como si el dichoso funeral se me estuviera haciendo corto y quisiera más. Alargarlo más.

El efecto de que todo el mundo estuviera pendiente de mí, de que no me faltase de nada, de que estuviera bien o mal, me dejasen estarlo. Esa sensación de que existes, de que existía, me gustó. Aunque evocasen pena, repararon en que estaba, allí, viva.

Ya en la cueva, obligué a todos a que se marcharan de casa. Ellos insistieron en quedarse a dormir, pero conseguí echarlos al piso de enfrente, a casa de Beltrán.

—Necesito estar sola, por favor, ya he sociabilizado bastante por hoy y por el resto del mes.

—Vale, pero sin nos necesitas silva, dijeron los cinco al unísono. Beltrán, Gael, Efrén, Izan y el Señor Bellido.

No me explico qué haría un buen hombre con cuatro fieras, pero si de algo estaba segura es de que no se iban a aburrir en absoluto.

Al cerrar la puerta, Ringo se asomó desde el cuarto y observó como esperando una señal. Parecía que supiera que necesitaba estar sola literal, pero le llamé y no dudó en venir a lamerme las manos, como si lamiera mis heridas más profundas, las que nadie ve y conoce, excepto él.

—Buen chico, peque, buen chico le proporcioné una lata entera de comida blanda que tanto le gusta. Se sorprendió, pero dejó el cuenco limpio como una patena y luego vino a ronearme.

Escuché ladrar a Linda al otro lado de la puerta y supe que estaban haciéndola de rabiarse con su muñeco de tela. El animal también debía distraerse y ahora que Gael se haría cargo de ella, iba a descubrir un nuevo universo.

Encendí velas, todas las que encontré, puse música, a Sabina, el tapón de la bañera y encendí el agua caliente. Me metí vestida, pero descalza y esperé tumbada en la bañera fría a que se llenara y calentara. No sé por qué lo hice. Solo lo hice y, esperando, me quedé dormida.

—Chocho, amiga, abre la puerta por favor, abre, vamos a tener que salir en canoa —los golpes y gritos me sacaron del trance.

¡Joder, mierda! Apagué el grifo del agua, quité el tapón y salí chorreando de la bañera. Llegué a la puerta gateando, para no caer y abrirme la cabeza.

—Perdón dije desde el suelo llorando como una magdalena.

—Tranquila, cielo, ya estamos aquí susurró Beltrán y, alzándome en sus brazos, como si fuera una pluma me llevó hasta su cuarto para prestarme ropa y secarme.

Efrén cogió a Ringo, que dormía plácidamente en la cama absorto de tal panorama y entre Izan, que a punto estuvo de llamar a sus compañeros, Gael y Víctor (Bellido) recogieron, limpiaron y secaron toda la falsa riada.

—Chocho sé que eres rarita, pero tanto como para bañarte vestida, ¿qué querías? —bromeó Gael mordiendo mi tostada y alborotando mi pelo.

Gael tiene la facilidad de meterse conmigo y de que no me afecte. No sé cómo lo hace, pero él es el único que consigue que me ría de todo lo que me decían en el colegio, de quitarle importancia y hacer un chiste gracioso con ello.

Finalmente, nos quedamos todos a dormir en casa de Beltrán. Ringo, Linda y yo ocupamos su cuarto y el resto, ni idea, porque me quedé dormida en el sillón multicolor del salón en cuanto Beltrán me tapó con la manta, y desperté en su habitación.

—¡Buenos días, Bella Durmiente!

—Hola, ¿dónde están todos? pregunto quitándome las legañas del ojo.

—Tenían cosas que hacer, es lunes él estaba con el ordenador.

—Ah, ya, claro contesté con desánimo.

La gente vuelve a su ajetreada vida y yo y mis circunstancias pasan a un segundo plano. Es lógico, a ellos no se les ha muerto el único familiar vivo. ¿Y yo? ¿También he de volver a mi ajetreada vida?

—¿Estás bien? cuestionó con voz dubitativa.

—¿Tú qué crees? grité sin medida. Y quita esa estúpida mirada de pena comprensiva, porque me dan ganas de potar.

—¿Qué vas a querer hacer hoy? soltó como si nada, ignorando mi estado y aspecto.

—Ahora qué eres ¿mi niñera? respondí de mala gana.

—Oye con amago de voz en calma.

—No, oye tú, estoy harta, harta de todo y de ti también. Te crees que puedes reaparecer en mi vida como Pedro por su casa cuando llevas ocho años ignorándome y ahora —tragué saliva— soy el centro de tu universo (más quisiera) porque se ha muerto mi abuela, y primero mi madre —daba vueltas por su salón como un pájaro encerrado en una estúpida jaula— ¿Tú de qué vas? Y quién te crees que eres.

—Tu mejor amigo y una lágrima resbaló por su mejilla. Beltrán no llora.

—Lo siento. Soy imbécil. No sé qué me pasa.

Me abrazó fuerte contra su pecho y oí sus latidos. Acelerados, rítmicos y acompasados con su agitada respiración. Me partió el alma ser consciente de que yo, una vez más, había provocado aquello. Me sentí miserable y él parecía nervioso.

—¿Estás bien? pregunté con miedo.

La puerta sonó y se escurrió de los brazos. Linda, que nunca ladra cuando llaman a la puerta, se volvió loca, pero no de contenta. <Qué raro, pensé>. Beltrán gritó desde la puerta: Cielo, tienes visita.

—¿Papá?

—Cariño.

Pasé entre los dos dándoles un empujón y salí a la calle en pijama, descalza, con legañas, sin peinar y con pinta de no sé qué. *No puede ser* repetía sin cesar. Me crucé con un grupo de señoras

que debieron de estar en el entierro y me reconocieron. “Pobrecita”, alcancé a escuchar.

Ya no satisfacía la sensación de existencia. Prefería seguir viviendo en el anonimato y dejar de escuchar voces desafortunadas.

Igual era porque llevaba un pijama enterizo de Batman tres veces más grande que yo y parecía ir disfrazada y descalza. Entré en el Retiro y anduve desorientada por sus jardines hasta que terminé, cómo no, en el Ciprés Calvo.

Había gente esperando a recibir una clase de Yoga. Me acerqué dubitativa y rápidamente volví a ser el centro de todas las miradas. Algunas eran caras conocidas, no sé si del entierro o de la clase que recibí de Beltrán. Los tiempos me bailaban, pero allí estaba, rodeada por aquella panda de desconocidos que me miraban con amor, sonrientes y esperando a que me pronunciara.

—Hola la voz vibró, pero yo estaba inmóvil cual estatua.

Ellos, como si de una coreografía se tratara desplegaron sus esterillas, a cual más bonita, y Víctor (Bellido), que también estaba y parecía leerme la mente, extendió la colchoneta de mamá, ahora mía, al lado de donde yo quedé plantada. Me quité los roñosos calcetines de corazones que llevaba y me subí en ella con deferencia. Sentí la alfombra de Yoga hecha de goma natural con corcho antideslizante, respetuosa con el medio ambiente y examiné el dibujo de los siete chakras bajo mis pies. Un hormigueo de energía recorrió el Ser. Era Uno con todos y con cada uno de ellos. Estábamos conectados y la energía fluía entre nosotros dibujando espirales de colores. Suspiré. Inhalé y exhalé tres veces con los ojos cerrados y dije:

—Inhalamos y exhalamos profundamente tres veces y a la tercera exhalación liberamos el cuerpo de toda carga, tensión, mal estar y pena para con la siguiente inhalación natural llenarnos de luz, armonía y paz.

Era la primera vez en mi vida que impartía una clase de Yoga. Tenía el título de profesora de Yoga desde hacía diez años, pero nunca me planteé ejercer. Para eso ya estaba mamá y se le daba francamente bien. Recibí muchas clases desde muy pequeña y no solo de mamá, pero no me consideraba una persona espiritual como para impartir enseñanzas milenarias que ni siquiera yo aplicaba.

A pesar de todo ello, fue la mejor experiencia de mi vida y jamás consideré que fuera tan mágico. A los presentes también debió gustarles porque se preguntaban unos a otros en qué días y horarios iba yo a dar las clases. Víctor aclaró sus dudas y otro señor dijo: si te ha gustado la experiencia, volverás, todos lo hacen y tú deberías.

En un segundo, quedé a solas con el viejo ciprés. Lo abracé amorosamente, como a Izan, y le di las gracias. Pensé en llamar al grandullón, pero no tenía móvil, ni llaves, ni dinero <la voluntad>. Salté de alegría.

Víctor dejó una cajita al filo de la esterilla, como hacía mamá. Al mirar hacia allí, los ojos se abrieron como quien encuentra un tesoro. Estaba hasta la bandera de regalos. ¿Cómo es posible?

Me acerqué incrédula como si hubiese una cámara oculta y las pupilas no daban abasto. Libros, plantas, manualidades, una carta y dinero, sí, también dinero. Cien euros, ni más ni menos. Normal que mamá no fallase ni lloviendo, aunque sabía que ella no iba por eso. Ella iba por todo lo demás y eso solo son complementos que a mí ahora me vienen de perlas para ir a buscar a Izan.

No quería volver a casa, aún no, no quería verle, verlos, a ninguno. Metí todo en una bolsa de tela orgánica natural que dejaron con la ilustración de un Mandala pintado a mano por Olena Beckett muy bonito y salí del parque en busca de un taxi que me llevara a casa del grandullón.

Al llegar, Izan salía con prisas del portal. Pagué rápido al taxista y grité su nombre mientras cerraba la puerta con un portazo improvisado. <Perdón>, dije para mí al taxista que miró con cara

de pocos amigos y molesto.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí? ¿En taxi y así vestida? abriendo la puerta de su todoterreno verde militar.

—¿Puedo acompañarte? ¿O estás de guardia?

—No, vente. Voy al santuario, que llamaron por una incidencia.

—¿Grave?

—Espero que no, ¿qué haces así? volvió a preguntar.

—Es una larga historia, te la cuento por el camino, pero, ¿podemos parar a comprar algo de comer? No he desayunado ni comido nada desde ayer y estoy famélica dije ya en el coche lista para partir.

—¿Te sirve esta tarta de manzana que llevaba de postre con zumo de pera natural para el camino? sonreía con ojos de amor.

—Te amo. Si quieres compartimos dije risueña.

—Muy amable *Catwoman* chocamos los nudillos.

Era nuestro gesto de *molamos y lo sabemos* y lo hacíamos cuando solo nosotros entendíamos la broma. Una alianza absurda, pero reconfortante.

De camino al santuario, después de ponerle al día y devorar la tarta de manzana casera hecha por él, nos teletransportamos a los años mozos y escuchamos cantaditas a todo volumen con las ventanillas bajadas. El aire golpeaba las palmas y cantaba como si supiera. Nada importaba, también jugamos a sumar rápido las matrículas de los coches. Siempre ganaba él. No parecía que mi vida fuera una mierda, sino todo lo contrario.

El Santuario Maya está a unos setenta kilómetros de Madrid, en la sierra, en plena naturaleza, repleto de robles, enebros y encinas, entre otros. Es zona protegida, pero Izan tuvo la suerte de heredar parte de aquel tremendo parque y convertirlo en un refugio para animales en peligro de extinción principalmente, aunque también son bienvenidas otras especies que aparecen como por arte de magia, heridas, desorientadas, asustadas y desnutridas. El ser humano puede llegar a ser tan cruel que me dan escalofríos solo de pensarlo.

Al parar el coche vi a Izan con el móvil y supuse que escribía a Beltrán para comunicarle que estaba con él.

—Dile de mi parte que dé de comer y beber a Ringo en mi ausencia.

Me miró con ojos de pillo, pero no dijo ni pio, era obvio que lo haría. Izan es muy predecible. Me pidió que esperase en el coche para que no pisase descalza, pero era tarde, estaba de barro hasta las rodillas, porque aparcó, sin darse cuenta, en la charca de Croqueta, una cerdita vietnamita, de los que aparecen de la nada, la mar de adorable.

Me tumbé con ella en el fango y nos rebozamos enteritas. Olía a rayos, pero dio igual, me encantó ver cómo Croqueta movía el rabito de contenta.

El grandullón volvió con ropa y unas botas. Al vernos, saco el móvil para immortalizar el momento, mientras su descarada risa contagiosa nos empapó el alma de felicidad. Cuando el lodo empezó a entrar en orificios no deseados decidí que era suficiente.

—Ahí tienes una manguera, a ver si sale caliente apuntó con tono de guasa.

Ni corta ni perezosa me quité la ropa y desnuda, sin pensar, me metí debajo de aquella agua del deshielo. No sé cuántos improperios salieron de mi boca, lo que sí sé es que tuvo que ser divertido, porque al darme la vuelta para preguntar con qué me secaba, el grandullón y cinco más de su equipo reían y aplaudían.

—¿Qué os hace tanta gracia? Dadme una toalla mirones grité riendo y tiritando de frío.

Luna me acompañó con la ropa, los zapatos y toallas hasta la caseta del baño y dijo:

—Aquí hay agua caliente, el termo ya está encendido. Dúchate con agua tibia si no quieres coger una pulmonía. ¡Ah! Y en ese cajón hay un secador de pelo, úsalo.

—¿Hay agua caliente? pregunté estupefacta.

—Sí, ninguno creyó que harías lo que has hecho, pero oye, tienes los ovarios bien puestos y los pechos muy bonitos —sonreí con cara de boba y le di las gracias a Luna.

Una atractiva mulata con el pelo muy rizado que fue pareja de Izan.

Salí de la caseta con nuevo vestuario y Luna estaba esperando.

—No te queda nada mal —dijo.

Hice caso omiso al comentario y pregunté por el resto.

—Fueron a rescatar un ciervo que quedó atrapado en una laguna —no paraba de observarme.

—¡Ah! Pues vamos, ¿no? —estaba incómoda e intentaba disimular.

—No, Izan dice que esperemos aquí —ladeaba su cabeza con la vista puesta en mí.

La tensión era evidente, pero no sé si era sexual o de celos. Ninguna me iba bien, así que actúe como si nada.

—¡Genial! ¿Y qué hacemos, damos de comer a las cigüeñas o...? <El ridículo>

Su rostro era ecuánime y no alcanzaba a descifrar qué puñetas pensaba. La verdad es que no tenía ni idea de lo que se hacía allí. Las otras veces que fuimos de visita, Izan nos enseñó el parque en plan ruta turística, pero no especificaba en qué consiste exactamente su trabajo allí, día a día.

—Acompáñame.

Habló, al fin, y yo asentí. No pregunté, estaba nerviosa y seguía incómoda. Nos montamos en un *buggy eléctrico* y me sentí como una niña chica a la que sacan a pasear sin ganas. Debió de notar mi energía y poniendo su mano en mi rodilla dijo:

—Tranquila, solo quiero mostrarte algo.

E inconscientemente, tomé su mano y volví a colocarla en el volante.

—No te molestes —pronuncié bajito.

—Tranquila —sonríó, yo estuve como tú.

No entendí la respuesta, pero interiormente sirvió porque me calmó.

Antes de llegar al destino me pidió que me pusiera un antifaz en los ojos.

—Pero me voy a marear —repliqué.

—No, ya estamos cerca. Hazme caso —obedecí.

Me ayudó a bajar del *buggy* y cuando estuve donde ella quiso, quitó el antifaz. Ante mí, un lugar extraordinario, a más de dos mil metros de altura con unas vistas de cuento donde quedarse a vivir. Ella empezó a hablar.

—Lo llaman la Laguna Encantada y cuenta la leyenda que una pastora de la zona extravió a un cordero y atraída por extraños ruidos que provenían de la laguna, creyendo que era el cordero, se adentró en el agua para salvarlo, pero el agua la atrapó a ella y la convirtió en Ondina. Una ninfa acuática de espectacular belleza que las noches de luna llena emerge del centro de la laguna, de pie, en una isla donde se distingue su figura entre luces de colores. Unos dicen que sale a iluminar almas perdidas, otros, a bendecir corazones rotos y yo, siento que trae consigo el perdón. Liberando así los bloqueos para que la energía fluya, nada influya y aumente la conciencia y el amor incondicional. Atendía plenamente a Luna, mientras admiraba su reflejo en la laguna —Al estar creada de agua está ligada al mundo de los sentimientos, las emociones, el instinto, las corazoadas, el inconsciente, lo psíquico y el pensamiento. El agua carece de la fuerza de la

Tierra, pero es enérgico de un modo intenso y su significado espiritual es el equilibrio, la curación, el amor, el nacimiento, los ciclos femeninos y el conocimiento arcano hizo una pausa y prosiguió—. Al verte desnuda, como un hada, lavándote con agua helada me vino a la mente Ondina y sentí traerte ante ella. Por eso le pedí a Izan que me dejara a solas contigo.

—Gracias vocalicé con un pie ya dentro de la laguna estaba desnuda, nuevamente, sumergiéndome despacio en aquella balsa de apariencia dócil.

—Al final te pillas un resfriado pero ella también se desvistió y se metió conmigo al agua.

El ruido de la radio del *buggy* nos recordó que no estábamos solas. Luna salió para ver qué pasaba y yo me quedé un rato más haciendo el muerto. Flotando, fundiéndome y apreciando el cielo.

—Hay que irse —dijo haciendo señas, se aproxima tormenta.

Salí del agua lo más rápido que pude. Nos secamos a medias con la misma toalla, pusimos el plástico que hacía de capota al *buggy* y nos alejamos de la Laguna Encantada.

Me sentía viva y renovada. Como si las aguas de la Ondina me hubieran quitado un gran peso de encima, libreándome.

Nada más llegar al refugio el cielo se rompió. Los truenos y los relámpagos convirtieron el parque en calma en una película de miedo, digna de presenciar. Un espectáculo de luces potentes y enérgicas que sorprendían e iluminaban. La lluvia no tardó en llegar y las gotas sonaban como piedras en el cristal.

—Pasaré pronto comentó Izan.

—No hay prisa contesté contemplando un rayo que no cayó muy lejos y partió un tronco, que ya descansaba en el suelo, en dos, como si de papel se tratara.

—¿Te gustó la laguna? tenía la barbilla apoyada en mi cabeza.

—¿Sabías que iría? movió la barbilla, y separándose contestó:

—Yo lo sé todo y guiñó un ojo a Luna.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más sabes? seguía pasmada mirando por la ventana.

—Que mañana pasarás el día en cama con cuarenta de fiebre gracias a tus múltiples baños en agua helada ladeó la cabeza para ver mi cara.

—Vaya —me separé del cristal, esa no me la esperaba busqué a Luna con la mirada y sonreí al grandullón.

Ya de vuelta, pedí a Izan que le dijera a Beltrán que llevase a Ringo a mi casa y le diese mis llaves a Margarita. Evitar cruzarme con él era lo mejor.

Izan esperó en el coche hasta que, desde la terraza, hice señas para indicar que todo estaba en orden.

Desnuda y con un pie dentro de la bañera, llamaron a la puerta. <No me fastidies, qué parte no entiende de que no quiero verle>. Me puse un albornoz y salí echando humo a ver qué carajos le pasaba ahora.

—¿Papá?

Papá, el hombre desconocido que se esfumó de mi vida cuando solo tenía cuatro meses de existencia. El hombre que nos abandonó a mamá y a mí, aunque a ella parecía no importarle. La persona que posee más libros que una biblioteca y que lo único que conocía y, tal vez, nos unía o me identificaba con él, era su pasión por la lectura.

La abuelita conservaba su grandiosa biblioteca personal con libros antiquísimos y algunos más modernos. Él es ese ser vivo que jamás dio señales de vida. A mí, al menos. Sabía que estaba vivo porque nunca me dijeron lo contrario y porque la abuela guardaba con amor un álbum completo de *selfies* de su desaparecido hijo. Por eso podía reconocerlo físicamente, pero tampoco disponía de más información.

Era mi padre, pero en treinta años jamás ejerció como tal. No sé si porque era mejor así o porque ocultaban algo. Nunca pregunté por él.

Y tres días después de la muerte de su madre estaba parado con una sonrisa de oreja a oreja <muy estúpida, por cierto> en la puerta de mi casa esperando a no sé qué.

—¿Puedo pasar? preguntó con un tono extremadamente dulce.

—No —fui tajante—, voy a darme un baño y a dormir respondí sin una pizca de culpa.

—Por favor insistió. Ringo ronroneaba y se frotaba entre sus piernas. Esto hizo que bajara la guardia.

—Está bien, pero igualmente voy a darme un baño seguía petrificada ante él intentando averiguar qué pasaría a continuación y el resto de mi inexplicable vida.

—Perfecto —volvió a sonreír con cara de bobo—. Ringo y yo te esperamos en el salón. ¿Has cenado? Preguntó antes de que yo desapareciera por el pasillo.

—No tengo hambre respondí sin mirarle.

—Traje sushi vegano oí al cerrar la puerta del baño.

Deslizándome por ella, hacia el suelo, quise fundirme por la brecha de la losa rota. Convertirme en agua y evaporarme. <Ahora intenta comprarme, pero qué se ha creído, después de treinta años ausente quiere ser un padre *normal* e invitar a su hija a cenar sushi...>. No me bañé, me di una ducha rápida, insípida y fugaz.

Tampoco me eché crema, me puse el primer pijama que vi y salí con el pelo alborotado oliendo a jabón.

—Es increíble cómo os parecéis —comentó mirándome de arriba abajo como si midiese cada parte de mi cuerpo.

—¿Quién? metiéndome un guisante a la boca.

—Tu madre y tú contestó con esa cara de no haber roto un plato.

—¡Qué va! Cómo se nota que no has estado. Mamá y yo no nos parecíamos en nada otro guisante y un trago de agua.

—Me recordaste a ella de joven, cuando nos conocimos no dejaba de escudriñarme con los ojos bien abiertos.

—Ya claro, porque luego se te ocurrió un mejor plan. A B A N D O N A R N O S pronuncié y recalqué bien todas y cada una de las letras por si no hubiera quedado claro.

—De eso quiero hablar su tono cambió. Se puso erguido, serio, melancólico y diría que hasta se emocionó.

—Pues yo no sé si quiero escuchar agaché la cabeza para que nuestras miradas dejaran de cruzarse y evitar un llanto contenido durante treinta años.

La cena fue silenciosa, pero no incómoda. Recordé las palabras de Luna y la leyenda de la Ondina. Mencionó que para que la energía fluya hay que perdonar, pero es él quien debería de pedir disculpas por irse, ¿no? <Te perdono>, susurré para mis adentros. También dijo que el perdón no se pide, sino que cada cual, se lo otorga a sí mismo, es decir, si yo me perdono no sé por qué— también le estaré perdonando a él. <Te perdono>, volví a repetir en silencio.

—Está bien —suspiré, cuéntamelo todo fue lo único que se me ocurrió para intentar perdonarnos.

—¿Preparo té? Va a ser una noche larga su cara de felicidad me recordó al rabito de Croqueta.

Él habló y yo escuché.

—Antes de nada, lo primero que quiero que sepas es que, tanto la abuelita, mamá y yo, decidimos hacer lo que hicimos porque sentimos que era lo mejor para las dos.

—¿Qué dos? pregunté sobresaltada.

—Tranquila, cielo, todo a su debido tiempo sirvió el té y prosiguió. También deseo que seas consciente del amor que sentía, siento y sentiré hacia mamá y la abuela. Jamás dejaré de amarlas, tampoco a ti, aunque no lo creas. Nuestra unión no se mide en distancia o tiempo, es eterna.

—Me va a explotar la cabeza dije en voz alta.

—Ten, ponte unas gotas de esta esencia en la nuca, detrás de las orejas y en las muñecas, te sentirás mejor.

—¿Tú también eres “un hierbas”? pregunté incrédula.

—Será de familia respondió riendo.

La verdad es que no me extrañó, aunque para mí fuera un completo desconocido era la viva imagen de su madre y el sinónimo de mamá en chico.

—Continúa dije curiosa. Al igual que mamá, la abuela, Víctor y Eric, <que te vaya bonito querido Eric> papá sabía generar inquietud sin apenas haber dicho nada.

—El día que mamá dio a luz, llovía con tanta intensidad que el taxista solo podía conducir a veinte kilómetros hora. Imagina la fuerza con la que caía el agua él lo estaba reviviendo—. Creímos que daría a luz allí mismo, porque rompió aguas, pero, por suerte divina —y guiñó un ojo —, llegamos justo a tiempo. Ya en el paritorio con vistas al parque de la dehesa, en el momento en que asomaba una peluda cabeza, un rayo de sol se filtró entre los árboles e iluminó la habitación. El arcoíris nos saludó la imaginación también viene de familia, pensé todo lo que cuento es real, tal cual sucedió, no maquillo la historia parece que me leyó el pensamiento o que mi cara de poema me delataba Primero naciste tú con el cordón umbilical enrollado en el cuello,

después hizo una pausa e inspiró profundo , nació tu hermana gemela.

—¿Qué? Pegué un salto del sillón tirando la taza de té que mantenía entre las manos.

—Siéntate, por favor, luego lo recojo.

—¿Cómo me voy a sentar? ¿Una hermana gemela? ¿Qué dices? Ni mamá ni la abuela lo han mencionado jamás. No es real, te lo estás inventando y es una broma de muy mal gusto.

Se levantó a buscar su chaqueta, sacó la cartera y puso una fotografía en la mesa.

—Mírala con tus propios ojos dijo.

No estaba segura de querer hacerlo, hoy en día con Photoshop se puede hacer cualquier cosa, pero oteé de reojo y percibí que era una foto aparentemente nueva, pero desgastada de tanto sobarla. En ella salía una joven muy guapa, risueña, con mucha luz, pelo largo y salvaje, piel morena sin pasarse y un vestido idéntico a otro que tenía mamá. Quiso recordarme a mi yo pasado, se parecía mucho, pero no era yo.

—Es mi hermana gemela pronuncié.

Todo temblaba, hasta lo que no se ve, pero sí se siente.

Cogí la foto entre mis dedos y la observé detenidamente, acariciándola, ella invitaba a ello.

—¿Sabe que existo?

—Sí, más o menos. Igual cuando termine de contarte todo, entiendes más cosas.

Volví al sofá sin soltar a mi hermana y esperé callada a que continuara.

—Nacisteis a las treinta y siete semanas, prematuras, pero lo normal cuando son gemelos. A ti te metieron en una incubadora por bajo peso y falta de temperatura corporal estándar se le notaba que se lo sabía al dedillo como una lección bien aprendida, pero que aún no interiorizaba , y a tu hermana, sana puntualizó , se la llevaron para pesarla y medirla en otra sala. No volvimos a verla —la voz se le rompió. Se secó una lágrima con la manga de la camisa y prosiguió En aquel momento, nos pareció normal, pero según pasaban las horas y no la traían de vuelta empezamos a ponernos nerviosos. Pero como tú estabas, según ellos, al borde de la vida y la muerte, nos recomendaron mantener la calma porque nuestro estrés te afectaba. <Culpable, como siempre>. Telefoneé al Doctor Ruiz (mi ginecólogo) para que nos explicase qué ocurría, pero su asombro nos descolocó más. Durante cuatro meses peleamos para averiguar qué hicieron con ella, pero ningún camino nos indicaba la respuesta. En el parte médico o la ficha de nacimiento solo constabas tú y el hospital se lavó las manos. Era su palabra contra la nuestra. Contra dos inocentes y primerizos padres aterrados. Una noche, ya instalados en casa de la abuelita contigo a nuestro lado, recibí una llamada anónima. Aquella voz parecía un susurro, pero la oí perfectamente. “Os la han robado. Se la vendieron a una pareja extranjera que no puede tener hijos y están fuera de España, en Bali, India. Son muy poderosos, tenga cuidado”, y colgó. No dormimos ninguno, pensando en qué hacer para recuperarla. Consultamos con abogados, amigos, jueces, médicos, todo el que creímos que podría ayudar, pero la respuesta era siempre la misma y nos negamos a aceptarla. Tomamos una decisión drástica, alocada, insensata para muchos, pero la única viable para nosotros. Separarnos y cuidar cada uno de una, aunque yo desde la distancia sus ojos volvieron a encharcarse— hasta que cumplirais dieciocho años y ambas, al fin, conocierais la verdad.

—Pero eso nunca ocurrió dije llorando.

Lloraba en cascada, las gotas inundaron la foto, borrosa de lágrimas indefensas y asustadas.

El aceite hizo efecto y el dolor de cabeza no fue a más, pero iba a explotar. Las dudas se pisaban unas otras golpeándome la lengua, ansiosas de respuestas, pero las cuerdas vocales no estaban por la labor de pronunciarse. Él siguió.

—Malena, que así se llama, creció feliz con una familia respetada, poderosa y numerosa en una villa de Bali donde la súper protegían hasta que, al cumplir dieciocho años, se negó a casarse con el hombre que sus padres querían. Huyó de la gran casa y formó un estruendoso revuelo en toda la India. Ofrecían hasta un millón de dólares a quien la llevase de vuelta con vida. Una locura bebió agua—. Durante treinta y seis meses y siete días perdí el rastro de tu hermana. <Tres años>. Sentí fracasar y creí que jamás me lo perdonaría. Por ella, por ti, por mamá, pero tu madre y la mía, jamás perdieron la esperanza y estaban seguras de que nuestros caminos se volverían a cruzar. Mantén la calma, me decían cuando llamaba llorando de madrugada diciéndoles que volvía. Por aquel entonces, era un respetado escultor con muy buena imagen y mejores honorarios. Me llamaron de un hotel en Tailandia para que fuese a exponer y subastar allí mis esculturas por una buena causa pensé en Víctor y su historia de Nápoles . No lo dudé y me planté allí con las que yo consideraba mis mejores creaciones. Fue todo un éxito y me gustó tanto la experiencia, el país y la gente, que decidí instalarme allí una temporada. Bali era paradisiaco y encantador, pero ya nada me motivaba a seguir, todo me recordaba que era un fracasado a la deriva y mamá, siempre con la respuesta certera, dijo: “un cambio de aires te vendrá bien”. Ella era mi confidente, mi guía. Mi ángel guardián. La mujer más auténtica y genuina que he conocido jamás. Papá Ama a mamá. <Que envidia>, pensé.

—¿Mamá y tú hablabais a diario? pregunté mientras que masajeara el dedo meñique con la intención de relajarme.

—A diario no, pero siempre mantuvimos el contacto, incluso fueron a verme en varias ocasiones. Ella más que la abuelita.

—¿En serio? ¿Y por qué no me llevaron? ¿Por qué siempre quedé al margen? odio ser el último mono siempre.

—Por lo que tengo entendido —frunció el ceño—, las dos primeras veces que lo propusieron dijiste que tú no ibas a un viaje de “viejas”. Después, dejaron de invitarte y solo te informaban de que saldrían de viaje.

Siempre tan oportuna y ellas tan complacientes. Menuda mierda de interpretaciones.

—Pero si hubiesen dicho que íbamos a verte a ti... —me cortó.

—Te hubieses negado en rotundo porque rechazabas todo lo que proviniese de mí. Entrabas en cólera y blasfemabas lo más grande por la boca.

—Y ellas dejaban que se pasara la rabieta y no volvían a sacar el tema dijimos al unísono.

—Qué imbécil soy.

—No digas eso —tocó mi mano—, en parte, razón no te faltaba, porque mi modo de comunicarme contigo, por miedo al rechazo, siempre fue a través de ellas. Tú no tienes culpa de nada. Fui yo quien torpe e inoportunamente enfrió la relación por no saber cómo tratar a otra hija en la distancia.

—Bueno, no creo que sea cuestión de culpas, más bien de circunstancias y actitudes contesté sorprendida por tal respuesta.

—Eso mismo decía tu madre sonrió.

—¿Y después qué paso? ¿Cómo volviste a encontrarla? deseaba llegar al final de la historia y saber todo acerca de mi hermana.

—Fue muy especial. Yo andaba buscando inspiración en Myanmar (Birmania) y acababa de llegar a la aldea Minnanthu cuando una niña de allí se acercó a preguntarme que de dónde era y que si quería ver la puesta de sol más bonita del universo. Accedí y cuando quise darme cuenta estaba subido en lo más alto de un templo abandonado con Bagan a mis pies y Malena a mi lado.

“Bonito, ¿verdad? No conozco un lugar más mágico que este”. Fueron las primeras palabras que tu hermana me dirigió sin saber que yo era su padre biológico. Quedé inmóvil, junto a ella y la niña que esperaba su recompensa en el sitio más bello en el que jamás he estado y contemplado un atardecer. Después de darle a la pequeña su propina por tan valioso regalo nos quedamos charlando, tu hermana y yo, durante una hora. En aquel momento pensé que, si primero me ganaba su confianza y manteníamos el contacto, después me sería más fácil contarle toda la verdad, pero el creador tenía otros planes. Malena volvió a “desaparecer” al año de reencontrarnos oficialmente y convertirnos en amigos. Oyó el rumor de que un detective (sus padres adoptivos aún la buscaban y seguían ofreciendo cantidades ingentes de dinero por su vuelta al redil) le pisaba los pasos y por miedo a ser descubierta y obligada a volver se marchó de Asia para viajar por Europa y conocer mundo. Deseé contarle todo, incluso le sugerí que viniese a España, a Madrid, a visitar a mi familia y se hospedase aquí.

—¿Qué hiciste qué? ¿Te imaginas que salgo de casa y veo otro yo? ¿Pensaste en ello? — él reía, imaginando, y yo alucinaba si eso pasara.

—Tranquila, España no estaba en sus planes, lo tenía claro desde el principio, pero hasta ese momento no se atrevió a hacerlo. Quería llegar hasta Francia, a Sigean, el pueblo del que sus padres le habían hablado, de donde la dijeron que es.

—¿Ella sabe que es adoptada?

—Sí, desde el principio, pero el cuento dista mucho de la realidad — el tono de su voz era de molestia, aún estaba enfadado con aquella familia.

—¡Qué descarados! — dije indignada.

—Si les vieras en persona lo reafirmarías aún más — reímos juntos.

Por primera vez, desde que papá cruzó el umbral de la puerta me sentí en casa, en el hogar, y no en la cueva como desde que Eric se fue. Algo estaba cambiando y aunque no sabía qué, me gustaba. Prosiguió con la historia que cada vez se liaba más.

—Tu hermana y yo mantuvimos el contacto por email y mientras que ella viajaba y conocía mundo, mamá, la abuelita y yo urdíamos un plan para que los caminos se entrelazasen de un modo natural, pero esta vez con vosotras.

—¿Con nosotras?

—Sí — tragó saliva—. Estuvimos a punto de conseguirlo.

—¿Y qué paso? — pregunté excitada de emoción.

Un silencio algo incómodo se manifestó.

—Ha pasado un ángel — dijo él queriendo disimular algo que no me iba a gustar.

—¿Qué paso? — volví a preguntar sin emoción.

—Enfermaste — sentenció.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Hace seis años, dos meses y cinco días. Tenía veinticuatro años y nos íbamos de viaje las tres, en caravana, a *Disney Land Paris*. Pero lo más lejos que llegamos con la caravana fue al hospital de urgencias donde quedé ingresada, por primera vez, veinte noches, veintiún días y siete horas.

SEGUNDA PARTE



Nota rápida:

Lo que vas a leer a continuación comenzó siendo una novela, un diario público que contase una historia certera. Después, se convirtió en poesía, ayudándome de *La Décima*. También quiso ser un tebeo para mostrar en él todo mi talento. Finalmente, quedó en esto...

Una especie de cuento poético que fluye con mucho argumento y una gran dosis de imaginación y desapego.

No le encuentro ubicación, mas sí sé que es una creación y liberación única de años de sanación, trabajo introspectivo y toneladas de paciencia, respeto y amor propio para burlar la autocritica y el exceso de perfección.

Disfruta, comparte y vuelve a releer, porque todo aquello que inspira y emociona es preciso retener.

PRESENTACIÓN

“Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte a que te devore desde el interior” Frida Kahlo

Transformé el dolor en poesía
y hallé más amor que ira.
Olvidé atar la cordura
y despertó una sintonía
hacia el universo, alegría.
Me propuse amar la vida
y nació una esmeralda,
bruta y cristalina estrella.
Jugué a ser otro, antes que ella.
Hoy te entrego mi muda.

Un cuento real y libre,
olor a añejo y lluvia.
Ilustrado sin penuria,
hilado con alambre.
Nace ante vos una fiebre
que sana el aburrimiento,
cura el desconocimiento
y da vida a un diagnóstico
desterrado a lo ilógico
que abruma al intelecto.

Ella es la endometriosis,
y yo, su protagonista.
Una pronoiá predispuesta
a compartir su dosis
con esta metamorfosis.
Entre gritos de esperanza,
letras a la antigua usanza
y garabatos de niña
con colores de morriña,
te abro el telón a mi danza.

19 DE MARZO

“El universo da las batallas más difíciles a valientes aprendices”

Desperté sumida en dolor,
arrastrándome al lavabo
busqué consuelo en placebo.
Macabro, así es el dolor.
Chorreando a todo color.

El dolor de regla es *normal*,
se pasa con mucha moral,
nolotil, enantyum, ginebra
pueden calmar la penumbra
e intentar que olvides el mal.

Si te cabreas crece fuerte.
Sin honor, sin corazón,
sin alma, sin decisión.
Sangre libre desafiante,
sollozo más que vibrante.
Deshacerme era perfecto,
supliqué empoderamiento.
Su juego, sus reglas y yo,
el tablero de error—ensayo.
Incontrolable tormento.

SIN AYUDA DE NADIE

“No sabemos lo fuertes que somos hasta que ser fuerte es la única opción”

Yo misma te aniquilaré,
y la migraña llegó.
Apesta a silencioso ego
y el negro monstruo lustre,
hambriento y feroz tigre,
tiñe el verde campo en burdo.
Ángel guardián un saludo,
debilita al inhumano
que me creyó sobrehumano
y guíame con sentido.

LA INCERTIDUMBRE

“Pretender ser feliz aguantando tanto dolor es un ejemplo de lo fuerte que eres”

Lo que el amor de una madre
no cura, significa que
está por llegar un bosque
con etiqueta melindre.
Un dolor anormal, ladré,
por dismenorrea abundante.
Ambiente desconcertante, pastillas en abundancia.
¿Quién escucha mi fragancia?
Incertidumbre tirante.

Obstrucción intestinal
y laxantes a mansalva.
Ingreso con perspectiva
a suero filosofal.
¿De cuánto estás? ¡Fenomenal!
Dos semanas. Sin respuesta.
Tres semanas y di puerta.
Encontrar aquel mojón
fue un reflexivo bajón
y comienzo de revuelta.

SAN GOOGLE

“Sé una voz, no un eco”

Google ¿qué es la endometriosis?

¿una enfermedad sin cura?

Dejé de leer por locura.

Migraña, ansiedad, colitis.

Fiesta de metamorfosis.

Una de cada diez mujeres

vive con este revés.

Enfermedad del silencio

es su apodo de comercio.

Sentí luchar con dientes.

UN TÍO MUY GRANDE

“Duda de todo. Encuentra tu propia luz”

El sabio Doctor Retro
escuchó atento y dijo:
de cintura para abajo
desvístete ahí adentro.
Fue directo al hipocentro.
Grité, boté, maldije...
¿Practicar sexo salvaje?
Te duele en extremo, ¿verdad?
Su honesta brutalidad
sembró esperanza al viaje.

ETIQUETAS

“Al final de cada día soportas más de lo que crees”

Todos saben más que tú,
todos creen entender,
todos quieren sorprender,
pero la ayuda solo llega cuando tú
te abres al corazón y tú
entierras el hacha de guerra,
escondes la garra
y liberas a la niña,
que tiembla por ser niña
y no desear más cimarra.

¿QUIÉN SOY?

*“Intenté ahogar mis dolores, pero ellos aprendieron a nadar” Frida
Kahlo*

Saber no es suficiente
cuando el dolor atormenta.
Te ves expuesta
e insuficiente
para luchar contracorriente.
Da igual lo que desees
o te creas,
porque la muerte es segura,
aunque huyas de la amargura.
Solo queda lo que seas.

RESILIENCIA

“La medicina tiene un límite, pero la divina energía vital creadora no tiene ninguno. Cree en esto: serás sano y fuerte” Yogananda

Depositó mi fe en otros,
creí que ellos me salvarían.
Laparoscopia, queridos.
Los ligamentos cortados,
tres meses más, sin trabajar
vacaciones para pensar:
qué diantres hacía tan mal.
Un año después, todo igual.
Dos más, es hora de crear.

Menopausia a los treinta y
huesos *crocanti*, sofocos,
la niña ingenua está lejos.
Deseé acabar, pero hoy
deseo empezar un jersey
que permita abrazar la fe
y mientras te tomas café,
vivas feliz y despierta
con presencia de gata
y corazón de epígrafe.

ACTUAR CON MIEDO

*“Decide amar sin apariencias y aparece armado de experiencias” Olena
Beckett*

Lo ideal es auto sanarse,
pero ¿quién se compromete?
¿Qué prioridad es urgente?
Proponen embarazarse,
creen conservar el envase.
Yo propongo la introspección,
ayuda a la liberación
y también es benigna,
además, deja propina.
¿Cuándo pasarás a la acción?

#rompeelsilencio

GRACIAS

*“El perdón no es un acto ocasional, sino una actitud permanente”
Martin Luther King, hijo.*

Después de muchos lloros
no he vuelto a ser la misma.
Ahora encuentro calma
donde antes gruñían vientos.
Ahora pronuncio adiós
sin ningún remordimiento
y vivo en renacimiento.
Aprendo a enseñar cuentos
ilustrados y escritos
por puro agradecimiento.

LA PAZ EXISTE Y ESTÁ EN TI

*“El día que entendí que lo único que me voy a llevar es lo que vivo,
empecé a vivir lo que me quiero llevar”*

Me perdí y encontré paz,
me dejé ir y hallé maldad.
Desconocía la botedad.
La felicidad es fugaz
cuando el dolor es voraz.
Suspiraba compasión
deseando con pasión
que el tormento cesase.
Como en guerra hay desfase
me apunté a la cohibición.

CAMBIA LA PERCEPCIÓN

“No es mejor el que no falla, sino aquel que no se da por vencido”

Olvidé quién era yo
y conocí lo peor de mí,
también lo mejor de mí.
Me sentía un callo malayo,
un estorbo para todos.
La mujer destripacuentos,
la que no contaba nada
y vivía siempre apenada
rodeada de tropiezos.

TRANSFORMA EL MIEDO EN AMOR

“Busca entender energéticamente al corazón”

Fingir, mentir era lo normal.
Nadie escucha la verdad.
Qué tal más amabilidad.
La empatía nada habitual
hace de la *endo antimoral*.
Los buenos se revelan
por mantener el talismán.
Aferrarse a una misma
es lo único que te calma
si deseas combatir el clan.

SERVIRTE DESINTERESADAMENTE

“La cosa más noble que puedes hacer es dar a los demás, pero antes empieza por ti misma”

Deambulaba, aparentaba,
hacía una y otra vez que sonreía.
Nada era lo que parecía.
Cada acto se tapaba
con un velo de rebaba
consumiendo la esperanza
incluso, de una venganza.
¿Cómo y por qué llegué allí?
¿Cuándo dejé de ser cursi?
¿Qué día perdí la templanza?

AMA EL SILENCIO

“La quietud te conecta con tu fuente creativa”

Preguntas sin respuestas.

Meditar ni lo intentaba,
el humo envolvía la tumba
que cavaba en volandas.

Llorar sin expectativas
es llorar sin guarida.

Es una bofetada
fuerte y concisa al alma
que envía un telegrama
a la víctima lisiada.

**PREGUNTA TODO LO QUE NO SEPAS, INCLUSO LO QUE
CREES QUE SABES**

“Las preguntas son el modo más efectivo de suscitar el conocimiento”

Despierta Mujer Amada,
no hay verdad absoluta,
más allá de tus viñetas
eres aterciopelada
teñida de complicada.
Ama tu divinidad,
aporta accesibilidad
y da rienda suelta al amor.
Ello será aliviador
y traerá serenidad.

SÉ, SENCILLAMENTE TÚ

“El que mira hacia afuera sueña, el que mira hacia dentro despierta”
Carl Jung

Con más miedo que decisión
opté por abrazar más
y dejé de sacar puntas
a años de desesperación.
Elegí la transmutación
como caballo ganador.
La herramienta zumbador
para salir del bullicio
y sembrar el ideario
que activase el interruptor.

PROVOCA EL CAMBIO

*“La visión solo llega a ser clara cuando uno puede mirarse el corazón”
Carl Jung*

Más en las noches de insomnio,
cuando todo está en calma.
Nació el verso del poema
que me elevó como anuncio
hacia el cielo de unicornio
que viste semblante sano
como un cálido verano.
Fue el despertar más humilde
jamás recordado adrede
quien me impulsó a lo humano.

AMOR INCONDICIONAL

“¿Qué me vienes a mostrar?”

Escribir e ilustrar amo,
mas ya una niña no soy,
pero si hay que vivir hoy
prefiero besar abismo
que sellar con pasotismo
el flujo de las vidas
que me queden por ser vistas.
Sufri lo indescriptible
por creer no ser legible
para hoy sentir cosquillas.

RESPE TO

“Todo lo que vive no vive solo, no para sí mismo” William Blake

La metáfora de vivir
no ha de ser aceptar.
Más bien es aprender a amar
y usar humor para abrir
portales que prescribir,
corazones que involucrar,
mentes con quien solucionar
y almas con quien compartir.
La metáfora de elegir
es empezar a perdonar.

SINCERIDAD DIVINO TESORO

“Aprender es siempre un regalo, incluso cuando el dolor sea el maestro”

El día que decidí sanar,
también elegí agradecer.
Supuse que rehacer
el puzle no era pasear.
Debí volver a enamorar
a una mujer despechada
con pocas ganas de nada,
pero con un fuerte deseo.
Desarrollar un tebeo
del que quedarse prendada.

ESPÍRITU SANTO

“¿Qué se oculta tras el ojo y el oído?”

Despertó la pacífica,
acudí a otro profesional
sin esperar un final,
sí una tregua con beca
para explorar la resaca
de años de dolor crónico
sin ningún antibiótico,
extenuada y sin amor
propio. Me sentí traductor
de un mal voraz y bucólico.

MAESTRO Y DISCÍPULO

“Que la luz del conocimiento sagrado nos ilumine y alcancemos la gloria de la sabiduría”

La endometriosis es mordaz
criticona e irónica,
mas mi agudeza artística
me hizo atenta y capaz
para crear un bello antifaz
y desterrar su malicia
con esmero y valentía
sin volverme fría y asocial,
aunque bastante individual.

La *endo es revolucionaria.*

Pero yo deseaba calma,
fuera no la encontraba
y por mucho que almadraba
nada llenaba mi alma.
Solo cuando la lágrima
dejó de escocer, renací
para empoderar lo que vi
e integrar lo que deseché
y con sumo cuidado escuché
que el cuerpo se expresa ¡oh, sí!

LOS MILAGROS EXISTEN

*“Aquel que ama no disputa.
Aquel que disputa no ama”*

Si prestas atención oirás
el murmullo de la verdad
y el trueno de la infamidad.
A veces te atragantarás
con puñales de mil hojas.
Otras, te acorralarán
con mentiras de azafrán.
Resiste y ayuda a sanar
para que podamos soñar
con la cura desde el diván.

RESURGE Y RENACERÁS

“Oculto en el corazón de todos los seres se encuentra el Espíritu”

No subestimes al amor
pues es el mejor aliado.
Si yo hubiese apartado
mi peculiar trovador
no habría rotulador
capaz de escribir sangre
sin sonar sucio y mediocre
para convertirlo en flor
con olor a retador
y una brizna de alegre.

CAMINA TU SENDERO

“Vaya la vida, a la vida inmortal”

Todos desean embarazo,
mas yo deseo libertad.
No es tiempo de maternidad,
ya recibí un buen tortazo,
el útero es mi regazo
donde fecundo la vida
que ampara la temporada
de afianzar enseñanzas
que traigan nuevas finanzas
a una joven destetada.

ÚTERO, CORAZÓN Y VIDA

“Todo el universo proviene del amor y al amor retornan todas las cosas”

Imploro al universo
que me riegue de abundancia
para servir tolerancia
a quien mire temeroso
a una mujer con torso
afectada de etiquetas.
La elegancia del mecenas
es que promueve humilde
al artista que coincide
con sus varias carcajadas.

SUEÑO PROFUNDO

“Aquel que conoce el despertar de la vida, goza de vida eterna”

La cicatriz que deja huella
es la que no se perdona,
la que el canto de sirena
aviva creando ampolla
generando una trampilla
por la que soltar lastre,
hace remover vientre
y revivir temores
para nada inherentes
con sabor a vinagre.

LA VIDA VIENE Y SE VA

“Todo parecía un mundo en flor y yo era el alma de este mundo”

La *endo te cambia la vida,*

lo deseas o no ella activa
el botón de reflexiva
fingiendo estar helada
tú estás más que asustada.
¿Para todo hay solución?
Prefiero transformación,
cambiar la perspectiva
con memoria selectiva
para pasar a la acción.

LAS ZONAS ERRÓNEAS SON MIEDOS

“La vida es un don que nos ganamos al dar” R. Tagore

Sentir dolor no es de locos.

Es inhumano creer eso,
lo normal no es tortuoso.
Busca ayuda con otros
que relajen los sollozos
y arrojen luz a tu estruendo.
Cuando el río haya subido
déjate llevar por él,
dibuja tu propio hotel
y hospédate confiado.

Yo encontré en la escritura
una voz interior viva
que me impulsa positiva.
También desde la pintura
dibujé una simple cura.
La baja estima me cegó.
Rendirme al miedo liberó
a una mujer entregada
por mostrar la encrucijada
que ella misma desenterró.

TÚ ERES LUZ

“Yo confío en tu amor”

Progreso adecuadamente
con días de amor y desquicias,
ya no escondo las minucias
por rendir amablemente.
Ahora calmo a la mente
con presencia en la Tierra
y esencia de astuta zorra.
Escribo y pinto por amor,
me inspira aportar más color
y luego, pasar la gorra.

De algo hay que vivir aquí
y cuando no ves el final
la imaginación es leal.
Con ella circunscribí
nuevos parámetros y vi
cómo la vida regala
oportunidad y gala
a quien conecta con alma
la inspiración y le suma
emoción a la sala.

TERCERA PARTE



—Cielo, esto es muy bueno. ¿Por qué no lo publicas?

Después de que papá me recordase el famoso día que ha quedado grabado a fuego en mi memoria, fui a buscar el baúl donde guardo todo lo que creo y muy pocos conocen.

—¿Lo vas a ilustrar? ¿Tipo cómic? Porque pintas muy bien y puedes hacerlo.

—Esa fue una idea sí... —no me dejaba hablar, estaba realmente impresionado.

—¡Vaya! Aquí hay mucho material. ¿No has publicado nunca? —pasaba hojas y leía en voz alta al azar con cara de admiración.

Me costaba escuchar lo que escribo para mí en boca de otro, sentía vergüenza o miedo al rechazo, supongo, aunque a veces me sorprendía por la profundidad del mensaje, más allá de lo escrito en el papel. Parece que fuese otro y no yo quien escribe.

Solo ocurría con lo que no ve la luz. Es decir, cuando escribía para otros, me desentendía de la obra una vez entregada al editor, me era indiferente ver que el supuesto autor se convertía en *bestseller*, en parte, gracias a mí. Era mi trabajo y me daba igual lo que hiciesen con esas letras una vez acabada mi labor. Pero cuando escribía por placer, por amor, me importaba y mucho lo que pensasen los demás.

—No respondí. Seca, distante y cada vez más lejos de allí.

—Cielo, esto es increíble agarró fuerte mis manos.

—¡Qué va! De eso no podría vivir respondí con tono de víctima total.

—Un buen amigo que conocí en Tailandia me enseñó que la vida espiritual debe ser una obra de creación y tu tarea es crear sus ojos me apoyaban, pero a mi mente no le interesaba.

—¿Cómo acaba la historia? pregunté para cambiar de tema.

No me gusta hablar de mí o sobre lo que hago o dejo de hacer, aunque sí me gustó que él se interesara.

—¡Ah, sí! dijo. Como si se hubiese olvidado que hablábamos de mi hermana Pero sujetando mis manos ¿prefieres qué hablemos de ti? De tu salud.

—No saqué mis manos de las suyas.

La gota que faltaba para terminar de escapar. Aunque su interés me alagara no estaba preparada.

—Está bien continuó . Después de aquel fallido encuentro estuvimos desconectados un tiempo y, entre medias, ella siguió viajando y nosotros buscando la manera de que os encontrarais con ella.

—Mamá y la abuelita la conocieron, ¿verdad? Hablaron con ella — mi voz era plenamente afirmativa y la intuición no falló.

—Sí — asintió —. Lo siento. Juro que no fue preparado. En el último viaje que hicieron juntas a Nápoles nos encontramos todos allí y te prometo que no planeamos nada — parecía sincero—. Tú estabas en...

—Andorra con Eric como regalo sorpresa — acabé yo.

Un dolor atravesó la columna y me dobló sin previo aviso. Las lágrimas brotaron solas y el malestar general se apoderó de la novela. Intentaba respirar profundo, pero no conseguía llenar los pulmones. Asfixia.

Esta era mi vida, el factor externo me dejaba fuera de juego y yo asumía el papel como “buena sumisa”. Las pastillas eran vitales, un placebo oportuno para no indagar en el dolor. Joderme, aguantarme y culparme era el pan de cada día.

—Cielo, necesitas descansar. Es tarde y podemos continuar mañana. No voy a marcharme cariño — apretó mis manos.

—¿Conoces al Señor Bellido? — intentaba encontrar la postura en el sofá.

—Mañana seguimos cielo, ahora descansa — besó mi frente, me tapó con una manta, recogió la cena, la taza que rompí y dejé de atender, porque quedé profundamente dormida.

Desperté intranquila por un sueño sorprendentemente real en el que acababa de participar. Miré a mi alrededor y solo vi a Ringo, que dormía feliz entre mis pies. Me levanté para ir al baño y a la habitación a verificar que papá dormía allí. <No está, dónde está>. Hice pis fugaz y salí corriendo a llamar a la puerta de Beltrán, dónde si no iba a estar.

Golpeé y timbre con intensidad acompañado de gritos. La puerta se abrió y una rubia pechugona despampanante, rusa creo, con unos ojos de perderte en ellos, ligera de ropa dijo:

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? ¿Qué manera es esa de llamar a la puerta?

—¡Cielo! exclamó Beltrán de fondo. Solo portaba una toalla color ceniza atada a la cintura, olor a jabón, el pelo alborotado, todavía húmedo y su espectacular sonrisa. Pensaba que no querías ni verme, ¿qué ha cambiado?

—Hija, ¿estás bien? aunque no podía parar de inspeccionar con la mirada a aquella exuberante mujer, oír la voz de papá ayudó a salir de las infinitas y perfectas curvas.

—¡Papá! Tenemos que hablar, tengo que contarte el sueño que he tenido, era súper real y salía mamá.

—Me apunto dijo Beltrán sin que nadie le hubiese invitado—. Quiero escuchar el final de la historia, además, yo también salgo, así que, ¿puedo? preguntó con voz supuestamente inocente. Al unísono sonó un “no” insignificante por mi parte y un sí por la de papá.

—¿Qué? dije indignada—. No, me niego. Qué pinta él miré a papá—. ¿Es que también te has tirado a mi hermana y esperas un hijo suyo?

La rabia quemaba mi boca, que echaba fuego cual dragón. La rubia no parecía entender mucho, pero ellos rieron como si hubiese contado el mejor de los chistes.

—Vamos dentro papá me invitó a entrar en mi casa para tranquilizarme, pero yo necesitaba saber la respuesta.

—Responde miré los ojos de Beltrán con ganas de volver a bofetearle.

—No, Cielo, tú siempre serás mi favorita maldecía esas bromas absurdas, pero a la vez tranquilizaban mi descarado ego.

—Qué pasa *fucker*, ella es la única que se te resiste, ¿eh? podrías haberte callado, papá.

No soporto esas bromas de caverna entre machos alfa, pero por no entrar en batalla campal me retiré del plano y entré en casa.

—¿Sigue en pie la charla? dijo papá desde la puerta mientras saludaba a Ringo cogiéndolo en volandas.

—Sí, pasa y Beltrán si quiere también.

—Él ha de acabar antes otros asuntos — contestó con tono guasón.

—Ok, voy a la ducha — respondí sin ganas—. Haz el desayuno.

Con el agua ardiendo cayéndome por la piel eché de menos la rutina con la abuela y mamá. Solo hacía cinco días que estaba “sola” y mi vida era un desastre a todos los niveles. Con ellas y con Eric conseguía mantener un hilo casi transparente de equilibrio, pero eficaz. Desde que no están todo era caos, desorden y sobresaltos.

Recuerdo los fines de semana con Eric. Aventuras de piratas, pero sin salir de casa. Cada uno absorbido por su futura creación incierta y caricias cómplices por debajo de la mesa. Visualizo con cariño la época de Bucólica Emocional, un poemario que escribí para mamá después de mi primera operación. El primero de cinco.

Cada vez que Eric venía a leer lo que escribía se apoyaba por detrás de la silla y acariciaba mis senos con la misma fuerza y ternura que tocaba el piano. Se sabía la partitura de memoria y aunque improvisase, siempre sonaba armónica. <Permito que mis manos se hagan una con el agua y acaricien la piel erizada>. Él siempre acababa debajo de la mesa dando rienda suelta a su lengua que se enredaba entre mis muslos haciéndome sentir poderosa por verlo de rodillas ante mí y vulnerable por saber que él manejaba mejor que nadie mi entrepierna. <Acaricio la vulva deseosa de imitar sus pasos, aun a sabiendas de que mi lengua no pueda probar tan delicioso manjar e introduzco los dedos para ver qué pasa, y un suave grito se escapa>.

—¿Te estás masturbando?

—Pero, ¿qué haces tú aquí?

—Perdón, tu padre...

—Ven — agarré su mano y le acerqué hacia mí.

Él en absoluto rechazó la invitación. Se quitó ágil la ropa y entro en la bañera sin queja alguna por el agua caliente. Nos besamos como si lo hiciésemos a menudo con amor, pasión y complicidad. Nos tocamos como si nos supiésemos nuestros cuerpos de memoria sin titubear. Nos follamos y amamos allí mismo como si fuese nuestro ritual. La rutina que mantiene el equilibrio y cambia la percepción del tiempo, espacio y vida.

No hubo palabras, más que gemidos, caricias, lametones, mordiscos, orgasmos, placer, unión y amor.

Me sentí completa, no por estar con él, sino porque amé todos mis cuerpos a través de sus manos y deseé florecer. Sacar a relucir todo lo que me daba miedo para transformarlo en amor propio, ajeno e incondicional.

Él fue la herramienta que permitió que yo me perdonara y perdonase. Él se convirtió en el canal que hizo posible que los bloqueos se desvaneciesen y fluyera con el instante de sentir y creerme amor, una con todo.

Vi con claridad una burbuja de luz blanca que nos envolvió y entendí que el mensaje del sueño de mamá se había revelado.

Salimos del agua sin pronunciar palabra, le extendí una toalla mientras yo buscaba otra y me abrazó de improviso. Nos habíamos abrazado infinidad de veces, pero nunca como esa. Algo cambió y ambos éramos conscientes.

—Te amo pequeña — y besó mi frente.

—Yo también — y le pellizque un huevo para que se le pasara la tontería.

Cuando salimos del cuarto papá esperaba en el salón junto a Ringo con un espectacular desayuno digno de hotel cinco estrellas.

—¡Qué buena pinta chef! apuntó Beltrán que disimula muy bien.

—Empezaba a preocuparme, no sabía si el desagüe de la ducha os había absorbido dijo en tono burlón.

Contemplé aquella majestuosa mesa para evitar que se notara la vergüenza del momento. <Olvidé que él estaba allí>. Papá preparó con tantísimo detalle el desayuno que me transportó a París, a la habitación del hotel, a la carta de despedida y a Eric. <Te perdono, Eric, y me perdono>. Fue un susurro, pero lo suficientemente alto como para que se escuchara.

—¿A quién perdonas? preguntó papá ofreciéndome zumo de naranja recién exprimido.

—A todos afirmé con una gran sonrisa.

Beltrán conocía la historia y él sí escuchó el nombre. Pasó su mano por mi cabeza a modo de caricia y me clavó la barbilla en el cráneo. Era su pasatiempo favorito cuando éramos críos y quería chincharme.

—¿Quieres que vuelva a pellizcarte? le pregunté apartando la cabeza de su alcance.

El desayuno se alargó hasta la hora de comer. Las risas y anécdotas se acumulaban. Los minutos bailaban entre nosotros y para hablar había que pedir la vez. Los recuerdos y las historias se entrelazaban con belleza de vidas muy dispares pero también, aparentemente, completas. <Ellos son familia>. Una nueva y desconocida familia para la vista, pero no para el tacto y la memoria del corazón que late contento de vibrar en el amor.

—¿Dónde vivirás? pregunté a papá. Desconocía sus planes y me pareció una pregunta normal, pero ambos ya conocían la respuesta y rieron traviosos, para variar.

—Aquí dijo , o sea, aquí contigo no, en el bloque quiero decir. El tercero A interior quedó vacío. En cuanto acabe la obra me instalo ahí.

—¿Lo estás reformando?, ¿has pedido permiso al casero? ¿O lo has comprado? no entendía nada y él no quería explicar mucho.

—Sí, algo así.

—Dime la verdad insistí . Si vamos a ser familia se acabaron las mentiras clavé mis ojos en sus pupilas. Era momento de abrir la caja de pandora.

—Claro Chef, cuéntaselo todo, le va a encantar, lo sé. La conozco y al fin podrá hacer su sueño realidad Beltrán me echó un capote que no terminé de entender, pero me gustó que lo hiciera ya que disponía de bastante más información que yo.

—Está bien, pero recapitulemos a donde nos quedamos anoche. ¿Vale? asentí.

—Bien —dijo Beltrán feliz no sé por qué—. Abriré una botella de vino para celebrarlo.

—¿Celebrar qué? dije yo.

—¿Vino para desayunar? preguntó papá.

—Es la una del mediodía, es hora de almorzar con un buen vino. Yo preparo la comida, tranquilos, vosotros continuad afianzando lazos. Eso es lo que celebramos y me guiñó un ojo real. Sin tic.

—Hace once meses tu hermana me contactó por email para encargarme una escultura muy especial, decía. Pero yo ya no soy escultor y, además, estaba vaciando el estudio y vendiendo todo para volver a España. <Por mamá, afirmé>. Sí, pero hablé con la abuela y ella me insinuó que igual sería la última oportunidad de volver a estar cara a cara con ella y contarle la verdad. Acepté quedarme por esa efímera opción y me obsesioné con ello. Tanto que convertí el antiguo estudio de esculturas en un tablero de visión gigante, tamaño real, con la intención de descifrar qué posibilidad natural existía de que vosotras os encontraseis. Puse una fotografía de cada una en el centro de vuestro tablero con el mapamundi de fondo y taché con cruces los destinos que ya conocíais con fechas y días aproximados. <Me gana por goleada, pensé>. A la par, trabajaba en el encargo con plena presencia y poniéndole la intención a aquella escultura de que hiciera magia y obrara el milagro de otorgaros el regalo de conoceros y de que conociérais ambas la verdad, como mamá y yo la vivimos. Escribí cartas de puño y letra explicando todo por si no era capaz llegado el momento de articular palabra, y en el centro de aquella pared y de vuestros respectivos corchos dibujé con fotos, tuyas, de mamá, la abuelita, mías y de ella un corazón que unía todo aquel absurdo plan. Solo usé Photoshop en una ocasión. Me hacía ilusión preservar una imagen de los cinco juntos, aunque fuese ilusoria, y le pedí a Beltrán que me ayudase con ello. Tomé la foto que nos hicimos en Nápoles los cuatro y tu mejor amigo buscó tu mejor foto, la que más le gusta, y dice que es la que mejor te define, y te añadió. Beltrán buscaba mi mirada, pero yo solo miraba a papá. Era preciosa, no parecía una mentira. En mi corazón era real y lloré, lloré mucho por mamá, porque no pudiese contemplar aquella imagen tan bien hecha digna de exponer con orgullo, amor y esperanza. En el email también decía que precisaba la escultura para febrero para llevársela a tiempo a París, donde en ese momento residía, y que iría ella, personalmente, a por la misma. El busto que me pidió estaba acabado mucho antes de la fecha prevista, pero lo guardé con paciencia hasta que ella fuese a buscarlo. Como el estudio ya no era solo de esculturas, sino una sala de investigación meticulosa, tapaba la pared con un gran telar para evitar rumores acerca de mi secundario o, mejor, principal labor. Por motivos atmosféricos, tuvo que cambiar los vuelos y no aterrizó en Bangkok hasta el domingo catorce de febrero sin previo aviso. Me llamó el mismo día desde el aeropuerto para que fuese a buscarla. La llevé en moto hasta el hotel en el que se hospedaba y quedamos al día siguiente en el estudio a las ocho de la mañana para enseñarle su pedido y ponernos al día. Prometió pasar todo el día conmigo. No dormí aquella noche, estaba demasiado nervioso como para pegar ojo y pasé las horas de espera en el estudio visualizando

por última vez la catastrófica pared. Sentí que, por fin, todo cobraría sentido, que las piezas encajaban y que yo estaba preparado para hablar alto y claro con mi hija. Como ahora contigo —puntualizó—. Me vi fuerte y me sentí arropado, no sé por qué o por quién, pero lo sentí así. Era el final de una etapa y el comienzo de otra aún mejor. Sobre las cinco de la mañana vino a visitarme el sueño y como quedaban tres horas para el encuentro y creía que tendría tiempo fui a desayunar a un bar cercano que siempre está abierto y preparan los mejores tallarines con verduras del espacio. Estuve allí, en aquel antiguo bar, a dos cuerdas del local, bebiendo café, solo café, hasta las siete de la mañana que decidí volver al estudio para arreglar su apariencia y dejarlo bonito para su presencia. Al llegar... —suspiró y se calló.

—¿Qué? grité inquieta.

Ya no sabía cómo sentarme, no sabía cómo pedirle que me contara ya, de una vez por todas, el final. Beltrán posó su mano en mi muslo en señal de calma, pero el temblor que tenía era intenso e interno y parecía un muñeco de cuerda infinita.

—Perdón dijo limpiándose las lágrimas . Al llegar —volvió a suspirar y yo con él—, vi salir a Malena haciendo aspavientos, llorando y con mucha prisa. Creí que habría recibido alguna llamada inoportuna, porque llevaba el teléfono en la mano, pero pronuncié su nombre en el silencioso despertar de Bangkok y girándose sobresaltada gritó: “te odio”. Sus últimas palabras hacia mí. Hacia su padre. Hacia su verdadero papá . Estábamos los tres llorando . Perdí su silueta entre la muchedumbre y, aunque quise correr tras ella, no pude, no fui capaz, no me atreví, cielo, lo siento . Lloraba desconsolado como un niño pequeño sin aliento . Sentía impotencia por no saber cómo consolar a un padre maltrecho.

—Respira, no fue culpa tuya dijo Beltrán ofreciéndole papel para limpiarse.

Yo estaba como él, aquel día, y muchos otros. Petrificada. Como una piedra sin vida, como mamá antes de ser incinerada, como la abuela, una hoja seca, un río sin agua, una playa sin arena. Muerta en vida.

Cuando paró de llorar, continuó, pero yo ya no estaba allí, el cuerpo físico sí, pero la mente, los pensamientos me llevaron a otro lugar, más oscuro, peligroso y con teorías descabelladas. Me preguntaba qué se le pasó a ella por la cabeza, qué pensaría de mí, de una supuesta hermana gemela desconocida. Cómo sería su vida, los viajes, qué hacía, ¿era feliz? ¿O se parecía a mí?

Papá seguía juntando letras.

—En la sala parecía que hubiese habido un terremoto, todo estaba patas arriba, revuelto y roto. El busto, su encargo, yacía en el suelo partido en mil pedazos junto con un martillo que usaba para esculpir. Los corchos de la pared con mis locas y absurdas predicciones también estaban arrancados, la mesa de trabajo con las cartas y papeles donde apuntaba datos, todo estaba hecho pedazos . Hizo un silencio y Beltrán con un gesto le indicó que siguiera. Yo miraba atónita, aparentemente atenta, pero perdida en algún lugar de mi oscuro cerebro . Solo hubo algo que permaneció intacto y otra cosa que fue lo único que se llevó.

—La foto . Hablé al fin.

—Sí, el corazón de fotos no lo destruyó, pero dejó el hueco de la fotografía que Beltrán retocó con Photoshop. *No sé si creyó que soy un detective despiadado que quería jugar con ella para entregársela a sus padres y recibir la recompensa que aún hoy ofrecen o, por el contrario, la información le sobrepasó y aquella fue la reacción. Quiero creer que aún hay esperanza, porque llevó consigo la foto, pero también debió de sentirse traicionada y por eso hizo lo que hizo. Te prometo que intenté ponerme en contacto con ella para explicarme. Acudí al hotel cuando recuperé la cordura, pero ya no estaba. La llamé por teléfono, pero ya no existía, mandé*

emails, pero me los devolvían. No tenía modo ni manera de recuperar su confianza. Incluso viajé a Bali por si le daba por volver allí, pero también fue en vano, y lo último que hice, por si sonaba la flauta, antes de venir aquí, fue recorrer París, principalmente, y después Francia entera por si me la cruzaba. Pero desde aquel lunes quince de febrero a las siete de la mañana no he vuelto a verla ni a saber nada de ella. Ahora la pelota está en su tejado y es quien tiene la palabra. Intuyo que leyó todas las cartas antes de romperlas, porque la conozco yo hubiese hecho lo mismo, pensé, leerlas, pero me las hubiera llevado conmigo para estudiarlas y escudriñar si esa letra miente o no y, después, hubiese vuelto para charlar. Pero, nunca destrozaría el trabajo ajeno, eso solo lo hacía conmigo misma y con lo que yo creo . Ya conoce toda la historia tal y como nosotros la experimentamos y, en especial, sabe todo de ti, porque los cuatro: mamá, la abuela, Beltrán y yo escribimos un cuento sobre ti en el que cada uno, desde su punto de vista, te describía como sus ojos te ven. Era un regalo que íbamos a darte en Navidades para confesarte la historia y que fueses tú quien entregase el busto a Malena. Todo estaba explicado en el cuento, pero cuando sucedió lo de mamá, nuevamente, el plan se vino abajo.

—¿Qué pinta Beltrán en todo esto? pregunté intrigada.

—Fue idea mía dijo él cabizbajo.

—¿El qué?

La visión falló, pero aguanté el tipo con gran disimulo, porque lo único que deseaba era acabar con esa historia interminable que tanto estrés emocional estaba provocando en mi útero.

—La idea del cuento fue de Beltrán dijo papá . Él y su sexto sentido arácnido nos alentaron de que igual te vendría bien una motivación extra.

—¿En qué te basaste? Si se puede saber intentaba enfocararlo, pero la imagen se movía.

—Leí tu último libro y no hay que ser muy lumbreras para descifrar que demandabas amor o, más bien, motivos para seguir aquí.

—¿Qué libro? Si yo no... —me interrumpió.

Todo lo que me digo está escrito aquí.

—Es de mamá suspiré.

—No alzó la voz—, es tuyo con el pseudónimo de tu madre estaba muy serio . En la memoria externa de datos, de la que tanto te ríes, guardo una carpeta con tu nombre donde están a salvo todas las publicaciones desde que decidiste lanzarte al abismo de la red. Lo guardo todo, incluso lo que tú ya has hecho que desaparezca.

Aquella información me dejó muda. Cortó mi lengua e hizo que tragase despacio si no quería vomitar allí mismo. Era cierto que usé el nombre de mamá para publicar algo personal, pero ambas lo sabíamos. Ella era quien me sugería todas sus publicaciones y yo solo las ejecutaba, era una clienta más y de las mejores, porque me dejaba fluir libre sin limitaciones. Pero él, Beltrán, mi mejor amigo, que no lee ni las etiquetas del champú, resultó ser un fan anónimo en cubierta. Ahora sí, me iba a desmayar.

—¡Oh! Por suerte el amigo monje nos enseñó remedios para todo.

—¿Qué ha pasado? dije con voz de aturdida.

—Que te has desplomado como un pájaro sin nido dijo Beltrán cambiando el paño frío como un tempango que tenía en la frente.

—Bebe esto de un trago sin saborear papá me dio un vaso ardiendo.

—¿Qué es?

—Agua caliente mintió . Aquello olía alcohol que tiraba para atrás —bebe y no pienses.

—¡Buagh! una arcada acompañó al trago . ¡Qué asco!

—Te sentará bien, te lo prometo afirmó Beltrán acariciando mi mano.

—¿Papá y tú como os conocisteis? pregunté con voz adormilada. Ambos rieron, pero no respondieron.

—Ahora es momento de descanso, mañana habrá tiempo para más charla dijo papá apretando otro paño helado en mis pies descalzos.

—¿Y si no lo hay? dije antes de quedarme dormida.

—Lo habrá, cielo, te prometo que lo habrá no sé si le oí en sueños o despierta, pero le creí.

No serían más de las diez de la noche cuando una alocada carcajada indescriptible y altamente reconocible me sacó de un profundo sueño. ¿Gael? Alcé la voz desde la cama, pero nadie respondió. Era un murmullo lo más que alcanzaba a escuchar, pero había gente, bastante, en el salón de mi casa y quise saber qué pasaba.

—Hola dije con voz de ultratumba, el pelo en Cuenca y un aspecto deplorable.

—¡Hola! rieron y gritaron todos al unísono al verme en ese estado.

—Estás preciosa, dulce gatita salvaje me dijo Efrén abrazándome fuerte, más fuerte de lo normal.

—¿Qué hacéis todos aquí? pregunté llevándome un trozo de aguacate a la boca.

—Nos preguntábamos qué deseo apasionado querrá cumplir mañana la reina de las lagunas encantadas dijo Izan guiñándome un ojo y echándome una manta por los hombros.

—Desconocía ese descaro tuyo, pequeña, pero me encanta susurró Beltrán a mi espalda.

—Chocho, he pensado que, si no te encuentras bien, yo tengo un deseo irresistible que cumplir.

—¡No! dijimos Izan, Efrén y yo a la vez.

—Pues el último estuvo muy bien apuntó Beltrán.

—Claro, él no se confundió en unas mallas ochenteras —mencionó Efrén.

—Estoy pensando que —todos voltearon la cabeza para prestarme mucha atención. Cuando empezaba una frase así, algo tremendo y loco venía detrás, pero no con el pedo de información que manejaba—. Ya que estamos todos aquí y yo estoy más despierta que nunca, podríamos irnos ahora mismo al santuario del grandullón y dormir a la intemperie mirando las estrellas como si estuviéramos de acampada. ¿Qué os parece? —en mi embotada cabeza era un planazo.

Un silencio que no entendí me cortó el rollo. No pareció triunfar el plan.

—¿Qué pasa? —mi tono cambió de dulce a agresivo—. ¿No habíais venido a ver qué quiero hacer mañana?

—Hija, estás con fiebre muy alta, tal vez es mejor que descanses hoy y mañana y pospongas el sueño para otro día.

—¿Qué? ¿Por qué? Estoy bien —mentí—. ¿No están aquí por eso? —el cabreo aumentó.

—En realidad, no —dijo Beltrán para que dejase de fulminar con la mirada a papá—. Les he llamado yo para hablar de ti, pero no creí que despertarías tan pronto —bajó la mirada.

Sabía perfectamente, lo que venía a continuación. Una reprimenda de niña asustada que descontrolaba la situación.

—¿De mí?, ¿de qué? Me estoy empezando a cansar de tus comunes impertinencias. ¿Qué pasa ahora?

—Chocho relájate que lo hace por tu bien.

—Gael cállate, perdón —no me reconocía—. ¿Qué es exactamente lo que haces por mi bien? deseaba que me mirase, pero no lo hizo y eso me enfureció más.

—¡Todo! —Gritó Efrén llorando.

—¿Hola?, ¿alguien va a explicarme de una vez por todas que es lo que pasa?

Con Eric también lo hacía, cuando era consciente de que no controlaba el percal me crecía absurdamente e interpretaba un papel de chula despiadada y agresiva con el que no me identificaba, pero que no se me daba mal.

Izan me ofreció una silla y fue él quien empezó la historia. <Otra historia>. Mi vida era todo un misterio y nada era lo que parecía.

—Verás, cuando pasó lo de Eric, Beltrán nos envió un email. Sabía por ti que, afortunadamente, nosotros tres y alguna amiga más, éramos importantes para ti en tu vida y en tu día a día. Según los textos que tú le escribiste, él dedujo que seguías aquí, viva, por nosotros, en cierto modo. Y como también conocía el estado de la abuelita, por tu padre, consideró, por si acaso, que necesitarías más atención o atención más cercana, digámoslo así.

—¡Espera! —me levanté de la silla—. ¿Vosotros también conocíais a papá y a mi hermana? monté un revuelo en casa que, seguro, hasta Margarita oyó.

—No, de tu padre no sabíamos nada y menos de esa hermana —dijo el negro buscando una mirada cómplice que no obtuvo.

—Sigue —miré a Izan—, que luego os lo resuma otro, pero vamos que, en el planeta tierra hay otra como yo. <Otro alboroto>.

—Beltrán propuso el juego de los sueños porque intuía que te haría feliz saber que todas las semanas se cumpliría el sueño de un ser querido y así, nosotros te prestaríamos más atención.

—Te conoce muy bien —dijo Gael— porque en tu último email se lo confirmaste y hoy nos ha llamado para darnos las gracias.

—Y para pedirnos que no dejemos de hacerlo —añadió el chino, todavía llorando.

—Y preguntarnos si tu padre y él pueden unirse al plan de los sueños todos los miércoles

sumó el grandullón.

—¿Y qué habéis dicho? pregunté con la vista fija en Beltrán que me esquivaba la mirada.

—Justo has aparecido pronunció, al fin, penetrándome con sus pupilas.

—Pues lo consultaré con la almohada solté muy chula. Ahora, si no os importa, quiero estar sola, y como todos tenéis casa y lugar donde dormir, por favor, marchaos señalé la puerta.

—Chocho, ¿y tu hermana?

—Otro día o te bajas ahora al tercero y que te lo cuente mi padre.

—Vale dijo Izan espontáneo. Y automáticamente se disculpó perdón.

—Tranquilo, veníos a casa, hay cerveza y comida para todos anunció papá feliz.

—¡Genial! exclamé sarcástica—. Ya tenéis plan. Reunión de penes.

Todos recogían sus pertenencias e iban saliendo por la puerta, pero vi por el rabillo del ojo que Beltrán remoloneaba de un lado para otro hasta que dejé de verlo. Él no salió. Cerré la puerta y asomé la cabeza desde la habitación como hace Ringo cuando sabe que vuelvo a casa enfuscada.

—¿Qué haces ahí?

—Estaba en el lavabo disimuló.

—¿Y te has lavado bien las manos? bromeé.

—Perdón por creerme con derecho a meterme en tu vida solo porque te conozca desde bebés.

Una lágrima recorrió su mejilla y el alma se me partió.

—Perdóname tú por hablarte así y gracias por todo. De verdad, jamás hubiera imaginado muchas de las cosas que ahora sé. No sé, pensaba que te conocía, pero ahora creo que me conoces tú a mí mejor que yo a ti, y que yo a mí misma. Así que, gracias, gracias de corazón, Beltrán.

Nos abrazamos y me dejé querer mientras regalaba a mis oídos palabras y frases dignas de película pero que, a veces, hacen tan bien. Le pedí que se quedase conmigo y no lo dudó. En realidad, no quería estar sola y él, mejor que nadie, lo sabía.

Palomitas, manta y maratón de *The Walking Dead*. Hasta que quedamos dormidos. Él despertó, apagó la tele y me llevó a la cama. Espera, dije entre sueños. Agarré su cabeza y le besé en los labios. Él devolvió el beso y ya no pudimos o, mejor, no quisimos separarnos.

Se quitó la ropa y se metió desnudo en la cama, yo también me quité la ropa y dormimos juntos, desnudos y abrazados sin separarnos en toda la noche. Sudamos, sí, pero ninguno hizo intención de moverse y la bola de luz blanca envolvente volvió a aparecer. La visualizaba tan clara que me parecía hasta real. Pensé en preguntarle si él la veía, pero me quedé dormida.

El dolor me despertó y me sacó de los brazos de Morfeo y Beltrán. Ya eran las seis de la mañana, la hora habitual de levantarme cuando tenía una vida “habitual”. Al ver que Ringo y Beltrán dormían como lirones escribí una nota en la nevera para que nadie se asustara y bajé a casa de la abuelita.

Todo estaba en calma, en silencio, y un escalofrío recorrió el cuerpo. No había vuelto a entrar allí desde que Beltrán me bajó de la azotea. Hasta ese día era Marga quien se encargaba de cuidar las plantas de la abuela, pero también dejé una nota en su puerta avisándola de que estaba dentro y de que, a partir de ese momento, yo cuidaría de los bonsáis.

No soy una experta, pero aprendí de las mejores. Atender esos arbolitos no es tan difícil como la gente piensa, pero unas directrices de cómo regar, abonar y trasplantar siempre vienen bien y eso era, exactamente, lo único que sabía hacer.

Puse música con sonidos de la naturaleza para ambientar, subí las persianas, abrí las ventanas y llené de luz natural aquel espacioso piso donde la abuela vivió sola y feliz, rodeada de plantas, los últimos doce maravillosos años de su vida.

Cuando nos mudamos a vivir allí, el bloque entero estaba recién reformado. Los pisos como nuevos y sin amueblar. La abuelita eligió planta baja interior enfrente de Marga, a mamá le gustó el segundo interior y yo subí a lo más alto. La décima planta exterior. <Siempre llevando la contraria>. No sé cómo dieron con este chollo, pero desde que entramos a vivir, cada una en su casa, nunca tuvimos problemas con el casero.

Como el sol brillaba dejé calentando agua y salí al patio trasero a meditar, me senté en el zafu y respiré profundo. Solo pretendía prestar atención a mi respiración, pero esta me llevó más hondo. Cuando volví a abrir los ojos, una ardilla observaba. Me hizo recordar a Moto la ardilla juguetona del cuento que escribí para mamá. *El Secreto de Aria*.

Había pasado hora y media allí sentada llenándome de energía solar y estaba completamente renovada. Aparté el zafu, extendí la esterilla de la abuela y repetí siete saludos al sol con total presencia.

Ya agradeciendo, oí el agua que hervía hacía rato. Tomé un té verde con limón y una tostada de aguacate con aceite y sal. Me senté en la mecedora preferida de la abuela y pensé en Luis. ¿Estará bien? ¿Fui muy dura la última vez que nos vimos?

Escribí unas palabras y lo envié a todos los contactos vivos de mi WhatsApp. El mensaje decía así:

¡Hola! Me toca cumplir deseo y a modo de gratitud y disculpas, por si en algún momento dije o hice algo que hirió tus sentimientos, he pensado que, si te viene bien y te apetece me encantará verte hoy a las diez en el ciprés del Retiro. Trae ropa cómoda y colchoneta de Yoga, o sucedáneo. Abrazos de Gratitud. Yo.

¡Las nueve! Entre la meditación y los sonidos de la naturaleza estaba en tal limbo de paz que el tiempo voló. Entré en el baño y, en vez de meterme directa a la ducha, abrí cajones como si buscara algo. La abuelita era un poco minimalista, así que no guardaba muchas tonterías, solo lo que sí usaba, pero la cabeza se iluminó cual bombilla cuando vi la maquinilla.

< ¿Y si me rapo la cabeza? > Es algo que siempre había querido hacer y nunca había hecho. Dos deseos en uno. Esto los chicos no lo entenderán, porque para ellos era *normal, pero cuando una mujer dice que quiere cortarse el pelo las preguntas son: ¿Cómo? Y, ¿cuánto? No sé qué manía hay de dar tanto valor a algo que crece, y es secundario y prescindible, al fin y al cabo.*

El pelo nunca fue mi punto fuerte. Era abundante, voluminoso y ni rizado ni liso. Nunca supe peinarlo, cuidarlo y manejarlo. Ni siquiera los chutes de hormonas supieron domarlo, con lo cual, ya no me peinaba.

Años atrás, llevé todo tipo de peinados y tintes. Desde largo larguísimo por debajo del ombligo, hasta corto a lo chico y rubio casi blanco decolorado, pero nunca rapado. Jamás.

Una vez quise hacerlo, pero mamá no me dejó. Es, creo, la única cosa que me prohibió tajante cuando tenía catorce años. En mi tienda de moda favorita, por aquel entonces, todo parecía cosido por el mismo arcoíris. Colores vivos y a cuál más llamativo. Las mezclas eran imposibles, pero las dependientas lucían tan bien que parecía que a todo el mundo le pudiese quedar igual de bien.

Una trabajadora a la que yo siempre copiaba los looks apareció un día con la cabeza rapada. Fue como una iluminación, una revelación, saber que podía hacer algo así y no tener que peinarme nunca más, pero mamá no me dejó y yo también dejé de interesarme por hacerme trenzas, rizos y peinetas. Experimenté con otras ocurrencias, pero raparme la cabeza era el verdadero sueño.

Lo siento mamá y abuela, porque vosotras sois partidarias de que el cabello es una fuente valiosa de energía y un espejo fiel de autobiografía, pero también me enseñasteis a experimentar la vida bajo mi propio prisma y eso es lo que voy a hacer.

Tomé la máquina de afeitar entre mis manos, miré fijamente a los ojos a través del reflejo del espejo, sonreí y pulsé ON. Reconozco que aquel característico ruido me transportó a la típica escena de película de terror, pero con una corta sierras. Cerré los ojos, me visualicé calva y lo hice. En cuestión de segundos estaba rodeada por una mata de pelo que me rodeaba y se adhería al cuerpo como evitando el desapego. Empecé a reír y llorar de emoción. Lo hice. Sola. Tenía la cabeza como una bola de billar y estaba pletórica, en paz, radiante, fuerte, empoderada, todo a la vez.

Me sentí Dios. Juro que lo sentí así.

Limpié el lavabo y suelo de pelos, me di la ducha más rápida de la historia y grité entusiasmada acariciando el cráneo y comprobando si había huevos. <Soy calva>. Era calva porque decidí serlo, porque me apeteció, podía y cumplí el sueño.

Uno de verdad, importante para mí, y lo hice sola, sin ayuda ni aprobación de nadie. Sola.

No era culpable, ni estaba triste, ni fea. Todo lo contrario, estaba feliz y mejor que nunca.

¡Gracias! Grité al aire.

Me vestí con mis mallas favoritas que, por suerte, estaban en casa de la abuelita con un estampado rosa, blanco, azul y negro que simula las manchas de un felino. Me puse la camiseta de “Que todos los seres sean felices” y salí del portal con la cabeza alta y rapada.

El aire fresco penetraba en mis entrañas, el sol picaba si daba directo y un amor que no cabía en mí se expandía hacia todo lo que me rodeaba.

Iba con tiempo, pero apresuré el paso para ser la primera, aunque dudaba que así fuera. Al llegar, ya había gente, como era de esperar, pero no me importó.

Saludé alegremente buscando caras conocidas, pero nadie me reconoció. Me sentía otra persona en mi propio cuerpo y era realmente maravilloso.

Coloqué el mat justo delante del ciprés, me descalcé y esperé sentada y sonriente a que todos fueran acomodándose. Las caras conocidas no tardaron en aparecer, Marga, papá, Luis, Víctor, los chicos, Sol, que llegó corriendo pero a tiempo, y aunque sus ojos percibieron el gran cambio ninguno se acercó a mencionar nada al respecto.

A las diez en punto me puse en pie, al principio de la colchoneta, di las gracias a los asistentes por estar allí y compartir ese preciado espacio y tiempo y comencé a dirigir mi segunda clase de Yoga como si lo hiciera habitualmente.

Eduqué y practiqué con ellos, me paseé entre sus colchonetas reforzando su trabajo, les observé desde lejos y volví a agradecer al final de la meditación su amor y participación.

La clase duró hora y media como de costumbre, pero pareció un suspiro. Fugaz. El tiempo, cuando existe motivación, parece resbalarse entre los actos y cuando buscas qué hacer se “detiene” para que contemples lo valioso, infinito y finito que es.

—Menudo cambio radical pequeña. Me gusta — dijo Beltrán besando la calva.

—A mí también — respondí besándole en la mejilla.

□ ¡Sawubona Amiga! Ahora ya sí que eres una auténtica samurái — Víctor me regaló un grandioso abrazo—. Estás indiscutiblemente arrolladora.

—Muchas gracias, vais a conseguir que me lo crea — pronuncié abrumada con tanto halago.

—Deberías — afirmó papá tocando mi espalda.

Después de besar y acariciar mi cabeza como si fuera una bola de cristal fuimos todos a almorzar. Nadie preguntó por qué lo hice o si me arrepentía. Fue como si de un modo más que natural aceptaran la nueva, renovada y arrolladora imagen, como mencionó Víctor. Sentí que la vida, al fin, me sonreía y yo estaba plenamente agradecida.

—Gracias por el regalo — me dijo Luis ya sentados en la terraza del bar Pepe. Un bar de toda la vida reconvertido en tapas típicas españolas, pero vegetarianas.

—¿Qué regalo? — pregunté confundida

—La clase de Yoga, ha sido una experiencia increíble. ¿Repetirás?

—¡Ah! Pues no sé, improvisé la quedada, pero gracias a ti por venir — y apreté su mano.

Margarita, durante el almuerzo, nos regaló una clase magistral de juguetes eróticos y hasta se planteó hacer algún curso presencial, solo para hombres, visto el interés que despertó. Gael sería su mano derecha, por supuesto y el grandullón, sorpresivamente, se encargaría de promoverlo por sus compañeros de oficio. Eso a Marga le pareció una excelente idea, su cara definió a la perfección su travieso pensamiento.

Un séquito de bomberos con cuerpos que quitan el hipo admirando su sabiduría. Afirmó que, Manuel, su marido, también se animaría. Reía como una niña chica.

Todos contaron alguna experiencia con dichos instrumentos, también papá, Víctor, Sol y Efrén.

No sé de qué me sorprendía, pero lo hacía, y el cerebro despoblado quería viajar hasta París, pero no lo permitía. Hasta que, cómo no, las miradas se posaron en mí y no en la calva, sino en el rostro que no engaña. Era mi turno.

Una parte de mí se negaba, por vergüenza. Otra, saltaba de ganas por compartir aquella loca experiencia que nadie sabía. Solo Lilian y yo.

¿Lilian compartiría sus aventuras con alguien? ¿O mantendría el secreto profesional?

—Va, cielo, te toca —dijo el chino lanzándome un pedazo de servilleta para sacarme de la inopia.

Estaba sentado al lado de Beltrán que miraba al suelo y ambos estaban justo enfrente de mí que no sabía dónde fijar la vista.

—Yo dudé— tuve una experiencia, sí, pero solo una —miraba al cartel del bar. Marga me echó un capote y comentó:

—Todo el mundo debería probarlo una vez en la vida, pero lo venden como un pecado. Por eso, amo desmontar esa patraña de teorías —ladeó la cabeza cómplice. Asentí en gesto de agradecimiento.

Para cambiar de tema, propuse ir a casa de la abuelita y de mamá y repartir las pertenencias. (Si papá estaba de acuerdo). Lo que no encontrase una segunda oportunidad, se donaría.

Izan amaba el tocadiscos y la colección de vinilos de mamá; Efrén quería un bonsái en particular; Gael ropa. En definitiva, a todos les interesaba el plan, porque esas casas con tanta vida despertaban poderosamente la atención.

Resultó una buena idea y así, escribiría al casero para decirle que ya podía alquilar de nuevo ambos pisos. Cerrar ciclos. El piso de mamá no se pagaba desde hacía diez meses, pero permitió, amablemente, mantener sus cosas allí hasta que decidiésemos qué hacer con ellas. No corre prisa alquilar, dijo. A veces me daba la sensación de que era extranjero, porque contestaba a los emails como los indios cabreados, pero otras, parecía como si me conociera.

Ya en el bloque, comenzó el trajín de ir y venir con muebles, cajas, cuadros, plantas... Aprovechamos el contenedor de escombros de la obra de papá y yo también me deshice de objetos, papeles y muebles de casa.

Le pedí a Sol que me acompañara y ella, experta diseñadora en interiores minimalistas armonizados con Feng Shui, renovó el aire de la décima planta. Con cuatro cambios muy bien hechos, sacó todo lo que no aportaba y parecía otro hogar.

—No sé por qué no he dejado que me ayudes antes —le dije abrazándola fuerte llena de alegría.

—La belleza exterior no significa nada si tu corazón no se siente igual de bello.

—¿Y eso que significa? —deshaciendo los pasos del abrazo. Riéndose dijo:

—Empiezas a sentirte bella de dentro a afuera y ahora miras con los ojos del corazón y no solo con los de las cuencas. Los latidos coinciden con la vibración del universo —afirmó con esa luz que la caracteriza.

—Te amo amiga —y besé sus manos.

El mensaje era abstracto, pero cobraría sentido, supuse.

—Y yo a ti, pero ahora no te detengas y da un paso más —seguía sonriendo.

—¿Más? ¿Qué más quieres tirar? —pregunté confusa.

—Yo no, tú, ¿qué más deseas cambiar?

La pregunta me recordó a la abuelita. < ¿Eres feliz? > Era su favorita y hacía tiempo la esquivaba, igual que la que formuló Sol que, por suerte, apareció Luis por la puerta con la

mecedora de la abuela preguntando dónde la colocaba. <Al lado de la ventana>. Estaba totalmente metida en el papel de decoradora que tanto amaba, pero ambas sabíamos que ninguna había olvidado la cuestión.

—Qué casa más bonita afirmó Luis.

—Obra suya dije señalando a la artista . En menos de tres horas ha hecho magia y parece otra. ¿Verdad? Observé como se miraban.

—Como tú dijeron los dos riéndose.

Ellos no se conocían de antes, pero la complicidad se palpaba en el ambiente. Les dejé a solas en mi nueva, renovada y, también, arrolladora casa y bajé a fichar cómo andaban el resto. Por las escaleras encontré a Beltrán que subía por lo mismo que yo bajaba, a jipiar.

—¿Dónde vas? dije con los brazos en jarra ocupando toda la escalera.

—A por ti y me plantó un morreo que no esperaba pasando sus brazos por entre los míos, levantándose del suelo.

—¿Te gustan las calvas? pregunté ñoña.

—Me gustas tú sentenció él.

Entre Víctor y papá improvisaron una cena típica tailandesa “común” y vegana que estaba de rechupete. Papá comía carne, y Marga y Gael y Efrén y Beltrán, aunque lo estaba dejando, decía. A la cena también se unieron Manolo y sus tres hijos que también comían de todo y disfrutaron de lo lindo metiéndose cucharadas de curry en la boca. No sé qué gracia le veían, pero ellos parecían divertirse y eso era lo vital.

Bebimos y comimos como si celebrásemos algo. Estar vivos, tal vez, pero también como si fuéramos una gran familia que se junta a diario para comer, charlar, reír y compartir. Una familia numerosa y versátil.

Amo aquella imagen.

—Jefe, ¿qué va hacer ahora con el piso de su madre y su mujer? dijo Manuel chupándose los dedos después de comerse medio kilo de gambas.

—Me podría alquilar uno a mí, como hiciste con tu hija dijo el hijo mayor, que acababa de cumplir dieciocho años.

Tragué saliva sin pronunciar palabra y esperé paciente a que papá terminara de beberse la copa de vino de trago. <Más sorpresas>. La mesa completa parecía presenciar un partido de tenis girando las cabezas de un lado a otro, esperando la reacción de alguno de los implicados. Marga y Beltrán hicieron por hablar, pero papá se dignó a responder.

—Aún no lo he decidido, supongo que los alquilaré y pensaré tu propuesta contestó mirando al hijo.

No sentí que fuese el momento para indagar más en aquel asunto y esperé en calma a que todos se marcharan para formular unas cuantas preguntas.

—¿Vas a explicarme lo de los pisos? ¿O tengo que seguir enterándome de datos con cuenta gotas? Comenté un pelín irritada mientras fregaba los cacharros.

—En cuanto terminemos de recoger, nos sentamos y prometo que termino de contarte todo él secaba y colocaba y yo fregaba.

—¿Tengo más hermanos? mencioné con tono de burla.

—No, hija, lo siento su voz parecía triste.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que se junta todo y por vivir fuera no disfruté de todo esto antes estaba apenado.

—No te equivoques papá, esto antes no existía, nunca he hecho una cena con tanta gente tan

distinta. Es solo que ahora las circunstancias, por el motivo que sea, se están dando así y hay que aprovecharlas y agradecerlas — buscaba su mirada.

—Cómo se nota que te has criado con ellas. Cuando no piensas, hablas como ellas — al fin sonreía.

—¿Cuándo no pienso? ¡Ah! Gracias.

—Sí, cuando no te rebelas. Hablas desde el corazón y luce tu Yo superior.

—¿Mi Yo superior? ¿Pero de qué hablas? — frunció el ceño.

—¿Tu divinidad? — Con tono de “a ver si lo pillas”.

—Ya. Vale. Que tú eres un yogui a medias. Recuerda que, apenas nos conocemos y la clase les iluminó a todos menos a mí.

—¿Eso qué significa? — preguntó riéndose.

—Pues, no sé, lo que tú eres, parte humana y parte espiritual. ¿No? — yo lo tenía claro.

—Yo pensaba que todos somos uno — dijo mirándome de reojo.

—Sí, bueno, pero no todos somos iguales — no creí en aquellas palabras, pero las pronuncié igualmente.

—¿No? — Dijo sorprendido.

—Bueno, sí. Yo me entiendo. Es que no sé explicarlo, ¿vale? Es complejo.

—Entiendo — asintió.

Estuvimos en silencio unos segundos y dijo:

—Esto también es complejo, pero, atenta hija, dime algo — dejé de fregar y miré sus labios—. Consideras que eres conocedora de mucha información universal que das por hecho de forma natural, aunque no entiendas o ni siquiera te plantees el porqué, cómo o para qué.

—Sí — afirmé rotunda y estirada como un militar ante su coronel —. De hecho, con frecuencia, la gente se plantea cuestiones que para mí son obvias y no por complicadas, pero también es verdad que, muchas otras veces, como no aprendo de memoria, no interiorizo datos, y aunque tenga la sensación de ya saberlo y conocer la respuesta, en verdad no lo sé. Porque a la hora de comunicar no sé explicarme como ahora.

—A mí me pasaba igual — confesó mientras secaba un plato.

—¿Y cómo lo solventaste? Porque la práctica cuesta un rato — deseaba tener argumentos para salir airosa de estas conversaciones.

—Así, practicando — respondió riendo y rememorando algún recuerdo que no compartió.

—A veces parece que supiese cosas de otras vidas u otros universos, pero también es como si no supiese nada. Sé que es una constante de aprendizaje pero, por ejemplo, con el tema del dolor crónico me aferré a querer conocer la causa, el motivo, el porqué, y eso solo produjo más dolor y frustración — quedé callada unos segundos y añadí—. El porqué no sirve de nada, ¿verdad? buscaba aprobación para las secretas teorías que albergaba la mente.

—Fluye y se te revelará — es todo lo que contestó, pero me lo quitó de los labios.

—Sí, eso dijo mamá en sueños.

—¿Sueñas mucho con ella? — sonó melancólico.

—No, solo aquel día — limpié las lágrimas que resbalaban al fregadero —, pero las echo de menos.

—Yo también, cielo, yo también.

Nos abrazamos por primera vez en treinta años durante varios minutos, empapando el hombro ajeno de lágrimas deseosas por salir, y cuando todo estuvo limpio, recogido y cada cosa en su lugar, nos sentamos en el sillón cada uno con su infusión y una jarra de agua templada.

Papá empezó a hablar y yo escuchaba atenta. Se notaba que le gusta comunicar y explicar todo muy detallada y minuciosamente. A veces puede resultar aburrido y abrumador, pero creo que lo hace para que el interlocutor capte bien el mensaje de lo que él narra.

Confesó que mientras fue un exitoso escultor ganó mucho dinero y que en una de sus masificadas exposiciones conoció a un hombre experto en finanzas. Un mundo desconocido para él pero que, con tiempo y estudio, le abrió muchas posibilidades.

El señor en cuestión le habló de libertad financiera, palabras que nunca había oído y yo tampoco, pero le propuso enseñarle todo lo que él sabía a cambio de una de sus esculturas.

—¿Solo una? pregunté.

—Sí, solo una, pero la más hermosa afirmó.

Al principio dudó y lo consultó con mamá, la escultura es de ella, desnuda, a tamaño real y tallada en mármol.

—¿Para qué quería un desconocido a mamá en pelotas? dije con cara de asco.

—Él no sabía que ella era mi esposa. Contempló, admiró la obra y sintió la conexión.

—Normal, mamá era preciosa bajé la mirada.

—Y tú contestó acariciando mi cara.

—Continúa sonreí.

—Aprendí y aprendo mucho de él, pero lo más interesante fue el método con el que conseguí comprar el bloque de pisos.

—¿Todo esto es tuyo? interrumpí.

—Sí río—. Gracias al método de las seis cajas que reconvertí en siete. Él, el experto, dijo: si deseas mejorar la administración de tu dinero y ahorro cada mes, solo necesitas ganas y seis cajas. En la primera depositarás el 50% de tus ingresos que irá destinado a los gastos básicos y fijos mensuales, es decir, alquiler, luz, agua y comida. La segunda caja será para ahorro a largo plazo. Desconoces en qué lo invertirás, pero lo mantendrás ahí y en ella meterás el 10%. La tercera es para ocio, para invertir en ti mismo, me gusta decir a mí. Ir al cine, al teatro, a cenar, bailar, comprar libros, y guiñó un ojo—, también va el 10% de lo que generas. La cuarta caja es para educación, formación, cursos, estudios, todo lo que tenga que ver con mejorar tú como persona profesional, personal y espiritual. Y se añade otro 10%. La quinta, la que más costó, es para finanzas libres. Es decir, el 10% que ingresas en esta caja lo reinviertes en algo que reporte beneficios con el tiempo, generando con ello ingresos pasivos. Mi cara era un poema. No entendía nada. La sexta, con otro 10%, va para donaciones, dado que todos estamos capacitados para hacerlo, ya sea con un euro o cien, porque todo suma y ayuda. Y la última, mi preferida, la uso para guardar todo lo demás. Al ser autónomo, no todos los meses obtengo los mismos ingresos.

—¿Sigues usando el método? volví a interrumpir.

—Claro, fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida sus ojos confirmaban las palabras. Como te decía, no siempre genero la misma cantidad, pero hice una media y llegué a la conclusión de que con tres mil euros al mes vivo perfectamente.

—Ya te digo solté. ¿Y quién no? alucinaba.

—Te sorprendería la falta de educación financiera sana que hace falta estaba concienciado con la causa.

—Supongo pronuncié sin argumentos. Sigue, por favor, me interesa estaba realmente atraída.

—Así que, el resto, lo que variaba de mes en mes, se lo transfería a mamá y a la abuelita. Unos

meses no eran más de mil euros, pero otros, eran millones. Y no, no vivían de mí, lo conservaron hasta que vieron la oportunidad de invertirlo en algo grande que nos proporcionase beneficio a todos. De ese modo, adquirimos este bloque de pisos. Gracias a ellas.

—Y a ti añadí.

Dudé si levantarme a por lápiz y papel para apuntar todas las dudas y que no se me olvidase ninguna, pero una en concreto salió por la boca antes de que pudiese decidir nada.

—¿Y el dinero que pago mes a mes por el alquiler de la casa? Estaba dicho.

—Está en una cuenta de ahorros a tu nombre. Esperando a que te cases o algo de eso en lo que se suele invertir mucho dinero la pregunta no le sorprendió en absoluto.

—Ah, ¿y Beltrán? ¿Él paga?

—Jajaja sí, todos los inquilinos del bloque pagan y eso son ingresos pasivos. Ingresos que se generan, mensualmente, sin la necesidad de que yo esté presente. ¿Lo entiendes? estaba contento.

—Sí, como los libros de mamá...

—Exacto exclamó feliz. Todos los libros que mamá ha publicado generan ingresos extras pasivos.

—Pero mamá ya no está las dudas fulminaban neuronas.

—Pero sus libros, sí apretó mi mano— y se siguen vendiendo, y ahora eres tú quien recibe esos beneficios.

—Ah, ¿sí? no tenía ni idea.

—Lo dejó escrito en su testamento que deduzco, aún no has leído su mirada buscaba la mía, pero el suelo era más fácil de observar.

—¿Y de cuánto dinero dispongo? pregunté avergonzada

—¿De mamá o del alquiler? dijo con voz pilla.

—No sé, en general, supongo el suelo tenía motas negras y grises.

—Supón que unos cien mil euros esperó a que levantase la vista.

No sé cómo ni por qué, pero soñaba con vivir un momento así cada día. Hacer realidad “El Gran Sueño”. La cabeza sin nudos se fue lejos, muy lejos de allí. Toda mi vida deseé viajar por el globo sin billete de vuelta, perderme en ciudades ajenas, camuflarme en aldeas y vivir sin horario, más que el del estómago. Pero las enfermedades, la escasez de dinero y la rutinaria vida de Madrid siempre me atrapaban en la rueda de la rata. Ringo. No podía viajar por el mundo con Ringo, ahora era él quien me ataba. Con lo bueno y humilde que es y yo pensando en bobadas. <Perdóname pequeño, perdóname>.

—¿Estás bien? cuestionó bebiendo agua.

—Sí mentí—, y lo de la libertad financiera, ¿es lo que has explicado?

—No, eso es más extenso, pero ya tienes por dónde empezar, ¿no? volvía a mirar motas— Beltrán lleva diez meses practicando el método dijo como queriendo animarme.

—¿Nunca ganas menos de tres mil euros al mes? pregunté contando manchas.

—No, hace años que no, pero al principio sí, muchos meses no llegaba ni a ochocientos euros.

—¿Y qué hacías? levanté la vista.

—Trabajar de Free Tour respondió riendo.

—¿Cómo? Si tú no estudiaste turismo, ¿no? cada vez entendía menos.

—¿Te acuerdas de la chiquilla que me llevó a ver el mejor atardecer? reía.

—Sí, donde estaba Malena como para olvidarlo.

—Ella me regaló la idea.

Papá estaba dispuesto a compartir conmigo todos sus valiosos secretos y yo rumiaba cómo

lograr que tan valiosa información no cayera en saco roto.

Él hablaba y yo atendía.

—Como te conté, buscaba inspiración porque había meses que no vendía ninguna escultura y vivía de los restos de meses anteriores. Una locura. No tenía control sobre el dinero, aunque ya practicaba el método, pero no correctamente. Al volver al estudio, a Bangkok, pasé por el parque Lumpini y vi a un grupo de occidentes prestando atención a un local que parecía hacer señas como queriendo explicar algo del parque, pero los turistas no le entendían. Así que me acerqué y pregunté si necesitaba ayuda. Al principio pensó que iba a robarle a los visitantes, pero le expliqué que no quería su dinero, y accedió de inmediato. Los turistas marcharon felices y el pequeño Douglas más, porque ganó más propinas que cualquier otro día. Al llegar al estudio coloqué un cartel de Free Tour y el universo hizo el resto. Tailandia es un país increíble con lugares mágicos e historias maravillosas que a los occidentes llama mucho la atención. Me asocié con una agencia de viajes cercana y trabajamos juntos durante cinco años. Su agencia se convirtió en un referente y yo, además de guiar a los curiosos por las estancias más memorables les vendía esculturas. Todos salíamos beneficiados.

—¿Y por qué dejaste de hacerlo? Parece que te gustaba mucho ama contar historias.

—Sí, así es, me encantaba, pero los negocios crecían y yo deseaba crecer con ellos y generar más tiempo para mí.

—¿Cómo? pregunté incrédula.

—Generando más vías de ingresos pasivos que no necesitasen de mi presencia física. Inversiones en bolsa, resort, etc. El desconocido papá es una caja de sorpresas.

—¿Tienes un resort? papá vive en abundancia y su apariencia es de lo más normal.

—Sí, tenemos una villa en Bali contestó sonriendo.

O sea, viví engañada toda mi vida, odiando a un hombre que afirmaba que tenía cien mil euros y una villa. ¿Es posible ser tan necia?

Jamás pensé por qué con tan solo dieciocho años, pude independizarme. Bueno, trabajaba y estudiaba desde los dieciséis y, aunque no usaba ningún método de ahorro, siempre conseguía llegar a fin de mes y pagar los seiscientos euros de alquiler con luz, agua e internet incluidos.

Con razón mis amigos siempre lo veían como un chollo, porque lo era, porque no es lo común, aunque para mí sí lo fuera.

La vida maquillada en la que me desenvolvía sin aparentes catástrofes era mentira y yo, una mentira más, con una gemela en algún otro lugar que ni siquiera sé si llegaré a conocer.

¿Qué voy a hacer?

La brisa que se coló por la ventana acarició la calva y pensé: ¿eres feliz?

Madrid despertó revuelto, como yo. Había tormenta, el cielo estaba encapotado y, para sorpresa del mundo entero la capital estaba en alerta. Por nieve. Un veintiséis de mayo a las puertas del caluroso verano. <Nos estamos cargando el planeta y seguimos viviendo como inmortales>.

Eran las siete de la mañana, una hora más tarde de lo habitual, aunque mi vida ya no lo fuera. Me duché y, sin desayunar, bajé las diez plantas de escaleras para contemplar cómo el mundo se detuvo.

La calle estaba cubierta de nieve y ni los pájaros cantaban. No recordaba que el del tiempo hubiese mencionado nada, pero tampoco leía ya las noticias con la abuelita y no me interesaban.

La ciudad colapsada, pero el metro funcionaba. Tomé la línea roja en Príncipe de Vergara, hice trasbordo en Sol y me bajé en Gran Vía. Los puestos de cafés y periódicos estaban, curiosamente, cerrados. Éramos pocos los intrépidos que estábamos allí provocando un eco ruidoso con nuestros andares. Donde siempre había cientos de personas deambulando, solo se escuchaba silencio hasta que algún tacón rompía el sonido.

Empujé las pesadas puertas para salir al exterior y un golpe de viento helado terminó de espabalarme. Reinó el silencio. No había nadie, ni huellas que me empujasen a subir las flamantes escaleras blancas cubiertas por una gruesa capa de nieve pura.

Avancé con dificultad y cuando asomé la cabeza a la calle Gran Vía, era un desierto de nieve increíblemente silencioso sin ningún tipo de desperfecto que desluciese la gran alfombra blanca que se extendía de una cera a otra con total uniformidad. No se veía ni basura en el suelo. Ni siquiera las máquinas quitanieves habían pasado por allí. Dudé si estropear aquel espectáculo, pero debía llegar a la oficina y anduve calle abajo con pies de plomo para no resbalar.

Ya en el despacho, observé desde la ventana lo bonita, vacía y silenciosa que estaba la calle. <Sé que me repito con lo de silenciosa, pero dejó huella en mí>. Parecía de mentira, un decorado de película, pero era tan real como los cinco mil setecientos treinta y un emails que acumulé durante siete días de ausencia. Todo un récord, pensé, pero también había un motivo.

Olvidé por completo que el último martes que fui a trabajar invertí dinero en publicidad con una oferta irresistible para cerrar el año a lo grande. Había miles de personas interesadas en la promoción esperando una respuesta y, entre *spam* y *cupones descuentos para comprar chollos detuve la vista en uno*.

Sol te ha hecho un regalo, ¿deseas desenvolverlo?

¿Sol?, ¿un regalo? Abrí el email como si de un regalo de Navidad se tratase, muy a tono con el clima, y sin saber de qué era la mandé un mensaje agradeciéndole el acto. Respondió al instante: “Que lo disfrutes”.

Ella es parca en palabras, pero cuando se pronuncia te la clava, va directa al corazón y te envuelve con su aura de amor.

Un curso de Milagros. Maestría Espiritual. Aprende a conectar con Dios y fluye con el universo desde el amor incondicional.

El título me asustó al leer la palabra Dios, pero como venía de ella le di una oportunidad y pulsé *play para ver el vídeo de bienvenida. Casi me caigo de culo en la silla al ver la maestra que impartía dicha formación.*

¿Lilian? O, mejor dicho, Diana Fleury, experta facilitadora en felicidad/orgasmos o coach angelical y espiritual.

El curso se puso interesante, no tenía ni idea de qué iba, pero por presenciar qué diantres iba a explicar con su dulce voz, permanecí con el culo pegado a la silla todo el nevado día hasta que terminé las cuarenta lecciones. <Menuda grata sorpresa>. Las notas del curso me recordaron a qué había ido aquel extraño día a la oficina.

Cogí los cartones y la cinta de embalar que el conserje del edificio dejó en la puerta, como le pedí, e improvisé cajas y metí en ellas todo lo que sí deseaba llevarme de vuelta a casa. Lo demás, también le pedí a él que se deshiciera de ello bajo una generosa propina.

A punto de cerrar el ordenador para marcharme a comer, por primera vez en el día, vi otro email que, anteriormente, mis ojos pasaron por alto.

Eric.

Hola Cielo. Siento mucho lo de la abuelita. <Menudo comienzo de mierda para un escritor de renombre>. No sé ni cómo empezar el email. <Ni que lo digas>. Pero quiero que sepas que, aunque soy consciente de que el modo en que me marché no fue del todo valiente, lo hice lo mejor que supe, es decir, no hubiese sido capaz de tomar distancia mirándote a los ojos. Por eso actúe así. Te juro que no hubo maldad alguna en mis palabras, solo pensé en mí, en qué era lo mejor para ambos y tomé una decisión que, al no haber vuelto a saber nada más de ti, entiendo que también te pareció correcta. <Esto es tener cara y lo demás son conjeturas>. Si he decidido enviarte este email es para que sepas que ya no vivo en España (aunque seguro que los chicos ya te lo habrán dicho), estoy en Miami. Me lancé a lo desconocido y vivo en una casita baja frente al mar como las que a ti te gustan. <Tócate las narices>.

Inevitablemente, me acuerdo de ti a diario, en cómo describías nuestra vida si viviéramos frente al mar y cómo yo objetaba que en la capital hay de todo, hasta playa y que no necesitaba vivir en otro lugar, porque aquella era mi casa. El hogar. Cómo cambia el cuento, ¿eh? Pero qué te voy a contar, si tú has vivido y viajado mucho más que yo. El miedo a volar limita muchísimo. <Ya lo veo ya>. Y dejar allí a mis padres y hermanos, a la familia y amigos, me parte el alma. <Gracias, por la parte que me toca Eric, yo también te echo muchísimo de menos...>. Esto es temporal, dudo que me quede aquí para siempre y, aunque este año no estaré firmando libros en la Feria del Libro de Madrid, iré de visita y ojalá, si te apetece, podamos vernos y tomar algo para ponernos al día como los buenos amigos que somos o fuimos. <Tienes suerte de que solo sean letras, porque si te tengo delante...> Lo dicho, cielo, espero que estés bien dentro de las circunstancias que te acontecen y si necesitas algo no dudes en pedírmelo, por favor, siempre voy a estar aquí para lo que necesites. <Reí maliciosamente>. Te abrazo fuerte. Eric.

En un acto de inconsciencia pura, rabia, frustración, enfado, ira y despecho lancé el portátil junto con un grito de guerra por la ventana abierta de par en par justo cuando el señor de la quitanieves pasaba, aplastando el ordenador como si fuera papel de fumar.

Cómo un tío tan educado y sabio como era Eric sacó lo peor de mí. “Si algo te perturba de otro es tu reflejo, algo dentro de ti que hay que sanar”. Palabras de Lilian o Diana del curso que Sol me regaló.

¿Qué me envenena tanto?, pensé. Cogí un paquete de folios sin empezar que pensaba dejárselos al conserje. Rebusqué en el cajón lápiz y goma (aunque no la usé) y empecé a escribir como si algo me poseyera. Parecía que me hubieran dado cuerda, porque no podía parar. No era consciente de lo que escribía, pero llene más de cuarenta hojas con letra ilegible como si alguien me dictase desde el más allá. Cuando acabé, estaba como si hubiera corrido una maratón que nunca he hecho.

Exhausta y sedienta. No quedaba ni una gota de agua en la botella de vidrio reciclado. Amontoné las hojas, sin leerlas, las metí en una carpeta de plástico transparente y lo guardé en la bolsa de tela que siempre llevo.

Eran más de las diez de la noche y Madrid volvía a su hábitat natural de ruido, suciedad y humo contaminante. <No sé cómo puedes amar esto Eric>. El portátil yacía inhóspito entre la acera y el asfalto, recogí los pedazos y lo metí a la bolsa. Si mañana el sol brillaba, volvería a por las cajas.

No estaba segura de querer volver a casa, pero tampoco me apetecía pasear. En verdad, no estaba segura de nada. Una parte de mí se sentía aliviada y otra, un monstruo. Un ser malvado y despreciable que por más que intentaba hacer las cosas bien y ser buena persona, todo siempre se

torcía, salía mal y me salpicaba de paso.

¿Qué hago tan mal? ¿Qué me pasa?

Sawubona Amiga, ¿qué haces aquí?, ¿necesitas ayuda?

Me tiré a sus brazos y lloré abrazada a él hasta quedarme sin fuerzas. No sabía que tuviera ganas de llorar, pero lo hice. Solo lloré, no intenté hablar o explicarme más que llorar y llorar. Víctor tampoco preguntó, solo me sostuvo y ofreció pañuelos cuando los mocos se amontonaron.

—Gracias dije, finalmente, limpiándome las lágrimas.

—¿Quieres venir a casa? Vivo aquí mismo y así te enseño algo que aún no has visto me arropaba con su brazo.

—¿Tienes agua?

—En casa sí, sonrío.

Bellido vivía en un luminoso ático de la calle Hortaleza con vistas al Mercado de Fuencarral y compartía espacio con los pájaros que anidaban en la espectacular terraza de veinte metros cuadrados. Para él, tenía una sola y amplia habitación blanca con un baño lujoso de terrazo, cocina americana de última generación y un también espacioso salón-comedor con suelo de madera bien pulida y cuidada con grandes ventanales que saludaban a la gran ciudad. En una esquina específica del salón, desde donde se apreciaba todo el apartamento, había una escultura tapada con una sábana. Él se percató vivaz de que mis ojos quedaron clavados allí. Normalmente sus invitados mencionan las vistas, la terraza, pero no ven más allá que una sábana blanca.

—Adelante, destápala me invitó.

Cerré los ojos, respiré hondo y vi a mamá. Allí estaba, tan bella y hermosa como siempre.

—¿Puedo? pregunté con una mano ya tocando la estatua.

—Abrazala me animó.

—¿Qué? ¿Y si se rompe? estaba nerviosa.

—Abrazala repitió.

Estaba fría como la nieve, pero cálida como el abrazo de un ser querido. Era ella, podía sentirla. Era como si, realmente mamá estuviera abrazándome de nuevo. Me separé para contemplarla y no mojar de lágrimas el mármol, quería desnudarme y volver a abrazarla para sentirla con cada poro de mi piel, pero no lo hice por Víctor. No quería que me viera desnuda y comparara. Ella era perfecta y yo...

—Ten, el agua.

—Gracias musité.

No podía dejar de mirar aquellos expresivos ojos que parecían hablar sin necesidad de pronunciarse. Era como si quisiera decirme algo que yo no alcanzaba a descifrar y el vaso se escurrió de las manos rompiéndose en mil pedazos y mojando a mamá.

—Perdón, perdón, perdón.

—Tranquila, solo es agua y los cristales se recogen. ¿Tú estás bien? ¿Te has cortado?

—Sí, sí, estoy bien. Perdón no sé qué ha pasado todo temblaba en mi interior.

—No pasa nada amiga apretó mis manos buscando con sus ojos los míos, que seguían intentando averiguar qué me estaba queriendo decir mamá—. Parece que hablara, ¿verdad? Es una escultura muy expresiva. Una verdadera y auténtica obra de arte expresó.

—Sí, ¿lo ha hecho alguna vez?, ¿ha hablado con ella? ladeé la cabeza como si estuviera a punto de lograr saber qué decía.

—Con mamá sí, con la estatua no dijo riendo.

—¿Nunca? insistí.

—Bueno, ahora que lo mencionas, una vez soñé que fue a la habitación mientras dormía. Nada sexual, tranquila, fueron solo unos segundos, pero sentí que susurró al oído se mordió el labio.

—¿Qué te dijo? necesitaba averiguarlo.

—No lo recuerdo, la verdad, fue solo un sueño y según te haces viejo recuerdas menos sueños. Una lástima comentó.

—Eso decía la abuelita no podía dejar de observar a mamá.

—Y razón tenía porque yo no lo creía, pero ya apenas recuerdo lo que hago cuando duermo.

—¿Meditas con ella? estaba a punto, lo sentía.

—A veces medito en el salón, pero no es ella quien me habla Bellido respondía a todo, aunque por el gesto sabía que no hilaba.

—¿Y quién es? seguía atenta a mamá.

—El Yo superior, la voz interior, la conciencia...

—¿Dios? interrumpí.

—¿Tú crees en Dios? preguntó él.

—No lo sé, es que hice un curso que... me interrumpió.

—¿Crees en ti misma? quería llamar mi atención, pero mamá...

—A veces, supongo. ¿Por? le miré.

—Si crees en ti misma, crees en Dios afirmó.

—Porque todos somos Dios añadí con vergüenza y duda.

—Así es sonrió—. Dios está en todos y todos estamos en él.

—¿Y todos somos amor? otra duda del curso.

—Exacto sus ojos brillaban—. La naturaleza básica del Ser es el Amor, solo que lo olvidamos. Pero él siempre está ahí y espera paciente a que cada cuerpo físico humano despierte su gesto irradiaba luz.

—Entonces, ¿Dios y amor son sinónimos? seguí resolviendo dudas.

—Sí, pero, como ya te dije, es fácil confundir churras con merinas. Dios o el Amor no es religión, es el estado natural del Ser y, por ende, todos somos Dios y todos somos Amor.

—Pero, ¿creerse Dios no es peligroso? estaba confundida y atraída por su sabias palabras.

—Jajaja si no eres Dios, ¿quién eres? dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Yo contesté segura.

—¿Y quién eres tú? sus pupilas seguían penetrando las mías.

—No lo sé aparté la mirada.

Cogió mis manos para que volviera a mirarlo y dijo:

—Amor, Dios, llámalo como desees, pero es todo lo que eres. Un ser divino hecho de amor incondicional viviendo en un cuerpo físico una experiencia mortal. No hay más.

Sus palabras resonaban fuerte, igual que las de Diana, pero no terminaba de comprender cómo si todos somos Dios o Amor suceden tantas cosas malas.

—¿Y por qué enfermamos? O, ¿por qué morimos? O, ¿por qué hay personas malas que matan y hacen daño? Estaba inquieta.

Sawubona Amiga, todo es parte del aprendizaje de la vida. Tú no puedes controlar lo que sucede o lo que te deparará la vida, pero sí tomar conciencia de lo que dices, haces y piensas.

—Ya, todo eso es muy bonito y suena muy bien pero, ¿cómo? Mi cabeza va a mil por hora y aunque llevo practicando meditación y Yoga desde los cuatro años, cuando mamá me apuntó, en vez de a Kick Power como yo quería, me siento a años luz de haber aprendido algo de todo ello.

—¿Eso crees? frunció el ceño.

—Sí, eso creo grité espontáneamente.

—Entonces, eso es lo que sabes afirmó rotundo y seco.

—¿Qué? estaba quedándose conmigo.

—Si crees no haber aprendido nada porque siempre lo has hecho por otros y no por ti, entonces no has aprendido nada como tú bien confirmas. Pero —respiro profundo—, si a partir de ahora practicas lo que sea que desees por ti misma y por nadie más, tal vez sí sientas aprender algo. ¿Me sigues?

—Sí pero estaba cabreada.

—Si creíste que tu vida giraba en torno a las decisiones de otros, es momento de dar el paso y hacer que tu vida sea tal y como tú elijas. Siendo tú misma, Dios, Amor o lo que se te antoje ser, pero ten presente que lo que hagas te haga feliz. Y no feliz un ratito, feliz de por vida. Crónicamente feliz. ¿Entiendes?

—Creo... —estaba agobiada.

—La felicidad es un estado del ser, un estado de ánimo que tú eliges. A veces de forma natural inconsciente y otras, la mayoría, hay que elegirlo conscientemente. Ello no significa que estés riendo siempre o de buen humor. Es, básicamente, que tú decidas cómo te afectan las circunstancias. Hoy, por ejemplo, muchísimas personas faltaron a su puesto de trabajo por el clima, dicen. Pero tú, sin embargo, decidiste ir a la oficina, donde nadie te espera u obliga y fuiste a pesar del clima. Madrid se paraliza, pero, igualmente, elegiste recoger tus bártulos y nada ni nadie te lo impidieron.

—¿Ser Amor es hacer lo que te apetezca? Porque estoy perdida sorprendí a Bellido con una pregunta que no esperaba.

—Amiga, —tragó saliva—, créete capaz por derecho divino de merecer Amor. Para actuar desde él, con él, para él y por el bien común parecía disgustado por mí.

—Es tarde y tengo hambre cambié radicalmente de tema—. Mejor me voy y mañana continuamos demasiada información.

—Como quieras. Tú decides guiñó un ojo.

—Pensé que no volvería a verte por aquí —mencionó con una gran sonrisa.

—Ya, yo también lo pensaba —respondí rascándome la cabeza.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó con pluma y libreta en mano.

—¿Crees en Dios? —fui al grano.

—¿Crees en ti? —preguntó él.

—Vaya, parece que todos habéis estudiado en la misma escuela —comenté gruñona.

—¿Qué todos? —anotaba en el cuaderno.

—Víctor, el señor Bellido, ¿te acuerdas de él?

—Claro —soltó una gran carcajada.

—Espera, ¿os conocíais de antes? —flipaba.

—Sí —afirmó—. Es mi padre. Mi desconocido padre durante dieciocho años, después mi jefe durante los seis años de la carrera y ahora, por fin, papá —alucinaba.

—¡Vaya! Más sorpresas —reí apretando los dientes—. Entonces, sabes toda la historia, incluso de lo de la hermana gemela —no daba crédito.

—Firmé un documento bajo notario donde ponía que, por secreto profesional, no podía desvelar nada a no ser que tú lo mencionaras —me extendió un papel que confirmaba su palabra con la firma de mamá, papá, la abuela, Víctor y él.

—Se tomaron en serio los planes —dije—. Pero, ¿y el apellido?

—Marín es el apellido de soltera de mi madre. Ella falleció por enfermedad cuando me gradué y como también era psicóloga quise rendirle homenaje. Bueno —cambió de tema—, ¿a qué se debe tan grata visita?

El tono de voz de Luis cambia sutilmente cuando menciona a alguien a quien ama. No sé si él es consciente, pero lo hace y me gusta, porque sé que no miente.

—Verás, Sol... ¿también os conocíais? —Ya dudaba de todo y de todos.

—No, no, tranquila. Yo también me sorprendí de ver a papá el miércoles —sonreía.

—Ah, pues, Sol me regaló un curso súper interesante, pero tengo dudas y quiero que las aclares yo también tenía papel y lápiz.

—¿Por qué no preguntas a la profesora del curso? Seguramente ella las resolverá mejor ahora era él el confundido.

—No, es online y prefiero hablar cara a cara. Lo interiorizo mejor —estaba lista.

—Ok, ¿cuál es la duda?

—¿Crees en Dios? volví a preguntar.

—¿Crees en ti? volvió a responder.

—En serio, Luis, por favor, responde en consulta nunca usaba su nombre de pila.

—Yo también hablo en serio, pero responderemos a la vez, ¿hecho? asentí—. Una, dos y tres.

—Sí (él). No (yo).

Silencio. Una milésima de segundo después.

—¿Por qué? ¿Por qué crees en Dios? estaba nerviosa.

—¿Por qué no?, ¿por qué tú no crees en ti? parecía divertirse.

—No sé, según el curso es por falta de amor propio y según tu padre es porque no hago las cosas por mí misma, sino por o para los demás la migraña latía.

—Menudo regalito pensó en voz alta.

—Ya, ¿pero tú qué opinas? daba vueltas al lápiz con la vista en Luis.

—Yo te recomendaría que primero empieces a trabajar la creencia limitante anotaba en la libreta—. ¿Cómo es posible que no creas en ti?

—Es complicado —mi respuesta favorita cuando no quiero explicar algo—, pero dime, por favor, ¿por qué crees en Dios?

—Para mí —bebió agua—, Dios es todo y todos somos Dios porque todos estamos conectados. Creemos que somos gotas individuales en un océano, pero en realidad somos el océano. Inmensos, infinitos y poderosos. Por eso creo en Dios, porque creo en ti, en mí y en que dentro de cada uno de nosotros y de todo lo que nos rodea hay vida, energía, luz que nos conecta y hace que todo fluya tomaba notas que no entendía.

—¿Y qué tiene que ver Dios con el amor propio? pregunté intentando interiorizar conceptos.

—Cambia la percepción. No veas a Dios como alguien o algo superior, sino como un igual. La unión que favorece tu presencia en este plano era interesante, pero estaba asustada.

—¿Y el amor propio? insistí.

—Digamos que aceptas el amor que crees merecer. Sé amable contigo; si aceptas amarte, también lo harás con el resto ambos escribíamos.

—¿Se puede amar a otros, pero no a sí mismo?

—Amor condicionado es sinónimo de miedo, ello crea interferencias y la conexión no fluye de manera armónica. Nacen roces e inseguridades, pero si hay amor, a secas, amor incondicional por ambas partes todo fluye.

—¿Eso es posible? sonaba a fantasía, bonita, pero irreal.

—En verdad, siempre es así pero lo olvidamos, nos separamos y nos empeñamos en limitarnos. Elegir amar, estar en paz, feliz, son opciones que siempre están disponibles para todos.

—Ya, pero a veces es difícil. ¿No? sentía culpabilidad.

—Difícil no es imposible, pero para salir de la adicción al victimismo se necesita paciencia, amor y perdón hizo una pausa y añadió—. Actuar como víctimas, llamar la atención, hablar de más o comer de sobra, está normalizado en la sociedad que creamos y, a veces, hasta premiado porque olvidamos quienes somos.

—¿Dios? pregunte reteniendo las lágrimas.

—Amor, Dios, energía, da igual la palabra. Vivimos manejados por el miedo en vez de disfrutar del amor que todos merecemos.

La mejor visita al psicólogo, sin duda. Apuntaba menos de lo que pensaba y no entendía tres palabras seguidas, pero sentía la energía de la que él hablaba y estaba en calma, aunque con miedo, como él aseguraba.

—¿Puedes estar triste y contento al mismo tiempo? así estaba.

—Sí, pero tú decides dónde instalarte por más tiempo miró el reloj de su muñeca.

—¿Has quedado? Quiero decir, ¿tienes otro paciente? Vine lo antes posible, pero la mudanza del despacho me saturó fingí que recogía, aunque no quería marcharme.

—No, tranquila, solo son las seis, hay tiempo. ¿Cambias de oficina? escribía más que yo.

—No, solo dejo la que usaba.

—¿Cambias de profesión? no miraba, solo escribía.

—¿Qué? ¡No! Exclamé asustada—. Como puedo trabajar desde casa voy a vivir la experiencia de estar en pijama veinticuatro-siete. ¿Por qué querría cambiar de profesión? musité.

—Jajaja yo no sé si podría —obvió la última pregunta—. ¿He resuelto la duda? anotó algo más en la libreta.

—¿Qué escribes ahí? Es decir, ¿qué apuntas en las sesiones con los pacientes? Si se puede saber... —la intriga habló.

—Datos relevantes.

—Como, por ejemplo... dije esperando uno.

—Dime algo —cambió de tema descaradamente—. ¿Por qué no te crees capaz?

—¿Capaz de qué? no sabía por dónde iba a salir, pero me aterraba la pregunta que venía a continuación.

—Eres una mujer excepcional, a la vista está. Transmites fuerza, seguridad, templanza, optimismo, energía, sabiduría, humildad, pero, sin embargo, otras veces eres tú peor enemiga. <Eso dolió, vale que me lo diga yo, pero él...>.

—¿De qué tienes miedo? sentenció.

—De no ser suficiente, supongo.

—¿Suficiente para qué? ¿O para quién? Eres completa, tal cual, ¿qué te bloquea? ¿Qué es lo que no te permite fluir y ser tú misma? ahora sí quería irme.

—Aprobación. Siento que necesito la aprobación de otros y si no dicen lo que quiero oír, me cabreo conmigo misma. Nunca con ellos. Solo conmigo.

—¿Por qué? estaba secándome como un pez al sol.

—Tú eres el psicólogo, dímelo tú que para eso te pago la chula salió a relucir.

—Ja —rió— aquí vienes porque te trajeron obligada la primera vez y la segunda fue sugerida. Nunca por iniciativa propia. Bueno rectificó, hoy es el primer día en dieciséis años, que creo, y corrígeme si me equivoco, estás por decisión propia.

—¿Estoy mejorando? pregunté con voz ñoña.

—¿Estás buscando aprobación? respondió con voz picaresca.

—¿Cómo dejo de hacerlo? culpable.

—Confiado.

—¿En qué? ¿Cómo? los pinchazos del ojo no me dejaban pensar, pero no quería parar.

—La fe es un acto de confianza. Practica mi mirada le hizo ampliar su respuesta—. ¿Qué te impulsó a venir hoy aquí?

—Dudas estaba claro.

—Sí, pero podrías haber llamado a Sol, a mi padre o al tuyo. Pero estás aquí. ¿Por qué? silencio de “no tengo ni idea de qué responder”, y él rompió con otra pregunta—. ¿Por qué te rapaste la cabeza?

—Fue impulsivo —suspiré, esta sí me la sabía—, es algo que quise hacer pero mamá en su día

no me dejó y sentí que era el momento. No me arrepiento en absoluto —añadí.

—Y no buscaste aprobación, lo hiciste sola y segura de ti misma —el doctor estaba en lo cierto.

—Sí —volvió a anotar algo en el bloc—. A ver, sentí miedo, pero no me importó —estaba justificándome absurdamente.

—¿Qué deseas? ¿Cuál es, a día de hoy, tu mayor deseo?

—Vivir de mis libros. Ser una escritora reconocida —confesé inconscientemente de una manera hipnótica.

—¿No lo eres ya? Escribes *bestseller* afirmó.

—No, escribo para otros. Soy escritora fantasma, o sea, anónima.

—¿Deseas que se reconozca tu trabajo con tu nombre en portada? —pregunta afirmativa.

—Sí, pero no me atrevo. Una parte de mí está bien en el anonimato, pero otra —tomé aire—, desea ser reconocida.

—Aprobada —puntualizó.

—Sí, lo que sea —dije mirando al suelo avergonzada.

—¿Crees que tus amigos no te aprueban o buscas más? Sé honesta, por favor.

—Puede que —las lágrimas recorrieron libres mis mejillas— desee que todas las personas que en algún momento de mi vida me hicieron daño, menospreciaron, se rieron de mí o insultaron, vean que no tenían razón y que soy importante.

—¿Basas la felicidad y creencias en personas que ni siquiera forman parte de tu vida? ¿En humanos que no deberían afectarte lo más mínimo? —escribía más rápido.

—Me hicieron daño —lloraba.

—¿Quieres que paguen por sus pecados? ¿Quieres ser una justiciera? —dijo dándome pañuelos y poniéndose de cuclillas a la altura de mis ojos.

—Quiero perdonarlos, pero no puedo —estaba derrumbada.

—Cielo <Luis nunca me llama así>, vivir de heridas pasadas es insano porque el sufrimiento que acarrea es tuyo —se sentó a mi lado—. A perdonar también se aprende y es una elección sabia, sana y amorosa.

—Ya, la teoría es fácil. Mamá y la abuela decían que tenían envidia. ¿Envidia de qué? Yo no me meto con la gente que envidio —temblaba.

—No, tu arremetes contigo misma, que es más divertido —consiguió que sonriera.

—¿Qué hago, Luis? ¿Cómo pongo remedio?

—Considera lo que voy a decir como un consejo de amigo y no de psicólogo, ¿de acuerdo? ya no apuntaba nada.

—¿Eres mejor amigo que psicólogo? —bromeé.

—Puede —ladeó la cabeza—, presta atención. No tengo la verdad absoluta, pero trata de escuchar al corazón que habla, ¿vale? —asentí—. El deseo que te bloquea es que las personas que tú consideras que en el pasado te hicieron daño vean y se enteren de que en el presente eres una exitosa escritora y que, incluso, te lean y les guste lo que leen —se levantó a por agua—. Si cambias la percepción del deseo —mi cara me delataba—. Espera a que acabe —calmó al ansia y repitió—. Si cambias la percepción del deseo, ahora quieres dar la cara y mostrar al mundo de lo que eres capaz sin la necesidad de esconderte tras otros —la cara seguía delatándome—. Quita de la ecuación las expectativas y pon el foco en la tarea. En el servicio. Si centras la atención en lo que amas, lo demás vendrá solo. Y —antes de que pudiera decir algo se adelantó—, acalla las voces malignas de la cabeza con educación. Sin insultar, maldecir u odiar por tener pensamientos

limitantes que la inmensa mayoría de la humanidad tiene por miedos creados o infundidos. Como la envidia. Ellos también tenían miedo y buscaban aprobación. Continúa hablando contigo misma, pero desde el amor, con respeto y aceptación.

—¿Puedo hablar? dije rápido.

—Sí, perdón con pluma y cuaderno en mano.

—Todo eso ya lo intento y no funciona, pero en cuanto me despisto, estoy destripándome de nuevo. Y añadí , yo no quiero castigar a nadie, más bien... callé de golpe.

—Mírame cogió mi mano . De la única persona que has de desear algo es de ti misma y lo que has de ofrecerte es perdón y amor. Sin embargo, si continúas priorizando que otros no te trataron como tú creías merecer, no merecerás ser feliz, vivir con amor, perdonarte o ser la *longseller* del año, porque es lo tú crees.

—Pero yo deseo ser feliz susurré.

—Deshazte de esas creencias y transmuta los pensamientos limitantes de miedo en amor, perdón y gratitud. Así, hallarás paz y crearás en Dios guiñó un ojo.

—¿Cómo hago eso? ¿Cómo cambio? iba a vomitar.

—No hay fórmula mágica volvió a mirar el reloj de su muñeca—, pero te aseguro que serás capaz. Voy a ayudarte, si lo deseas.

—¡Vale! dije entusiasmada— ¿Por dónde empezamos?

—La actitud es importante mencionó sonriendo , pero comenzamos la semana que viene, si te parece bien. Aunque creo que ya tienes trabajo.

—Ah, ¿hemos acabado? estaba tan motivada de repente que pensé que íbamos a charlar toda la tarde.

—Sí, perdona, son las siete y cuarto y quedé a las ocho fuera de aquí él ya recogía sus papeles.

—Claro, vale, sí no sabía que decir. El subidón bajó de un porrazo.

—He quedado con Sol admitió.

—¿Deseas mi bendición? pregunté con guasa.

—Ya lo sabías, ¿verdad? miraba mi reacción.

—No, en realidad no, pero me alegro por ambos. Tenéis muchas cosas en común y seguro que os lleváis de maravilla. Pero ¿a qué acierto el plan? apunté muy metida en el papel de súper amiga.

—Dime río.

—Vais a un espectáculo de magia que Sol quiere ver desde hace meses.

—¿Ibas a acompañarla tú? mencionó sorprendido.

—No, pero la conozco un poco guiñó un ojo ya desde la puerta de salida—. Nos vemos la semana que viene Doctor Marín. Páselo muy bien.

Hizo un gesto con la mano y con una sonrisa de niño chico entusiasmado dijo adiós mientras terminaba de recoger el escritorio.

El azar. ¿Donde hay Dios hay azar? Si todo está ordenado y regulado por nosotros mismos o por el amor o el Universo o el cielo, todo lo que ocurre sucede porque tiene un sentido, aunque a priori no se lo encontremos.

La primera llamada de la mañana me lleva a un nuevo día. La primera sensación que capta mi atención es el tono de las tareas por delante. Antes adoraba despertar con el aroma a café recién hecho por Eric, después olvidé cualquier olor y deseé no despertar. Lo quise así durante bastantes meses, pero no funcionó.

Hoy desperté riendo. Hacía tiempo que no abría los ojos así. De la forma más económica para mejorar la salud.

Entré en el baño y, sin querer, me miré a los ojos, en el espejo y me gusté. Antes practicaba mucho el trabajo con el espejo. Mamá me enseñó, pero también, en algún momento, dejé de hacerlo y me olvidé de ser.

Desde que me diagnosticaron endometriosis y la vida me puso de vuelta y media, poco a poco, paulatina y drásticamente dejé de verme en los espejos. Ese reflejo no era yo, no me gustaba lo que las pupilas percibían y evitaba a toda costa escucharme y, menos aún, aceptar.

El abdomen inflamado de embarazo psicológico no me identificaba. Las manchas que se acumularon en mi piel, tampoco. Los cambios de humor repentinos me martirizaban y el sentimiento de culpa me absorbió. La luz se apagó o, más bien, la apagué, porque no deseaba contemplar aquel monstruo.

Ahora, con perspectiva y otra percepción comprendo que, obviamente, nada me identificaba porque no era yo. No era la esencia del Ser, sino el cuerpo físico manifestando que algo no andaba bien, pero inconscientemente, lo hice mío, me lo creí y me odié tanto por ello como no he odiado a nadie jamás.

—¿Te has mirado alguna vez en el espejo? preguntó mamá el día que la menstruación apareció en mi inocente vida.

—Pues claro respondí súper cabreada, porque yo no quería tener la regla.

Siempre me pareció un rollo, algo que se podría haber evitado cuando nos crearon. Mancharme de sangre gratuitamente todos los meses, tirar bragas, llenar la mochila de compresas, pastillas para los dolores desternillantes que me golpeaban sin cesar mes tras mes. Nunca entendí por qué a algunas niñas les hacía tanta ilusión ese día. Se sentían mayores, decían. Igual yo no quería crecer.

—¿Te has mirado alguna vez a los ojos en el espejo? mamá insistió.

—No sé mentí.
—Hazlo, cielo, mírate fijamente a los ojos en el espejo.
—No puedo aseguré.
—¿Por qué? preguntó ella apartando de mi cara el pelo.
—Me da vergüenza, no sé, es raro. ¿Qué hago mirándome a mí misma? refunfuñaba.
—Hablarte. Di: te amo.
—Te amo dije mirándola a ella.
—No cielo, a mí no, a ti. Dítelo a ti misma. Repite:
te amo.

Aquellos segundos parecieron eternos. Algo que puede resultar tonto y absurdo se convirtió en un ejercicio poderoso y extremadamente difícil al comienzo. Con práctica le cogí el gusto, aunque muchas veces me sentía una creída por hacer aquello. Igualmente, me gustaba y lo hacía al despertar y al acostarme.

Mamá era muy dada a dejar notitas por la casa con afirmaciones que recordaban lo maravilloso que es vivir. Ella decía que leer aquellos papelitos ayudaba a que los días siempre fueran especiales. Mamá sí que era especial. Y la abuela. Ellas siempre tenían las palabras exactas en el momento oportuno. Ellas sí creían en sí mismas y en Dios y el Amor sin condiciones.

Era uno de esos días en que charlar con ellas sería el mejor plan. Preparar un desayuno rico y arreglar el mundo.

¿Por qué no lo haces?, pensé mirándome fijamente a los ojos sin pestañear en el espejo del baño. Fui a la cocina, hice unas tostadas, una infusión e improvisé un picnic en el suelo del baño. Descolgué el espejo para que quedase a la altura idónea y me senté en el suelo frente a él. Frente a mí. <Buen Provecho>.

Desayuné en silencio contemplando mi reflejo, cómo mastico, los gestos que hago cuando bebo, cómo trago.

Los músculos de la cara se ven mucho más sin pelo y es curioso cómo la mandíbula hace que el cráneo también trabaje. Son un gran equipo. Todos se apoyan y respetan ahí dentro.

Llevándome el último trozo de tostada a la boca pensé: ¿a qué esperas? ¿Para qué haces esto si no vas a decir nada? Tragué, bebí y respiré profundo. Inhalé y expiré diez veces con los ojos cerrados antes de volver a abrirlos y empezar el monólogo.

Mamá. No estoy enfadada, ya no. Aunque tu partida fue repentina sé que estás en paz y feliz, y eso me alegra muchísimo, aunque yo todavía no sepa cómo lograrlo. Te echo de menos, pero también sé que estás aquí conmigo. <Puse la mano derecha en el corazón>. Ya no puedo tocarte físicamente, pero puedo hacerlo en sueños, en mi basta imaginación y en el corazón que late desbocado y entrecorta el hilo de mi voz.

Quisiera que me perdones si en algún momento no actué como debiera. No fue con maldad. Lo prometo. Yo también deseo perdonarte si en ocasiones tuve pensamientos hirientes y limitantes hacia tu persona. Era consciente de ello, pero no sabía cómo hacerlos parar. Tú quisiste

enseñarme, pero yo no te dejé. Por ello, te perdono y me perdono por cabezota, insegura y, a veces, redicha.

Te amo mamá, siempre lo he hecho y hoy sé que ambas los hicimos y lo hacemos lo mejor que supimos y que sabemos. No te culpo por ocultarme la verdad, por no confesarme que tengo una hermana gemela. Bastante duro tuvo que ser ya quedarte solo con la enferma... perdón, rectifico, eso no me deja en buen lugar ¿verdad?

Bastante duro tuvo que ser dejar ir al amor de tu vida y a tu también amada hija conscientemente. Tú elegiste permanecer a mi vera y te lo agradezco infinito, porque gracias a ti soy quien soy. Estoy dispuesta a perdonar mamá, a todos y a mí. Deseo vivir en paz, como tú y la abuelita, y sé que lo voy a conseguir.

Gracias mamá. Te perdono y te amo.

¡Guau! exclamé limpiándome las lágrimas . ¡Qué pasada! reí fuerte y con carcajada. Deseaba hablar así con todos, vivos y muertos, porque sentía que era mucho más fácil hablar al espejo que cara a cara. ¿Es cobarde?, pensé. No lo creo, porque hay personas vivas y muertas con las cuales considero que tengo alguna conversación pendiente y también sé que, en principio, no voy a volver a verlas.

De ese modo, podía expresar todo lo que sentía e incluso corregir si me equivocaba o decía algo que ya no pensaba. ¡Es genial!, volví a exclamar feliz. ¿Por qué no enseñarán estos ejercicios en la escuela? Esto sí que debería de ser una enseñanza obligatoria y no lo que obligan a aprender.

Busqué papel y lápiz para apuntar los nombres de todas las personas con las que deseaba charlar. Estaba tan ensimismada en el nuevo y maravilloso descubrimiento que cuando me di cuenta de que la música que oía no era de mi cabeza, sino del teléfono, volvía a estar en silencio. Dudé si ignorar a quien me reclamaba, pero con los acontecimientos pasados decidí mirarlo.

¿Beltrán? ¿Qué le pasa? Si vive enfrente, ¿porque no llama a la puerta? No me gustaba mucho hablar por teléfono. Salí al rellano y presioné su ruidoso timbre.

—¡Cielo! Te he llamado me besó y abrazó fuerte.

—Sí, lo sé, ¿qué pasa? pregunté escurriéndome de su abrazo.

—Eso quería saber, como no sabía nada de ti desde el miércoles contestó mirándome de arriba abajo como si me examinará.

—Ah, ¿no? me sorprendí. Pues todo bien, como siempre.

Tenía la sensación de que los dos últimos días ocurrieron hace mucho tiempo, pero Beltrán tenía razón, el jueves fue la gran nevada y ayer vacié el despacho y estuve con Luis. Ayer. Me seguía pareciendo extraño estar con Beltrán enfrente. El espejo me sacó del espacio-tiempo, pensé.

—Tengo una cosa para ti soltó con una sonrisa inmensa, radiante y pícara.

—¿Para mí?

—Sí, ayer fui al mercado y llamé a tu puerta para ver si querías acompañarme, pero no estabas y deduje que trabajabas hasta tarde. Por eso te he llamado por teléfono, para sacarte de donde estuvieras río y añadió—, y ha funcionado.

—¿Y qué es? pregunté con interés.

—Pasa y te lo enseño.

Su piso es una mezcla de *quiero y no puedo*. *La transición al minimalismo le está resultando más tediosa de lo que él pensaba y aún se aferra a muchos objetos que estorban, pero que conserva por morriña. Al entrar me olió a palo santo. Parecía estar haciendo algún tipo de limpieza energética. Después vino el olor a vela recién apagada y, por último, su olor, su característico olor a jabón de recién lavado, limpio y sin perfumar.*

Beltrán estaba abrazándome y señalando con su dedo a la mesa de madera baja hecha con cajas de frutas recicladas del salón, adquisición del piso ya vacío de mamá. Nos acercamos despacio, él seguía abrazándome y yo temblaba por dentro. Intuí que algo para lo que no sabía si estaba preparada iba a ocurrir.

—Ábrelo susurró en mi oído izquierdo, y un escalofrío recorrió todo mi ser.

—Beltrán yo... me interrumpió.

—Tranquila pequeña, todavía no voy a pedirte matrimonio y se echó a reír, apartándome de él y empujándome con cariño hacia la mesa.

No sé si sentí alivio o pena, porque una parte de mí deseaba pronunciar: *sí, quiero, y otra, desconocía a quién deseaba pronunciarlo.*

Deshice el lazo con miedo y, al tomar conciencia, paré. Cerré los ojos, inhalé hondo

visualizando mucha luz blanca y, al exhalar, dejé ir el miedo y le di las gracias.

—Va, venga, no es para tanto dijo nervioso.

—Sí, sí que lo es. Para mí sí, al menos miraba sus enigmáticos ojos negros.

—Para mí también agarró mi cara y me besó en la boca, con pasión, lengua, saliva, y todo el nervio que él sentía me lo traspasó.

Le senté en el sillón, me senté encima y le besé como si no hubiera futuro. Deseaba que supiera lo mucho que lo amo, lo importante que es para mí y lo agradecida que estoy a la vida por ponerlo en la mía. Todo, con un solo beso que perdonara heridas pasadas y dejara ir los miedos. Cuando vi que la alegre luz blanca nos envolvía, me levanté dejándole con la boca entreabierta y dije:

—No voy a casarme contigo, pero prometo amarte siempre y para siempre sin condiciones pase lo que pase.

Abrí la pequeña caja cuadrada color cian y saqué su regalo con una sonrisa que iluminaba aún más la habitación. Era una preciosa sortija con una piedra, esmeralda, color verde mar <como mis ojos, según él>, que varía el tono dependiendo de la luz.

—¡Gracias! exclamé y me lancé a sus brazos en plancha.

—¿Te gusta? buscaba mi mano izquierda.

—Me encanta, rechifla, fascina y me parece increíble que hayas cumplido la promesa reía de nervios.

—¿Lo dudabas? dijo poniéndome el anillo en el dedo anular.

—No, pero tampoco estaba segura al cien por cien confesé besándole en la mejilla.

—¿Comemos? cambió de tema—. Yo invito dijo antes de que yo lo dijera.

—¿Por qué? pregunté.

—Porque tengo hambre.

—No, por qué ahora, por qué hoy miraba el anillo.

—Ah tragó saliva—. Es la mejor forma que se me ha ocurrido para, al mismo tiempo, pedirte perdón, darte las gracias y decirte que te amo, como tú dices, sin condiciones y para siempre, pase lo que pase, porque siempre lo he hecho.

—¿Qué te apetece comer? fui yo quien ahora cambió de tema poniéndome de pie y tirando de su mano.

—Peque —apretó mi mano hacia abajo—, ¿tú te casarías conmigo?

—¿A qué viene eso? pregunté riendo, pero su rostro no sonreía ¿Qué ocurre? me preocupó y volví a sentarme a su lado.

—No sé tocó el entrecejo como si pensase y, al fin, se liberó—. Cuando dije de broma que aún no te pediría compromiso, no sé si era del todo cierto. Una parte de mí desea pasar el resto de mi vida contigo, con la mujer que amo y me ama sin juicios. Pero —no quería escuchar—, otra parte tiene miedo de estropear lo que ya hemos creado. Digamos que, ya sentí perderte una vez y no quiero volver a pasar por ello. No sé si me explico.

—No tenía las pupilas fijas en la sortija.

—Te amo y eso lo tengo claro, pero desconozco qué es lo que me frena para ir más allá. Tampoco sé qué opinas tú al respecto. Perdón, igual es pronto para hablar de ello, pero quería que supieras lo que siento suspiró.

Un silencio acompañado por un rugido del viento hizo caer la cajita del anillo al suelo. Me sentí esa caja. Impactada contra el miedo susurrándome viejos patrones de pensamiento. Me levanté del sofá despacio como si no quisiera hacer ruido para no molestar y le pedí que me esperase ahí.

Fui al baño a lavarme la cara y a mirarme a los ojos. Puedes hacerlo, repetí como cien veces. Al salir, me senté en una silla justo enfrente de él, como si fuera mi reflejo, el espejo, y le pedí por favor que no me interrumpiera en ningún momento a no ser que se lo pidiera. Asintió.

Cerré los ojos, respiré profundo hasta que conseguí llenar los pulmones de aire y al abrirlos, Beltrán observaba con un aura de paz que me desconcentró por un instante. <Puedes hacerlo>. <Puedo hacerlo>. <Soy capaz>. Y lo hice.

Beltrán. Hace solo tres meses y medio que Eric, la persona que yo consideraba el amor de mi vida, ya no está en ella y no por muerte, sino por decisión propia. Optó por alejarse de mí y poner tierra de por medio por su propia salud mental, porque consideró que ya no aportaba lo mejor de sí mismo. Intentando rearmar las piezas del puzzle, reapareciste tú, mi mejor amigo, el de toda la vida, al que dudo si conozco, porque hace ocho años marchó y también sentí perder. Sentí que, la fluida conexión se desvaneció y no hice nada por pararlo, solo lo dejé estar. No me aferré. Ahora, aquí, frente a mí, siento que te he amado toda mi vida, que el amor se ha ido transformando y reconvirtiendo en lo que nosotros hemos ido deseando consciente o inconscientemente, pero siempre, ambos, hemos estado conectados. No por el pensamiento, la mente, emociones o recuerdos, sino por el corazón, porque laten juntos, pero no apegados. Por el amor incondicional que nos proyectamos. Por un motivo que desconozco, pero que tampoco siento relevante, tú y yo somos capaces de transmutar el miedo en amor gracias a que siempre nos hemos perdonado todo lo que en algún momento con o sin razón nos hirió. Nos disculpamos tan de verdad, por la gracia divina, que jamás hemos sentido rencor u odio hacia el otro, porque automáticamente estaba perdonado. Porque no podemos, sabemos, ni queremos estar enfadados el uno con el otro —hice una pausa que él respetó—. Yo también tengo claro que te amo y soy consciente de lo feliz que soy cuando estoy contigo en cualquier momento o circunstancia, con o sin gente, hablando o callados, da igual, incluso, de vecino, aunque no te vea, ni hablemos, estoy feliz porque estás. Pero, sí, a pesar de todo lo mencionado, aparecen miedos, dudas e inseguridades. El proceso de cambio que atravieso me invita a obviar patrones limitantes. Evito recrearme en esos pensamientos y fluir con lo que sí sé que me hace feliz. Y tú, Beltrán, sumas felicidad a mis días. No sé si como pareja de vida, solo amigos, amigos que practican sexo, amigos casi hermanos o amigos que son vecinos, pero me gusta que formes parte de mí —bebí agua y él espero paciente que yo continuara—. Honestamente, no sé cómo eres como pareja y tú tampoco sabes cómo soy yo. Tampoco sé, ni lo he pensado, si me apetece emparejarme otra vez. Pero es verdad que cada vez que nos encontramos soy feliz y, en relación al sexo, que para mí es muy importante dadas las circunstancias, lo gozo plenamente y no doy importancia a si luego duele o deja de doler. Porque disfruto cada instante contigo y junto a ti. Después, ya trabajaré ese tema. Tú tampoco sabes si mis cambios de humor repentinos encajarán con tu encarrilada vida zen o si los pelos de Ringo terminarán cansándote. O si comer carne genera tensión porque no aguanto el olor. En verdad, desconocemos muchas cosas el uno del otro, aunque nos parezca que nos conocemos de toda la

vida. Pero la realidad es que somos un maravilloso misterio por resolver y si lo medito —sonreí—, deseo descubrir más acerca del atractivo y nuevo vecino yogui.

Quedé callada, esperando, y él solo miraba. Los ojos, la cara, la mano, la calva, la tripa hinchada, los labios, el anillo. No sé qué se le pasaba por la cabeza, pero sus ojos brillaban de Amor.

Finalmente, dije: “terminé”. Miraba al suelo y daba vueltas a la esmeralda.

Se puso en pie e instintivamente yo con él, me cogió en brazos sin articular palabra y me llevó al baño.

—¿Huelo mal? pregunté.

—Desnúdate, por favor él hizo lo mismo.

Desnudos y el anillo, frente al espejo, mirándonos el uno al otro, a través de él, dijimos: “Te amo”.

Entrelazamos las manos de la sortija y nos quedamos unos minutos ante él, contemplándonos.

El fuego interno se apoderó de mí, pero no era el sofoco de la menopausia inducida, qué va, era mucho más ardiente, sensual y delicadamente excitante.

Un pinchazo vaginal quiso sacarme de la atmósfera, pero me negué. <Hoy no>. <Hoy permito pasármelo bien>. A ambos se nos notaba que nuestros respectivos ojos se lo estaban montando a lo grande, pero no nos soltábamos, seguimos agarrados por las manos que se apretaban una a otra, frotándose y amándose, mientras que de las pupilas salían chispas de sexo salvaje.

Los pezones duros y el ombligo hacia dentro, contraído, indicaba que deseábamos amarnos. Su mano izquierda y la derecha mía se movían inconscientemente como queriendo alcanzarse buscándose en el infinito universo para tocarse, desearse y proporcionarse más placer.

Resistimos la tentación un rato más, siendo completamente conscientes y espectadores de cómo todos nuestros cuerpos se excitaban, entremezclaban y tomaban formas libres, irregulares, enérgicas y hermosas. Los corazones latían con tanta fuerza que se podía percibir la vibración. La energía subió la temperatura y cuando una especie de calambre nos asombró, los ojos dejaron de mirarse a través del espejo para mirarnos a nosotros mismos sin nada de por medio.

Juntamos las palmas de las manos y como si de algo premeditado se tratara. Nos movimos haciéndonos de espejo. Acariciamos nuestros cuerpos como si fueran nuevos y nos frotamos impregnándonos de emociones, escalofríos y amor.

De pronto, quedamos parados, inmóviles, sujetando las caras y nos besamos, despacio, con dulzura, sin miedo. Aquel beso, aquel renaciente beso, era el inicio de nuestra nueva y misteriosa relación.

Hicimos el amor con la inocencia de dos cuerpos vírgenes y con la sabiduría de dos almas viejas. Hicimos el amor con amor, sexo, humor, pasión, entrega, deseo, complicidad, respeto, alegría e ilusión. La ilusión de dos seres que se reconocen y deciden, juntos, emprender un intrigante camino.

Lo hicimos varias veces y por toda la casa. Parecíamos adolescentes que, en vez de esconderse, deseaban ser pillados. Lo hicimos hasta que sonó el timbre.

Papá aguardaba.

—¡Chef! así llama Beltrán a papá— ¿Pasa algo?

—Es que no he vuelto a ver a... asomé la cabeza por detrás de Beltrán—. ¡Cielo! Estás bien, menos mal. Perdón, estaba preocupado.

—Estoy aquí papi.

¿Papi? En mi vida había pronunciado esa palabra, me pasmó, pero me gustó y, desde entonces,

en vez de papá, era papi.

—Bueno, como ya veo que estás/estáis bien os dejo a lo vuestro respondió haciendo que se retiraba.

—Espera dijo Beltrán . ¿Has comido? Vamos a pedir pizzas asentí.

—¿Comer? dijo riéndose—. Pero si son las seis de la tarde.

—¿Qué? respondimos a la vez—. Pues sí que pasa el tiempo rápido cuando uno lo pasa bien añadí.

—Las horas del reloj son prescindibles cuando se es feliz contestó papi, y también me gustó.

—¿Merendamos? miré a Beltrán ladeando la cabeza.

—¿Tortitas de avena y plátano? dijo risueño.

—Pasadlo bien chicos, pasadlo bien.

Papi se fue por las escaleras y escuché a Ringo tras la puerta.

—Traemos al señor gato o cambiamos preguntó con voz pilla.

—Cambiamos, que tu nevera está vacía.

—Pensaba ir a comprar dijo con voz de niño inocente.

—Vamos tiré de él para la otra casa.

Dicen que los mejores besos son los robados, los que se arrancan y se asemejan a un mordisco, pero los besos con amor, del que hay que cultivar, tienen muchas formas y facetas.

Construir una unión no significa renunciar a uno mismo, a la individualidad o a lo que eres. Amar es un estilo de vida que se elige conscientemente.

Estoy agradecida y me siento afortunada por darme cuenta de todo ello, tomar conciencia y actuar en consecuencia. Estoy dispuesta a amar, estoy dispuesta a perdonar y estoy dispuesta a liberar. Soy capaz.

La primera vez que me operaron de endometriosis no sabía cómo sería. La teoría la conocía al dedillo, pero desconocía lo que implicaría. Me diagnosticaron un año antes, pero los dolores siempre fueron parte importante en mi vida, aunque eran “normales”. La segunda vez, a los dos años y diez días de la primera intervención, ya conocía de qué palo va esta enfermedad sin cura conocida, pero no sabía de qué palo iba yo.

Ahora encaro otros diagnósticos y más tratamientos añadidos. Ahora descubro que soy la persona que puede decidir si el nuevo método sirve o no. Cuestión de fe, ¿no?

Los médicos o las terapias alternativas son apoyos muy válidos, pero la verdadera sanación está en mí. Aunque el cuerpo físico no cure, puedo vivir en paz y decidir sanar para vivir crónicamente feliz.

Amarse a uno mismo y al resto del planeta empezando por perdonar y perdonarme, porque si engrandecemos todo lo que alabamos, la creación entera responde con alabanza y alegría. Soy capaz, porque me amo y me apruebo. Te perdono y me perdono. Me libero. Gracias. Así es. Hecho está. Llaman a la puerta del baño.

—Peque, ¿estás bien? abro sonriente.

—Sí, perfectamente.

—Me pareció que hablabas sus ojos buscaban con quién.

—Sí, lo hacía respondí besando su barbilla—. Connigo misma dije abriendo las persianas y dejando entrar la maravillosa luz.

—¿Cómo? preguntó curioso—. Seguía clavado en la puerta del baño como esperando que alguien más saliera.

—Practicaba el ejercicio del espejo abrí las ventanas—. Amo la brisa fresca de la mañana.

—¿Me enseñas? caminaba hacia mí buscando mis manos para llevarme de vuelta al baño.

Le coloqué frente al espejo y le pedí que se mirase a los ojos.

—A mí no, a ti, mírate tú. Mantente la mirada y calma la respiración.

Coloqué su mano derecha en el pecho para que sintiera los latidos del corazón que hasta yo podía oír. Se mantuvo la mirada durante unos segundos y justo antes de que la apartara le dije:

—Di que te amas guiño un ojo. Estaba nervioso . Dilo insistí.

—Te amo me miró.

—No, a mí no, a ti, dítelo a ti mirándote a los ojos, por favor.

Inhaló y exhaló profundo. Más sosegado, dijo:

—Te amo ladeo la cabeza hacia un lado.

—Otra vez y otra más, así hasta que te sientas mejor contigo mismo.

Hice el intento de salir del baño para darle espacio, pero agarró fuerte mi brazo. No quería estar solo consigo mismo y no entendí por qué, porque para mí es lo más maravilloso que se puede hacer. Pero no pregunté y acompañé.

Después de ciento ocho *te amo* y numerosos guiños, empezó a llorar como un niño pequeño en busca de consuelo. Arropé a Beltrán con mi cuerpo y sentados en el suelo del baño, yo misma junto con Dios y el Amor Incondicional, le amamos. Al cabo de cinco minutos meciéndole entre mis brazos dejó de llorar y empezó a reír, él solo.

—¿Mejor? pregunté.

—Gracias contestó mirándome a los ojos con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Un placer y besé su frente.

Permanecimos allí sentados en la misma posición y callados durante un rato más. Lo sostenía como a un bebé siete veces más grande que yo. Él se acomodó a mí como si fuera un bebé, pero prematuro. Muy pequeño, frágil y asustado.

Ver triste a un ser querido no es plato de buen gusto, pero vivir la experiencia fue gratificante y sanadora para ambos.

Si algo está claro es que ayudar a otros también es ayudarse a uno mismo.

—¿Te apetece volver a la cama? mencionó bostezando.

—Vale asentí.

Los trabajos potentes en los que se mueve tanta energía piden al cuerpo descanso y hay que mimar el templo en el que nos alojamos.

Bostezar es un modo de liberar tensión. Yo lo hago a menudo, aunque hay gente que no lo entiende porque creen que me aburro o tengo sueño. Pero lo sigo haciendo, porque me gusta y me genera sensación de libertad.

Ya de vuelta en la cama nos acurrucamos y tapamos para mimetizarnos con la leve oscuridad que nos proporcionaba el edredón blanco. Quedamos profundamente dormidos hasta pasadas las doce de la mañana, que Ringo vino a visitarnos para ver si seguíamos vivos.

Amo a este gato y su sutil forma de olisquearme cuando ve que no me muevo durante mucho rato. Después de pisarme sin cuidado alguno, se aproxima a la altura de mi nariz y con su boca entreabierta hace ruidos como si jadeara. El otro método es tumbarse en mi cara o cuello o aplastarme los pechos.

Es muy intuitivo, pero cuando se trata de llamar mi atención se le olvidan los modales. Definitivamente, le amo y elijo quedarme con él, aquí, hasta que uno de los dos decida emprender marcha.

—¿Qué piensas? dijo Beltrán jugando con la cola de Ringo.

—Le amo y no voy a marcharme hasta que uno de los dos lo haga primero.

—¿Pensabas irte? ahora jugaba con mi pezón.

—Lo pensé sí. Cuando papá me contó lo de la villa, el bloque y la cuenta de ahorros vi el cielo iluminado, pero acto seguido pensé en Ringo y se me pasó la ilusión. Prefiero estar con él, aquí, y enfocar mi vida desde otra perspectiva.

—Sabes que yo puedo hacerme cargo de él, ¿verdad? ahora el entretenimiento es el ombligo y las cicatrices.

—Sí, pero él es responsabilidad mía y elijo estar con él. Podré viajar, igualmente, pero de otro modo. Además, como voy a trabajar desde casa, pasaré más tiempo con él y buscaré un entrenador felino que me ayude con el miedo al traspertín.

—¿Empiezas a currar aquí? No me lo habías contado su mano estaba en mi muslo y empezaba a acariciar mi entrepierna.

—Lo decidí el jueves, el día de la nevada, y el viernes terminé de recoger todo. Por eso hay cajas en el salón especificué.

—Estás haciendo muchos cambios sus dedos ya acariciaban la vulva.

—Accionando motores salté sobre él sentándome encima.

—Esto no me lo esperaba sonrío.

—Te notaba algo indeciso y quería ayudar con un movimiento de cadera, volvió a tumbarme en la cama y se tumbó encima de mí.

—Permíteme que sea yo el que te ayude a ti y deslizándose por mi cuerpo con su lengua llegó a mi vagina que se alegró de sentirlo.

—Me permito sentir placer dije en voz alta sin ser consciente de ello.

—¿Cómo dices? asomó los ojos, pero impulsivamente bajé su cabeza para que siguiera.

Eric lo hacía muy bien, pero ahora que sabía cómo disfrutar del sexo sin sentirme culpable y dolorida por ello, deseaba esos orgasmos con amor y alegría. Perdóname, Eric, por no haberlo descubierto antes, pero como tú bien decías: “el maestro no llega hasta que el alumno no está preparado”. <Un clásico que le encantaba repetir>. Ahora aprendo a controlar mi mente y los pensamientos que creo. Tú, inconscientemente, con tus plegarias sobre este tema, provocaste un rechazo que yo asumí y me martiricé por ello. Y yo, inconscientemente, provoqué otros miedos, en ambos, que ninguno supimos subsanar. Tal vez, con ayuda externa, hubiésemos podido salvarnos el uno al otro, o tal vez no. Ya no importa, porque todo pasa por algo. Gracias a ti y a todos estos años y circunstancias difíciles que atravesé, hoy me siento mejor que nunca y capaz. Capaz de sanar, amar, perdonar y vivir como sea que se me antoje hacerlo.

—¡GRACIAS! Grité, y el orgasmo llegó justo a tiempo.

Agarré a Beltrán de la cabeza y lo subí hasta mi boca. Besé sus labios húmedos con el flujo de la felicidad y lo abracé fuerte, presionando su cuerpo contra el mío. Él comprendió mi deseo y comenzó un baile de fricciones. Empezaron suaves para convertirse en fuego desenfrenado. Susurré: hazme tuya. Deseaba sentirle dentro, pero antes cambié de posición y volví a ponerme encima. Él no se resistió. Froté los órganos sexuales a la vez que masajeaba las bolsas escrotales. Lamí su torso hasta llegar al pene y jugué con él hasta que dijo no poder más. Entonces, lo introduje en la vagina y permití que regara por dentro el útero renacentista. Algo que no sucedía desde hacía seis años.

Sentí un escalofriante mareo y caí encima de él, en el pecho, con él aún dentro de mí.

—¿Estás bien? acariciaba mi cabeza—. Ha sido increíble añadió—. ¿Peque?

Estaba inconsciente. Inconsciente de placer, una vez más, pero, además, sangraba y no debía porque llevaba años sin menstruar.

No era sangre de regla. No. Era un desgarró del tejido interno provocado por la fuerza, dureza

y emoción del momento. Llevaba tantos años sin practicar sexo que, aunque estaba excitada, internamente no lo suficiente.

La doctora de urgencias recomendó un gel íntimo hasta que fuese a la consulta del ginecólogo, pero pensé en Margarita y en que ella podría ayudar.

—Me asusté, ¿te pasa a menudo? preguntó Beltrán en el coche de vuelta a casa.

—No, bueno, a veces sí, pero tranquilo que estoy bien mentí.

—¿Te duele? preguntó sujetando mi mano mientras cambiaba de marcha.

—Es molesto, sí, pero tuve dolores mucho peores. Esto es minucia barata, o como se diga eso no quería darle minutos de gloria al tema, prefería quitarle importancia.

—Eres una mujer increíblemente poderosa, ¿lo sabes? apretaba fuerte mi mano como queriendo decirme que estaba conmigo.

—Eso decía mamá, sí miraba por la ventana con la vista perdida.

—¿Pero lo sabes tú? insistió— ¿O tengo que ponerte frente al espejo? rió.

—El ejercicio del espejo es un acto de amor, no un castigo respondí sin mirarle.

—Lo sé, era una broma, perdón su tono cambió.

—No hay nada que perdonar, pero lo trabajaré con el espejo ahora sí le miré.

—Bien sonrió.

Aprender a gestionar aquellos imprevistos no era fácil. Era como estar montada en una montaña rusa. Estaba en la primera fase de aprendizaje, asimilación y aprobación de mí misma, y el universo ya enviaba otro regalito.

No puedo controlarlo todo, pero sí puedo controlar la actitud ante estos arrebatos *kármicos*.

Averiguar para qué quedaba inconsciente no era la misión. Según nos dijeron a la abuelita, a mamá y a mí, el cuerpo reaccionaba así cuando internamente se producía un dolor tan intenso que no sabía cómo manejar y decidía perder la consciencia como vía rápida de escape... suponía que para no sentir, pero no, no me convencía.

¿Qué me enseñaba comportándose así?

Ringo maullaba y ronroneaba de un modo extraño como si hubiera visto un fantasma. Intenté abrir los ojos, pero los párpados estaban tan pegados que tuve que restregarlos bien fuerte con los nudillos. Levanté la cabeza y miré a la ventana. La claridad que venía de fuera significaba que ya había amanecido hacía rato.

El Señor Felino insistía en que me levantase y yo deseaba seguir soñando. Ganó Ringo.

Al llegar al salón, un festival de pájaros revoloteaba, llenaron el buche con la comida de Ringo, se cagaron donde les vino bien y buscaban la puerta de salida por la que entraron.

Olvidé cerrar del todo la puerta de la terraza y acamparon allí. El viento que se enfurecía por la noche no era común. Abrí todas las ventanas y puertas que daban a la calle y les alenté a marchar.

Todos menos uno alzaron el vuelo enseguida. Dime que estás bien, pensé. Lo estoy, sentí oír. Me acerqué despacio y en absoluto parecía asustado. Estaba feliz comiéndose las migajas que sus hermanos dejaron.

Saqué el paquete de comida de pájaros que guardo y le ofrecí alimento y agua para que bebiera. Él decidió meterse dentro del cuenco y batir sus pequeñas alas. Ringo observaba desde la distancia y temí por la vida del Agapornis. <No me hará nada, tranquila>.

¿Seguía soñando? ¿O estaba comunicándome con un pájaro? <Me llamaste tú> ¿Yo? Salió del agua dando un saltito y se posó en el suelo frente a mí. <Deseas saber para qué te desmayas y he venido a ayudar>. Volví a frotar mis ojos por si la imaginación se me había ido de las manos, pero Aga (como le llamé), <original ¿eh?>, estaba ahí ladeando la diminuta cabeza y mirándome.

¿Qué iba hacer con un pájaro?, no sabía nada de su especie. <Aprender>. El sentimiento de agobio me visitó, ¿otro compromiso? ¿Otra responsabilidad? <Cambia la perspectiva>. ¿Cómo? <El amor no es una atadura> ¡Claro que no!, exclamé, pero yo no te elegí. <Conscientemente no>. Me voy a desmayar. <No, atenta, presta atención>. No puedo hablar con un animal. <Lo estás haciendo>. Me estoy volviendo loca. <Todos lo estamos al separar la conexión con el Yo>. ¿Con Dios? <Contigo misma, el Amor, Universo, Dios, etiquétalo como deseas>. ¿Por qué me pasan estas cosas a mí? <Las eliges tú. Decidiste estar dispuesta a perdonar, ahora acepta que la conexión es universal, energética, eterna, infinita y perenne>. ¿Por qué me desmayo? <Eso has de descubrirlo tú, la respuesta está en tu interior. Quita capas y permítete fluir. Acepta confiar en el universo, ya que todo se da para evolucionar>. ¿Eres real? <Igual de real que tú>. ¿Y yo soy real? <Si consideras que lo eres, sí>.

Ringo maulló, quería comer. Lavé otros dos cuencos y serví sus rosquillas junto con agua limpia y fresca. Me di la vuelta para preguntarle a Aga si debía ir a comprar una jaula, aunque no me gustaba la idea de tener encerrado a un animal con tal privilegio como el de volar, pero ya no estaba.

El plato vacío y los charcos de agua aseguraban su presencia, pero él o ella ya no estaba presente. Oteé el salón por si se hubiera posado en alguna otra parte, pero no, se fue. Miré a Ringo, que comía y ronroneaba feliz moviendo la cola y pensé: ¿por qué tú nunca me hablas con la de chapas que te doy?

Mi amado gato no contestó ni levantó la cabeza del plato hasta que acabó y entonces, sí, como siempre, vino a rozarse con mis piernas en señal de gratitud.

Limpiaba heces de pájaros y planteé una vivaz cuestión: ¿qué hacen las personas para sanar sus espíritus heridos? ¿Se castigan más? ¿Piden ayuda? ¿Se comunican con Agapornis?

Dicen que todos necesitamos practicar una actividad que sea la antítesis de lo que habitualmente hacemos porque despeja la mente. También dicen que ha de ser algo que ayude a romper con la rutina y a salir del hábitat natural para disfrutar de una vida equilibrada. Hoy, limpiar cacas es esa actividad.

¿Debería llamar al ginecólogo para pedir cita? ¿Y si bajo a ver a papi? Igual me ayuda con las dudas existenciales.

—¡Hija! Qué grata sorpresa abrió la puerta en pijama.

—Papi, ¿puedo pasar?

—Claro, ¿estás bien? yo también iba en pijama y no me había dado ni cuenta. Vivir en pijama se convirtió en una pronta y deseada realidad.

—Me preguntaba si podrías ayudarme con algunos temas entré en su nuevo y reformado piso y aluciné—. Ha quedado espectacular dije con la boca abierta.

—Sí, tu amiga Sol es muy buena en su trabajo. Le pedí un cambio de look para todo el bloque, ¿qué te parece? respondió feliz.

—Genial, le habrás alegrado el mes sonreí.

—¿Qué te inquieta? preguntó con su mano en mi hombro.

—Cuando acumulas basura ¿qué haces con ella? frunció el ceño.

—Aprendo, diariamente, a no generarla o, al menos, lo menos posible él se refería al movimiento *zero waste*, pero yo hablaba de *basura mental*.

—No dije, no me refiero a vivir sin plásticos y en pro al ecosistema. También deseaba aprender de ello, pero acumulaba otros frentes. Hablo de la basura mental. De los problemas o los temas que interfieren en el sueño. ¿Qué haces con ellos?

—Ah —rió—, ¿has desayunado? Significaba una larga conversación.

—El monje me enseñó yo prestaba atención con la taza de té caliente entre las manos—, me confesó que cada día, antes de entrar en su templo, visitaba un árbol que crecía justo enfrente. Tocaba el tronco y las ramas con suavidad y charlaba con él sonreí por dentro. No soy la única que habla con “cosas” que parecen no hacerlo. Ganding, el monje, se comunicaba con la intención de dejar ir mentalmente la basura diaria que genera el miedo, la razón o el ego. Evitaba llevar los problemas dentro de su hogar. Los dejaba allí con la suposición de que, al día siguiente, desaparecerían todos y cada uno de esos pensamientos, por el mero hecho de que no hay dificultades mayores o menores, sino la valía que nosotros demos. A veces es difícil dejar ir esas limitaciones porque creemos ser ellas y, por ende, sin esa creencia creemos, valga la redundancia, no ser. En mi caso —continúo—, uso una caja de cartón rió—. En ella está escrito *Amor y*

cuando identifico asuntos que me desequilibran, escribo en pedazos de papel lo que sea que me atormente. Los introduzco en la caja del Amor y me olvido de ello. Si no lo logro dejarlos ir, busco el papelito concreto. Al releer los otros miedos (hasta dar con el bueno) tomas conciencia de que todo pasa y eso también lo hará. Es muy liberador ver cómo pequeñas acciones sirven para quitar peso si tú lo permites. Al fin y al cabo, las preocupaciones son banales, te dan algo que hacer, pero no te llevan a ninguna parte. Cada día tiene sus propios afanes, así que ¿para qué angustiarse? estaba obnubilada con tan sabia reflexión. ¿Qué haces aún en pijama? ¿Hoy no escribes? preguntó echándose unas almendras a la boca.

—No, digo, sí, es que ahora trabajo desde casa. <Mierda, el ordenador>. Voy a comprar un nuevo portátil, ¿me acompañas? dando el último trago de infusión.

—¿Quieres el mío? Tengo tres y ya solo uso el *iPad*.

—¿Tres? ¿Para qué tantos? volví a sentarme.

—Ya suspiró—, ¿o prefieres el *iPad*? *Igual es más cómodo hacer todo desde el mismo lugar sin necesidad de cambiar de aparato concluyó sacándolo de la funda.*

—Es que —dudé—, nunca usé uno de esos, soy más de la antigua usanza. Lápiz y papel aquello imponía respeto.

—Esto es muy fácil de usar. Es intuitivo y ahorrarás horas de trabajo, hazme caso abría y cerraba aplicaciones pasando su dedo por la pantalla sin miedo a dejar huellas.

Igualito que Eric, tenía un paño exclusivo para limpiar la pantalla de su apreciada y valorada herramienta de trabajo.

—Papi, tengo que irme me puse en pie como si me hubieran pinchado en el culo—. Gracias por el desayuno ya en la puerta— y por resolver dudas.

Dejé a papá con la palabra en la boca, pero debía volver a casa. Aquel pensamiento sobre Eric me hizo tomar conciencia de que aún no le había perdonado de corazón y amorosamente. Seguía irritándome y era momento de cortar lazos.

Entré en casa y Ringo dormía. Escribí una nota que pegué en la puerta, cerré con llave, y la dejé puesta. Me quité la ropa, encendí el agua caliente, descolgué el espejo y lo puse a la altura de la bañera. Cerré puertas y ventanas, prendí velas y me metí en la tina. Moje y enjaboné todo el cuerpo y cuando sentí estar limpia y sin resentimientos, abrí la cortina del baño y sentada en la bañera observé mi reflejo en el espejo.

Inhale y exhale profundo desde el abdomen, diez repeticiones, con los ojos muy abiertos y dije: estás lista para perdonar a Eric.

Hola Eric, yo tampoco sé cómo empezar, pero sí sé que voy a expresarme desde el amor incondicional. Lo haré lo mejor que sé y practicaré el perdón contigo y conmigo.

Al comienzo de la relación, a pesar de los miedos, vivimos años de júbilo sin rencor ni apegos. Con el paso de los días, algunas facetas crecieron para aportar valor a nuestras experiencias pero, sin embargo, otras quedaron atrapadas en el subsuelo de nuestro inflexivo cerebro.

No te culpo por marcharte, eso no fue lo que produjo tu partida. Me hirió más el modo en que lo hiciste que el acto de hacerlo. Supongo que creía que la comunicación entre nosotros fluía y que nada ni nadie podía quitarnos eso. Aún siento que es así, aunque cueste reconocerlo y produzca un halo de tristeza en mí.

Lo hiciste lo mejor que supiste en base a tu nivel de conciencia o miedos y yo reaccioné de la misma manera. Por lo tanto, ambos actuamos lo mejor que supimos.

Reconozco que quise odiarte y mandarte a la mierda, pero no puedo Eric, no puedo, porque veo en ti el maravilloso ser de luz que eres. Esto me hizo sentir fatal. Ver en ti lo que en mí no era capaz, pero tampoco quería reconocer que la envidia era latente. Por supuesto que me alegraba de tu felicidad, pero también había algo más. Algo que crecía en mi interior y no podía controlar.

Lograbas lo que yo siempre deseé y, además de valorarlo, me venía abajo pensando que no sería capaz, que no tenía tu suerte y que yo no era tú. Obvio que no lo soy, somos tan diferentes, Eric. Tú tan meticuloso y precavido y yo tan desastrosa e imprevisible. El ying y el yang de los opuestos reencarnados en cuerpos físicos.

Te amo Eric, y te perdono por todas aquellas veces que pensé en dejarte y no lo hice, por otras tantas veces que esperé “cosas” de ti que jamás sucedieron, por hacerte partícipe del dolor, pero no partidario. Por no desear ser madre de otro ser humano hasta que Ser sea el medio.

Te perdono.

Por abrir el corazón en canal y cerrarlo de golpe y porrazo sin previo aviso. Por hacerte sentir mal si en algún momento te sentiste así, por faltar al amor y convertirlo en costumbre, confusión y enfado. Por permitir que abusaras de mí con mi consentimiento cuando yo no deseaba complacer ningún cuerpo, pero me engañaba creyendo que lo hacía por ti o para ti en nombre del amor. Qué atrevida.

Te perdono por abusar yo de ti cuando lo único que deseaba era morir para no soportar más dolor, pero tú me sostuviste. Te aferrabas, nuevamente, al amor y creías hacer lo mejor. Gracias.

Me perdono por fingir orgasmos que no deseaba por un miedo atroz a lo que vendría después. Me perdono por querer tener siempre la casa perfecta para que tú te sintieras como en casa de tu madre. Te perdono por permitirte no recoger nada cuando en casa de tus padres siempre lo hacías sin rechistar.

Me perdono por ocultarte la inseguridad que generaban en mí tus deseados éxitos y por tener unos padres que siempre alababan con una gran celebración dichos avances. Mamá y la abuelita también se alegraban por mí, pero no hacían fiestas de globos para ensalzar mis virtudes.

Te perdono y me perdono porque tú envidiabas mi relación con ellas y yo te envidiaba a ti y tu relación con el mundo. Siempre caes bien, siempre haces reír, siempre aparentemente perfecto, aunque siempre deseé que te desmelenases, que cogieras las riendas de tu vida y me sorprendieras con algo muy loco.

Algo como lo que ocurre en tus novelas y, por supuesto, que me llevaras a mí contigo, para así evadir yo la responsabilidad de tomar las riendas de la mía.

Al final no somos tan distintos, Eric. Ambos buscábamos reconocimiento, atención, aprobación, amor y perdón. Un perdón que nunca nos dimos con presencia y conciencia. Un perdón vital para evolucionar.

Te perdono y me perdono por no saber amarnos sin condiciones, por no llegar antes a estas conclusiones y por creer que tu marcha era una huida de la realidad que no deseas vislumbrar.

Normal, si yo hubiese tenido la misma oportunidad que tú, es posible que hubiese actuado igual. Pero estoy aquí Eric. Aquí, en Madrid, en el piso de siempre, metida en la bañera, desnuda como tanto me gusta y hablándole a un espejo que me refleja a mí, pero que yo pienso que eres tú.

¿Funcionará, Eric? ¿Servirá esto como perdón? Ojalá que sí, porque de corazón, te perdono Eric.

Te perdono.

A ti, a mí y a todos los seres del planeta Tierra, porque si el amor incondicional es la respuesta solo se consigue mediante el perdón universal. ¿Estás de acuerdo? Es igual, lo siento así y tengo fe en ello.

Creo en Dios, Eric, creo en que dentro de cada uno de nosotros hay una gran fuerza vital, una voz interior, un Dios, un Yo Superior que se expresa, habla y nos guía en el camino del amor y el sendero del perdón.

El cuerpo es sabio Eric, pero la voz del corazón aguarda, y a pesar de mis dotes intuitivas, no escuchaba. No tomaba conciencia plena de mí. Actuaba por inercia, impulso o negación de la realidad que yo misma creo.

Ahora aprendo a valorar las señales, a mirar con perspectiva y a pedir ayuda cuando deseo cambiar la percepción de la mente. Me jugó malas pasadas creerme todo lo que pienso. Hoy, como espectadora, directora y protagonista de mi película, co-creo junto al Amor la mejor versión de mi misma y el mejor final para esta película llamada vida.

Gracias por todo, Eric.

Te perdono y te libero.

Me perdono y me libero por el bien común.

Así es.

Hecho está.

Si alguna vez mi obra tuviera un final, mi mundo acabaría por destruirse y la confusión se apoderaría de todo. Sería la muerte de todos los cuerpos.

El deseo encuentra lugar en los sentidos, pero nubla la sabiduría, ciega el alma y destruye la visión.

¿Qué hay más grande que la mente y la razón?

El espíritu, el Yo Superior, Dios, el Amor que está en todos y en todo. Él es quien trae paz. La paz interior que todos deseamos para sobrevivir, pero que no nutrimos para vivir, Ser y servir.

Si logras actuar libre de ansia y de pensamiento caprichoso hallarás paz, sabiduría y amor, dado que la fe es firme e inamovible y todo lo bueno viene del Yo.

Si aceptas que el milagro reside en ti, entonces te vuelves uno con él, y cuando ves la eternidad en cosas efímeras y el infinito en cosas finitas, la conciencia crece.

Vive el Amor.

Supón, para que nos entendamos, que tú eres Dios, los pensamientos limitantes son miedo, y el resto, Amor.

¿Dónde estás habitualmente?

¿En la ventana del miedo o del amor?

Dios es todo, tanto lo que piensas como lo que no. Es la luz de bajo consumo que siempre está encendida. Pero si amplificas el temor en tus días, el faro parece no alumbrar; sin embargo, cuando permites al amor expresarse, el sol brilla más. Parece vislumbrarse distinto, con otro aura y color, pero en realidad, siempre es así.

Lo olvidamos y nos empeñamos en teñirlo, camuflarlo y hasta odiarlo, porque no es exactamente como, cuando y donde nosotros anhelamos. No confiamos, y juzgamos y criticamos.

El universo está para ayudar, no para boicotearnos. Él actúa en pro del bien común, pero nos esmeramos en manipularlo solo para favorecer al ego y dejamos a un lado la unión con lo eterno.

La muerte es solo el vehículo que usamos para salir de este plano, pero no es el fin, ni mucho menos, es natural. Es la herramienta que genera otro cambio que desconocemos, pero igual de vital. Y eso asusta, claro que asusta. Pero el miedo no es malo ni bueno, es otro propulsor más del cambio, y el cambio es la única constante.

Es absurdo instalarse en el miedo como estilo de vida. Es destructor y nada productivo porque, aunque igualmente se generen cambios, estos siempre serán promovidos por ese sentimiento que resta más que suma.

La rutina es sana, pero tampoco ha de volverse cotidiana, porque aburre y no todos saben aburrirse. Es más, muchos lo evitan, y el aburrimiento, una vez más, no es ni bueno ni malo. Solo es, como todo, y todo depende del criterio con el que lo percibamos.

Akasha, cielo mío, decidí grabarte estas palabras para alentarte a que confíes en ti, en tus infinitas posibilidades y para que tomes consciencia de la inmensidad de tu valía, que va mucho más allá de tu apariencia física y de lo que tú decides mostrar.

Sé que ya eres una gran escritora, pero también sé que cuando decidas abrirte al mundo y dejes de ocultar tu talento tras otros, despertará la felicidad.

Ser una escritora fantasma te enseñó a darte cuenta de que sabes escribir. Ahora da la cara, como siempre has deseado, y vive feliz como una escritora sana.

Como la persona que ama lo que hace y hace lo que ama, porque te reconozcan o no, tú ya lo hiciste, ya te aprobaste pequeña desde el momento en que aceptaste escribir por amor sin importar nada más.

Sé lo que te estarás preguntando. Si solo escribes por amor dejas de estar al servicio de los demás; según tú, dejas de ayudar y de sentirte útil.

Ya lo eres, tesoro, cambia la percepción, ¿recuerdas? Dedicarte a lo que amas desde que aprendiste a juntar letras es en sí un acto generoso, valiente y un regalo para la humanidad.

Es el servicio que tú ofreces sin esperar nada a cambio, altruistamente, por amor incondicional. La herramienta que elegiste para crecer, experimentar y amar sin condiciones sin mirar atrás, por voluntad propia y para sanar.

La cura para los miedos y enfermedades, el vehículo cambiante que usas para Ser.

Eres eterna, Akasha, eres todo lo que elijas ser. Solo permítete Ser, diariamente, en todas las variables.

Te Amo infinito, cielo.

La Abuelita.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas, sentía un gran alivio, fue una revelación escuchar el audio de la abuela el día que pensaba practicar el perdón con ella.

Gracias Abuelita.

Abrí cortinas, ventanas y puertas, prendí todas las velas que encontré, fui al baño, descolgué el espejo a una altura en la que me viese el cuerpo entero y me desnudé, lentamente, mirándome a los ojos.

Hola Akasha.

Hola yo, Yo Superior, Dios, Amor, cuerpo físico, alma, mente, intuición, corazón. Hola a todos.

Estoy aquí, frente a ti o frente a mí, frente a todos para perdonarme, para ver más allá de un abdomen inflamado, dolorido, atormentado y maltratado. Para ser capaz de perdonar el pasado, aceptar el poder infinito y fluir en el presente.

Soy responsable del Ser que habita en mí y tomo conciencia de la responsabilidad que ello conlleva. Me perdono por haber dudado de mí, por haberme creído inferior infinitas veces, por culparme y criticarme constantemente. Me perdono por no saber amarme ni amar.

Me amo y me perdono.

Me perdono por dejar pisotearme, por mentir para no dañar y por dañarme a mí misma para no herir. Me perdono por querer entender la vida desde la razón y no desde el amor. Me perdono por no permitirme ser feliz, por evitar sentir placer, por rechazar la abundancia de mi Ser.

Me perdono por querer aprender para llevar razón y no por amor para volver a la esencia. Me perdono por desear sentirme sola cuando la soledad es una rica elección. Me perdono por rechazar compañías con las que no me siento en paz. Me perdono por querer más dinero, pero no sanar mi relación con él. Me perdono por no brindarme amor propio por miedo a no ser aceptada por otros. Me perdono por dar prioridad a esos otros, antes que a mi propio Ser.

Me perdono por aceptar minucias por no crearme merecedora de más. Me perdono por envidiar a otros y desvalorarme a mí cuando todos somos y no hay más.

Tomo conciencia de los desórdenes y me comprometo a crear el equilibrio ideal para el Ser. Soy uno con el todo y soy capaz de ser y estar en este plano terrenal con este cuerpo físico, crónicamente en paz. Independientemente de las circunstancias o consecuencias, practicaré el perdón para amar, vivir y estar en paz.

Me perdono por crearme estafadora por no practicar lo que digo o pienso. Aprendo diariamente de este estilo de vida y amo hacerlo. Me perdono si vuelvo a patrones de conducta antiguos.

Me perdono, porque elijo hacerlo, amarme y respetarme, aunque la muerte me separe de este cuerpo.

Me perdono por crear excusas. Me perdono por poner a Ringo como excusa para no salir del área de confort. Me perdono por crearme falsas expectativas. Por culpar a otros de lo que me pasa a mí.

Me perdono por culpar a las enfermedades, diagnósticos, médicos y hospitales. Me perdono por no agradecer la ayuda. Por no saber recibirla y por ocultar tras otros mis palabras.

Me perdono por no disfrutar al cien por cien cada día. Por mi falta de amor propio y por las rabietas de cría.

Me perdono y me apruebo.

Perdono a mi niña interior por dejarla de lado. Abrazo fuerte a esa niñita y la amo incondicionalmente y la perdono.

Me libero.

Akasha es el nombre que mis padres me pusieron al nacer. Significa *éter* y es la esencia de todas las cosas en el mundo material.

Me perdono por no considerarme merecedora de tan hermoso regalo. Me perdono por evitar que se pronunciara en mi presencia y me perdono también por valorar cambiarlo.

Gracias por todo y, por tanto, Akasha.

Seguimos en el camino aprendiendo, amando y perdonando como estilo de vida, diario, cambiante, rutinario, emocionante y divertido.

Me perdono también por no permitirme jugar más a menudo. Me perdono por hacer con mi niña interior lo que otros hicieron conmigo. Me perdono por sentirme así por ellos, también les perdono a ellos.

No justifico sus actos, pero el perdón es recíproco, y cuando uno se perdona a sí mismo, todo es perdonado. Me perdono por sufrir, por engancharme al dolor e identificarme con él.

Me libero, me apruebo, me perdono y me amo. Todo está bien en mi mundo y estoy a salvo.

El nombre de Akasha es el segundo regalo que me brindaron mis elegidos padres, después de darme la vida, para enseñarme que lo imposible solo tarda un poco más y que la vida solo tiene una salida.

La que tú elijas.

EPÍLOGO

Querida Malena.

Sigo escribiendo con el pseudónimo de mamá porque me gusta y lo elegí yo. Ya no trabajo para otros, solo escribo para mí y para todo aquel que vibre con las historias que tecleo. Tampoco temo crecer con lentitud y evito estancarme.

Esta obra, en particular, es para ti, para que conozcas más de mí y si se da el día, hablemos más de ti.

Papi no pierde la esperanza de que aparezcas. Yo, sinceramente, no espero nada, pero abro el corazón por si el universo aporta alas.

Beltrán volvió a Bali porque también está construyéndose una villa. El método de las siete cajas da frutos.

Madrid es el hogar donde elijo hospedarme. Inspira melodías poco convencionales.

No volví a saber nada de Eric, pero está bien. Sus libros son *longseller* y me alegro por él.

Efrén, el chino, se enamoró de una gaditana surfista y viven en Tarifa. Tendrías que verle. Su blanco lechoso ahora es rosa pálido.

Gael, el negro, se asoció con Víctor y papá y es mentor de libertad financiera, es decir, ayuda y enseña a otros a emprender y obtener más beneficios para que dispongan de más oportunidades. Entre los tres, educan a numerosas personas para generar ahorro sostenible y una economía sana. Viajan por todo el globo impartiendo talleres, seminarios y charlas, aportando luz a quienes escuchan con ganas.

Izan, el grandullón, pidió una excedencia y está de “año sabático” en el Santuario Maya. Yo también paso más tiempo allí que en mi propia casa.

Ringo ya viaja en trasportín sin maullar desesperadamente e hicimos juntos el Camino de Santiago desde Portugal. Fue mágico.

Margarita, Manuel y dos de sus tres hijos siguen viviendo en el bloque. Héctor, el mayor, está de Erasmus en Polonia.

Luis y Sol van a casarse y estoy más nerviosa que ellos. El Doctor Marín sigue ejerciendo de psicólogo y aunque ya no le visito tanto como profesional, de colegas nos llevamos fenomenal. Sol ahora vive en el centro con Luis, pero nos vemos poco, como antes, porque también viaja bastante por trabajo, aunque hablamos a diario.

A Luz la visito más a menudo y con Luna aprendo recetas nuevas y naturales. Es nutricionista holística y yo no lo sabía, pero enseña online a amar los alimentos. Todo un descubrimiento

nutrirse con conocimiento de causa.

De vez en cuando, imparto clases de Yoga, me gusta y es un bien común. Sigo meditando y hablando con mamá y la abuelita a través del espejo. Es una gran herramienta.

¡Ah! Y papá está bien, la verdad que nunca imaginé que podríamos ser tan buenos amigos y tan parecidos. Es un gran hombre y le amo, aunque sus historietas cansen.

En definitiva, todos estamos bien y a salvo.

Sawubona Malena.

Feliz vida crónica.

Akasha.



AUTORA

Olena Beckett es un pseudónimo, un personaje ficticio, un dragón. Más concretamente, es mi animal de poder o animal tótem.

Los dragones son portadores de buenos augurios, suerte, prosperidad y salud, y también son símbolo de fortaleza, respeto y poder.

Olena Beckett Fújur, su nombre completo, significa: luz brillante como el sol, marcada por la luna, en constante movimiento y de personalidad magnética.



La autora de carne y hueso nació en Algeciras, Cádiz, ama el mar, a los animales, la naturaleza y todo le resulta inspirador.

Escritora e ilustradora independiente, trabaja en remoto coleccionando experiencias y recuerdos felices que transforma en cuentos poéticos ilustrados para leer, jugar y colorear con la mera intención de sanar, ayudar y servir a todo aquel que vibre con su sentir.

Un culo inquieto profesional, según la madre que la parió, que no cesa de crear y creer en el Amor.

NOTA PERSONAL DE LA AUTORA PARA EL LECTOR

Los libros que escribo son poéticos, emocionales y muy de andar por casa. Para vivirlos, experimentarlos y sumergirse en ellos.

Un libro es siempre un detalle, un premio, algo para regalar y autorregalarse.

Leer libros con alma es fascinante, aunque digan que leer es una actividad poco valorada por la sociedad.

Desde Olena Beckett deseo promover y acercar la lectura desde la edad temprana hasta la vejez o edad de oro, como a mí me gusta llamarla. Hay cabida tanto para el lector tradicional como para el nuevo lector.

Los ebooks y los libros de papel que escribo e ilustro no se rigen por tendencias o novedades, nacen del corazón con la intención de ayudar a despertar la imaginación y a interpretar el mundo.

Leer es una actividad individual y voluntaria, pero la lectura en familia también es bien recibida.

¿Qué crea Olena Beckett?

Poesía, cuentos, novelas, ensayos, mandalas, diarios de emprendimiento...

Mezclo diversos géneros para sacar lo mejor de ti, de mí y del ser. Lo que hay y lo que está por llegar es para disfrutar en compañía, solo o con multitud.

La promoción de la lectura no es solo tarea del escritor, también lo es del que lee, compartir lo que ama hacer sin vergüenzas ni prejuicios.

Un libro es un regalo maravilloso, porque es un espacio de libertad que ayuda a soñar, divertirse, evadirse y a romper con las ataduras de la realidad.

Yo, como escritora, publico los libros que como lectora me gustaría leer y compartir.

El universo de Olena Beckett es un espacio creado para almas libres, corazones contentos y mentes inquietas. Un lugar donde la realidad y la ficción se unen para ofrecer lo mejor de cada una. Un espacio para abrazar al niño interior y permitirte ser lo que desees. El mundo donde ser protagonista, antagonista y secundario, por ello, todos los tipos de lectores son bienvenidos, porque a quien le gusta la aventura se atreve con cualquier libro, independientemente de su género.

Volver a ser niño para experimentar la inocencia o adulto para apreciar el placer del tiempo y la buena compañía.

En Olena Beckett el amor florece, un amor hacia la vida con perspectiva emprendedora de no marchar sin aportar. Un amor altruista, voluntario, libre y explorador.

Este es mi granito de arena donde los sueños se hacen realidad y la felicidad toma forma. Una forma particular de vivir, sentir, ser y experimentar a través de textos y dibujos.

Para mí, los libros son el vehículo que transforma vidas sin necesidad de movimiento. Son instrumentos que desarrollan habilidades extrapolables a la rutina. Herramientas de crecimiento para amar como si fuera magia y fluir con las circunstancias.

Los beneficios de la lectura son tantos y tan diversos que resulta metafórico enumerarlos todos, pero como dijo Joseph Addison:

"Leer es para la mente lo que el ejercicio físico es para el cuerpo"

La lectura ofrece:

- ♥Agudeza mental.
- ♥Estimula la concentración.
- ♥Ayuda a desarrollar la empatía.
- ♥Enriquece tu vocabulario.
- ♥Favorece la astucia.
- ♥Incrementa la percepción.
- ♥Retarda la aparición de enfermedades.

Entre otros...

Actos que me conmueven y me hacen amar, aún más, lo que hago. Estas obras son una minúscula aportación a la existencia desde una perspectiva inquieta, amorosa y sana.

Esta soy yo, Olena Beckett y *meraki**

*Meraki es un adjetivo griego que significa entregarte con todo tu corazón a algo y hacerlo desde el alma, con creatividad y pasión.

Una pasión reflexiva y la apreciación de los pequeños detalles. Una mágica creación repleta de aventuras para generar bienestar crónico, con el que perderte en el bosque de tu imaginación y hallar el modo de volver a soñar, jugar y colorear...

Todos los libros están publicados en Amazon tanto en ebook como en papel y los expertos en **SEO** dicen que los comentarios de Amazon aportan visibilidad al libro y ayudan a que más gente lo adquiera.

Si te apetece pasarte por allí y dejar una crítica constructiva recibirás al instante un abrazo de gratitud virtual y una enorme sonrisa.

"Eres capaz de hacer algo que constituya una diferencia"

Por otro lado, en las tiendas online de [Olena Beckett](#) hallarás productos muy diversos como camisetas de algodón orgánico, bolsas de tela, tazas, pegatinas, cuadernos, decoración y muchísimo más con diseños propios que forman parte de los libros que creo.

Copia y pega: <https://linktr.ee/olenabeckett> en el buscador y entrarás en mi universo

particular.

Además, si te apetece visitar mis redes sociales escribe: @olenabeckett en [Instagram](#) y [Facebook](#) No las uso constantemente, pero procuro aportar lo mejor de mí cuando lo hago.



MÁS LIBROS DE OLENA BECKETT



TODO LO QUE ME DIGO
ESTÁ ESCRITO AQUÍ



OLENA BECKETT

BUCÓLICA
EMOCIONAL



OLENA BECKETT



Siento en el corazón que un planeta mejor y una vida consciente son posible. La unión hace la fuerza y juntos llegaremos más lejos. Disfruta de la experiencia y, por supuesto, feliz lectura.

Gracias por tu tiempo.
Abrazos de Gratitude
Olena Beckett





GRACIAS





COLECCIONA EXPERIENCIAS Y RECUERDOS FELICES





**SONRÍE Y PERDÓNATE EN VIDA, PORQUE MERECE VIVIR
EN ARMONÍA**

